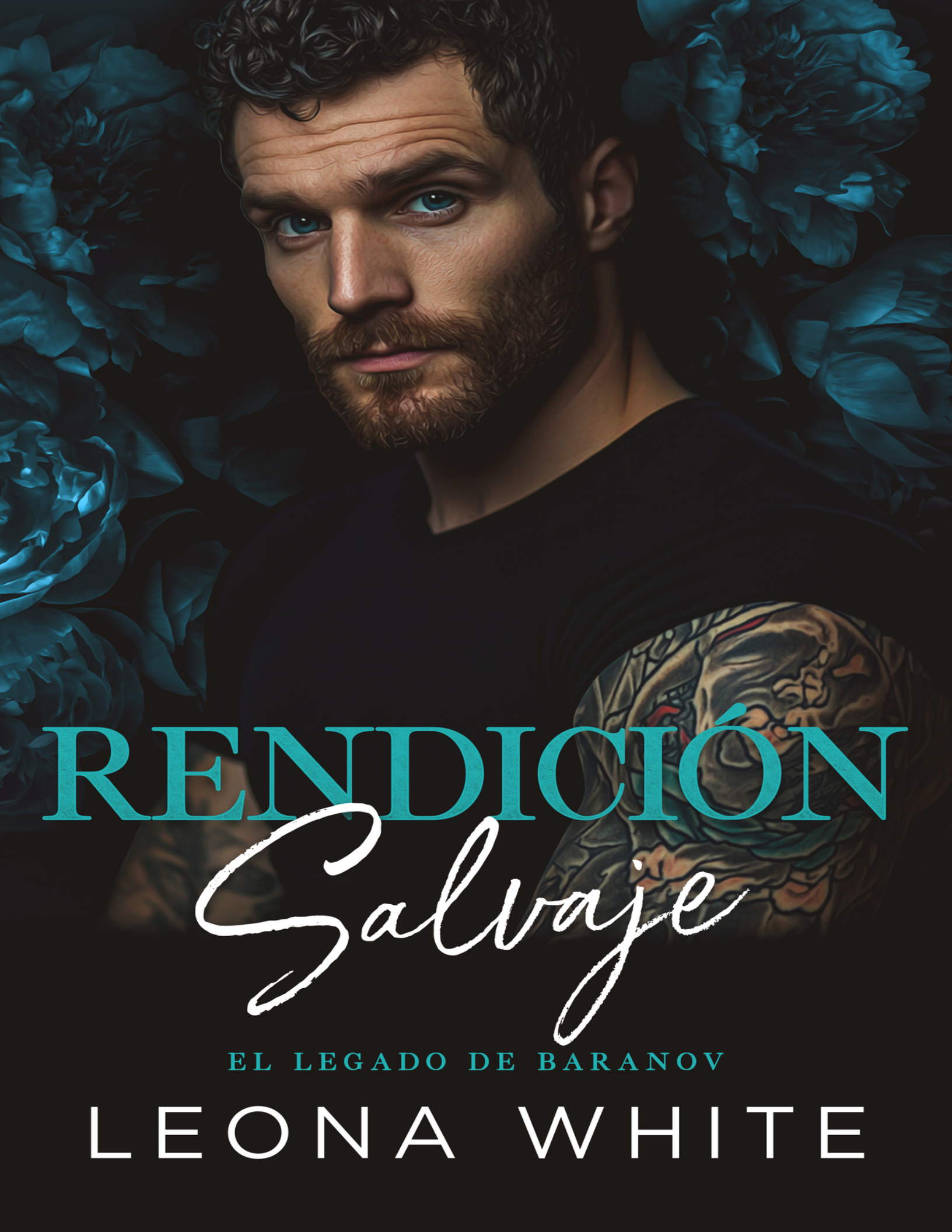


RENDICIÓN Salvaje

EL LEGADO DE BARANOV

LEONA WHITE

RENDICIÓN SALVAJE

LEONA WHITE

Copyright © 2025 por Leona White

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Creado con Vellum

TAMBIÉN POR LEONA WHITE

El Legado de Baranov Serie

Rebelión Vigilada || Rendición Salvaje

La familia Constella Serie

Bajo su Protección || Bajo Su Mirada || Bajo su Control || Bajo Su Abrazo

Los Jefes de la Mafia Serie

El acuerdo irlandés || La Última Vendetta

ÍNDICE

Blurb

1. Viktor
2. Irina
3. Viktor
4. Irina
5. Viktor
6. Irina
7. Viktor
8. Irina
9. Viktor
10. Irina
11. Viktor
12. Irina
13. Viktor
14. Irina
15. Viktor
16. Irina
17. Viktor
18. Irina
19. Viktor
20. Irina
21. Viktor
22. Irina
23. Viktor
24. Irina
25. Viktor
26. Irina
27. Viktor
28. Irina
29. Viktor
30. Irina

31. Viktor
32. Irina

BLURB

Soy un hombre que trata con carne y secretos.

El poder fluye por mis venas como hielo.

En mi mundo de sombras, ella entra en mi aula: *prohibida, intocable.*

Una princesa Petrov con ojos que desafían y labios que suplican castigo.

Tiene la mitad de mi edad y es el doble de peligrosa que cualquier arma que haya empuñado.

Mi misión era espiarla, destrozarla, hacer caer a su familia.

En cambio, se ha convertido en mi obsesión, mi debilidad, **mi salvaje adicción.**

Pero en nuestro mundo de sangre y traición, amarla podría desatar una guerra.

Ella no sabe que soy el enemigo, que pertenezco a la familia que ha jurado destruir.

Y cuando se entere de la verdad, será demasiado tarde: nunca la dejaré ir.

Nota del autor: Un peligroso cóctel de deseo prohibido: guerras de la mafia se encuentran con el romance profesor-estudiante. Incluye diferencia de edad, heroína virgen y escenas de castigo deliciosamente oscuras. Solo para lectores maduros.

1

VIKTOR

Los viajeros empujaban y se abrían paso a codazos. En todas direcciones del aeropuerto, refunfuñaban y se quejaban, arrastrando maletas y cargando bolsas que parecían demasiado llenas para su comodidad. Rostros rojos y sudorosos se veían por todas partes en el mar de gente que abarrotaba el aeropuerto más concurrido de Nueva York, evidencia de toda la frustración por lidiar con retrasos de vuelos y el esfuerzo de llevar ropa de invierno dentro del espacio reducido.

Volar a cualquier parte tan cerca de las fiestas era una mierda, y deseaba haber podido tomarme otra semana antes de regresar a la Familia Baranov. Oleg Baranov era un jefe exigente, pero no se habría enfadado tanto si me hubiera quedado en Moscú un poco más.

No se trataba de complacer a mi jefe y volver de una misión a tiempo. Era la necesidad de regresar a las expectativas que había tenido durante muchos años. Durante dos décadas, administré varios burdeles para Oleg. Aunque el trabajo era bueno y nunca tendría que preocuparme por la seguridad laboral, no lo había echado de menos durante el último mes que estuve ausente.

Me invadía el temor, no la emoción. Tener un descanso para seguir una pista sobre un caso sin resolver había sido un buen cambio de ritmo. Cuando Oleg daba una orden, yo la cumplía con la mayor eficiencia posible. Todos lo hacíamos. Todos los soldados de Baranov sabían que era mejor no desobedecer sus instrucciones. Por eso seguía siendo diligente en ir a los burdeles y mantener todo funcionando sin problemas. No era pasión por el trabajo, sino lo que él quería que hiciera.

Solté un largo suspiro, sin entusiasmo por tener que supervisar y lidiar con la misma mierda y drama de siempre.

El hombre mayor que estaba a mi lado en la fila para salir de esta terminal se rio secamente.

—Ha sido un día agotador, ¿eh?

Asentí. La charla trivial no era mi cosa favorita en el mundo, pero no era alérgico a ella como algunos de mis compañeros soldados y hermanos en nuestra Familia de la Mafia. Sin embargo, seguro que no quería pasar el tiempo charlando con este tipo.

—Sí. Claro que sí —respondí secamente, haciendo el mínimo esfuerzo.

—Mañana tengo que madrugar para ir a la oficina —negó lentamente con la cabeza, dejando que su barbilla se inclinara hacia su pecho—. Eso lo hace aún peor, saber que tan pronto como salga de aquí y llegue a casa, tendré que levantarme de nuevo y lidiar con la carrera de ratas y la rutina —mirándome, levantó las cejas—. ¿Sabes a lo que me refiero?

Asentí de nuevo, incapaz de compartir detalles sobre cómo podía estar de acuerdo con eso, y tampoco dispuesto a prolongar esta conversación.

—Sí, sé a lo que se refiere.

—¿A qué te dedicas? —preguntó. No era una pregunta entrometida, pero no podía responderla.

—Entretenimiento —mentí. Era parcialmente cierto y completamente no era asunto suyo lo que yo hacía. Ese era el problema con la charla trivial: podía llevar a que se solicitaran más detalles.

Señalé hacia un lado, fingiendo que alguien me buscaba. Con esa distracción, pude salir del embotellamiento de esta fila y evitar responder cualquier otra cosa.

Él no querría la verdad: que acababa de regresar de un mes siguiendo viejas pistas sobre la desaparición de la sobrina de Oleg, Sonya. Que mañana por la noche, volvería a asegurarme de que todo fuera bien en los prostíbulos que la ley no podía conocer.

Joder, no quiero lidiar con esto más.

Todo era siempre lo mismo, mujeres desesperadas y hombres patéticos que tenían que pagar para follar. Claro, el sexo vendía, literalmente. Y era buen dinero, dinero que hacía girar el mundo.

Pero, ¿tenía *yo* que ser quien lo dirigiera todo? ¿Era esto todo lo que tendría que esperar por el resto de mi vida?

Una hora después, estaba en mi coche dirigiéndome a través de la nieve y el hielo de regreso a la mansión Baranov. Moscú también había sido invernal, pero de alguna manera, enfrentarlo aquí en casa era peor. Los vientos invernales y el manto de nieve parecían aumentar la sensación de estar atrapado aquí.

Podría decírselo. Aunque no iba contra las reglas hablar sobre una asignación de trabajo, era mal visto como norma general. Cuando un hombre se inscribía para servir al Jefe, no era un compromiso ligero del que pudiera desentenderse. Y como yo era un Baranov distante por sangre, no podía eludir mis deberes familiares.

Los nuevos reclutas estaban jodidos, obligados a aceptar cualquier tarea que les asignara. Pero yo llevaba tiempo ahí. No era un novato

verde e idiota que necesitara ser introducido en todo esto. Esa era parte de la razón por la que Oleg me había enviado a Moscú para seguir las supuestas pistas. Confiaba en mí, y eso ya era decir algo. No muchos hablaban de Sonya ya. La mayoría de los hombres de la familia la habían olvidado, pero yo recordaba su nacimiento y cómo siempre estaba bajo la estrecha supervisión de su madre, Amelia Baranov.

Veré qué humor tiene cuando mencione volver a esas casas mañana. Quizás notaría mi falta de interés y preguntaría al respecto.

¿*Podría* pedirle una reasignación? Parecía arriesgado, pero a la vez no.

¿Cómo se vería? ¿Regresar después de estar ausente y hacer peticiones y exigencias? No quería enfadarlo, especialmente cuando tendría que informar sin noticias. Esas supuestas pistas sobre lo que le sucedió a Sonya terminaron siendo callejones sin salida y nada más. No eran exactamente noticias prometedoras para el hombre que nunca había olvidado a su cuñada o sobrina.

Después de llegar a la gran mansión, aparqué en la entrada circular que recientemente había sido despejada de nieve. Una caminata corta y apresurada me llevó al vestíbulo. Incliné la barbilla en un gesto de reconocimiento a los guardias que permanecían en atención, luego entré para caminar más adentro de la casa en busca del Jefe.

Estaría en su oficina y suite de estudio, pero me retrasé en llegar allí. Dos personas esperaban fuera de las puertas dobles, y al verlos juntos, levanté las cejas muy alto. Mi boca quedó abierta, sorprendido de ver a uno de los asesinos más letales de los Baranov besándose con Eva Baranov, la otra sobrina de Oleg.

—¿Qué diablos me he perdido? —pregunté, más para mí mismo. Las palabras se me escaparon en voz alta, sin embargo, y aunque hablé en voz baja, fue suficiente para hacer que se separaran. Ligeramente. Lev todavía la sostenía, manteniéndola en su abrazo,

casi como si no pudiera soportar quitar sus brazos de ella y dejarla vulnerable a cualquier amenaza o peligro.

—Hola, Vik —saludó Lev, sonriendo rápidamente mientras colocaba a Eva a su lado—. ¿Qué hay?

Parpadeé.

—Podría preguntarte lo mismo —miré alternativamente entre ellos—. ¿Qué es... esto? —Eva y yo no éramos cercanos. Nunca tuvimos ninguna razón para serlo como parientes lejanos que compartían un apellido. Nunca estuve en su equipo de seguridad ya que fui delegado a trabajar en los burdeles. Aun así, sin saber todo sobre la princesa de la Mafia de los Baranov, sabía que algo significativo debía haber sucedido para que Lev se sintiera confiado de besarla así, en esta casa.

Eva sonrió y acarició el pecho de Lev con su mano. En su dedo, un gran anillo de diamantes brillaba al captar la luz de la araña.

—Muchas cosas —respondió Lev con una risa irónica—. Desde que has estado en Moscú, *muchas cosas* han pasado. Eva y yo estamos comprometidos.

Mi mandíbula colgó aún más abierta.

—¿Hablas en serio? ¿Vosotros dos? ¿Cómo demonios pasó eso?

—Esa es una historia que es mejor contar con el Jefe —respondió Lev.

Eva asintió.

—Ellos te pondrán al día —luego, con otro beso, comenzó a deslizarse fuera de su abrazo—. Bienvenido de vuelta.

—Sí, claro. Gracias —pasé mi mano por mi cabello y traté de entender cómo diablos el asesino favorito de Oleg estaría con Eva. Ella habría sido arreglada para casarse con un aliado o algo así, pero ¿Lev? Tenía que haber una historia detrás—. Y oye, eh, felicidades —

dije, señalando el enorme anillo en su dedo. Debía ser de él, porque si esto era legítimo y estaban juntos, ella no engañaría a un hombre letal y seriamente oscuro como Lev.

—Te veré más tarde —le dijo Lev a Eva mientras ella se alejaba. Me sonrió, dándome una palmada en la espalda y estrechando mi mano mientras me guiaba a la oficina de Oleg—. Han sido unos meses muy ocupados aquí.

Me reí una vez.

—Solo me fui *un* mes.

—Y siempre estás ocupado en los establecimientos que supervisas.

—¿Establecimientos? —negué con la cabeza, sonriendo—. No hay necesidad de exagerar.

—Viktor. Es bueno verte —saludó Oleg, poniéndose de pie para venir a darme la bienvenida, interrumpiendo cualquier otra conversación con Lev.

Estreché su mano y acepté su abrazo, luego pasamos directamente a los negocios. Ya había leído los mensajes de texto y correos electrónicos que le había enviado, y el primer asunto fue un poco más de explicación de mi parte sobre por qué no había recibido ninguna respuesta sobre Sonya en Moscú.

No estaba decepcionado, casi parecía resignado como si aceptara que Sonya y su madre se habían ido de la familia. Parecía como si supiera que no había nada que pudiéramos hacer al respecto. No le impediría enviar a alguien a seguir pistas aparentemente fidedignas, pero tal vez solo lo hacía por obligación de no rendirse con aquellos que se habían perdido.

En lugar de pasar al siguiente tema de negocios, mi esperado regreso a la supervisión de los prostíbulos, me puso al día sobre lo que había sucedido con Lev y Eva. Lev fue asignado como guardaespaldas de Eva en la enorme universidad, pero el drama y el

peligro los amenazaron rápidamente. Drogas. Violaciones. Ataques. Todo tipo de malas noticias. Todo parecía haber culminado en el secuestro de Eva como cebo para que los Ilyin atraparan a Lev.

Entre la Familia Petrov y la Familia Ilyin, alguien estaba luchando por tener el control sobre la universidad.

—Rurik todavía está en el campus —dijo Lev—. Pero como yo fui herido...

—Y pronto se casará con Eva —interrumpió Oleg con una sonrisa—, tú, Viktor, eres justo el hombre que necesito para ocupar esa posición allí en el campus universitario.

—¿Yo? —No me señalé a mí mismo, pero no pude ocultar la sorpresa en mi respuesta de una sola palabra. Justo cuando estaba secretamente esperando una reasignación a cualquier otro lugar que no fueran los burdeles que había administrado durante veinte años.

—Sí. Tú —asintió Oleg, como si fuera un hecho mientras cruzaba las manos sobre su escritorio detrás del cual estaba sentado—. Rurik puede quedarse allí y mantener la vigilancia. Pero no puedo posponer el seguimiento del papel que juega Irina Petrov en esta guerra de drogas.

Conteniéndome para no mostrar demasiada emoción por no tener que volver directamente a los burdeles, asentí. Todo negocios.

—Sí, señor. Puedo hacer eso.

El Jefe sonrió.

—Y para incorporarte a este proyecto, creo que podrías encajar muy fácilmente en el campus.

Lev me miró.

—Como profesor.

—¿Qué? —me reí una vez, incrédulamente. No podía hablar en serio. Pero la expresión sobria que llevaban ambos hombres sugería que lo

decían en serio—. ¿Quieren que yo...?

—Que entres como profesor temporal —Oleg extendió sus manos como para implicar *por qué no*—. Después de todo, tienes ese título que nunca usas...

Un título que solo había obtenido mediante fraude para otro caso.

—Eso es cierto —miré alternativamente entre ellos, tratando de encontrar algo más que decir.

—Agradezco tu flexibilidad para investigar esa pequeña pista sobre Sonya en Moscú —dijo Oleg.

—Y somos conscientes de que tu lugar está de vuelta en las casas, supervisando el negocio como siempre —dijo Lev, sonando cada vez más como el mano derecha del Jefe.

—Eso está bien, sin embargo —me apresuré a añadir—. No me importa dejar los burdeles para que alguien más los supervise por un tiempo. Honestamente, se ha vuelto viejo. Me está desgastando. Lo mismo de siempre, una y otra vez.

Oleg se encogió de hombros.

—Entonces parece que esta es una situación ideal para ti, *Profesor*.

Sonreí, esperando con ansias esta oportunidad de no tener que volver a esos prostíbulos todavía. Aunque no tenía idea de cómo resultaría hacer de profesor, tenía curiosidad por descubrirlo.

2

IRINA

Me detuve en la puerta del apartamento. Llamarlo apartamento era una exageración. Este cuchitril diminuto y estrecho apenas calificaba como residencia. Sin embargo, se suponía que era el "hogar" de Maxim. Mi padre había instalado a mi hermano menor aquí, alegando que era más seguro para él vivir fuera de la majestuosa mansión Petrov, pero a mí no me engañaba. Yo sabía exactamente lo que era este mugriento apartamento.

Era una prisión. Una celda. Un lugar donde Maxim nunca prosperaría ni florecería, como un fugitivo.

Nunca había hecho nada malo, excepto nacer. Nunca se había rebelado ni había hecho algo que mereciera castigo. Pero aquí estaba, atrapado día tras día, solo pudiendo anticipar las infrecuentes visitas mías, la única familia que realmente tenía. Igor Petrov preferiría estar muerto antes que reconocer a Maxim como su pariente.

—Has venido mucho últimamente, Irina —dijo el guardia Petrov desde su posición en la entrada. Arqueó una ceja canosa, aparentando estar ligeramente divertido pero siempre aburrido. Este puesto tenía que ser tedioso. Esperado para mantener a Maxim aquí y sin visitas, este guardia no era más que una niñera glorificada,

siguiendo el decreto de mi padre de que Maxim se mantuviera fuera de su vista.

Habiendo crecido rodeada de los hombres de mi padre, estaba acostumbrada a que me hablaran, incluso a que me desafiaran a veces. Me encogí de hombros.

—No he estado en el campus desde que empezaron las vacaciones de invierno —respondí verbalmente al mismo tiempo que lo expresaba con señas para Maxim. Él era sordo, pero hábil leyendo los labios y usando la lengua de signos americana. No iba a admitir ante este guardia que había estado visitando a mi hermano con frecuencia. Mi padre solo me permitía visitarlo como una recompensa difícil de ganar y raramente concedida.

—Hmm. —El guardia asintió—. Me hace preguntarme si algo va a cambiar por aquí. —Hizo un gesto vago hacia el apartamento desnudo y escasamente decorado.

—No hay cambios que yo sepa —respondí verbalmente y en lengua de signos. Nunca habría cambios en cuanto a cómo Igor Petrov veía a su único hijo. Maxim siempre había sido menos, y era por esto que yo trataba de proporcionarle todo el amor nutriente que podía.

En la esquina, cerca del pequeño árbol de Navidad artificial que aún no había sido recogido, había un pequeño montón de regalos para él. Yo era quien le daba los lujos mínimos más allá de lo esencial. Y aun así, no podía garantizar que los regalos que compraba con mi estrictamente vigilada asignación permanecieran con Maxim. Mi padre aprendió hace mucho tiempo que podía castigarme fácilmente lastimando a Max y privándolo de cosas agradables.

—Te veré tan pronto como pueda —le dije a Max cerca de la puerta.

Me abrazó de nuevo, luego dio un paso atrás para responder con sus manos y dedos.

—Sé que pronto estarás ocupada con la escuela.

Mi corazón dolía porque él nunca tuvo esa oportunidad. Todavía era solo un adolescente, un adolescente joven, pero la "educación en casa" que tenía y las limitadas lecciones en línea que se le permitían aquí como un chico sordo e inmunocomprometido no eran lo mismo que la experiencia de ir a la escuela y tener la plena libertad de aprender lo que quisiera, como quisiera.

—Pero aún así te visitaré tan pronto como pueda —insistí.

Él asintió, sabiendo cómo tenían que ser las cosas.

Por ahora.

Mi corazón dolía mientras el conductor asignado a mí gruñía en el pasillo.

—Vámonos.

Siempre me decían qué hacer, siempre esperaban que obedeciera a los hombres Petrov dictando cómo serían las cosas. Estaba impotente para ayudar a Maxim o exigir que tuviera una vida mejor.

Por ahora.

Un día, haría que las cosas mejoraran. Un día, *algún día*, tomaría el control de mi vida y la de Maxim.

Detrás del conductor, salí del sucio edificio de apartamentos, insensible a los detalles de la baja calidad de vida que se podía tener aquí. Tenía que volverme insensible y bloquearlo todo. Si no lo hacía, caería presa de la necesidad de gritar y enfurecerme por la injusticia de todo.

No por primera vez, juré corregir este grave error. Un día, mataría a mi padre. Terminaría con su vida, y al hacerlo, terminaría con su poder para castigar a Maxim.

Ya no tendría que ser su espía en el campus.

Ya no se me exigiría informar sobre esta guerra de drogas y territorio que él estaba intentando no solo instigar sino ganar contra

los Baranov y los Ilyin, otras dos prominentes Familias de la Mafia en Nueva York.

Durante el viaje de regreso a la casa de mi padre, me desconecté y miré sin ver el paisaje mientras el coche aceleraba a través del sombrío y gris día invernal.

Odiaba esta vida. Detestaba los detalles de mi existencia y rezaba por poder escapar de estas circunstancias: atrapada como hija, utilizada como espía y descartada como una persona inferior que podía ser tan prescindible como el siguiente soldado o guardia. No era una *vida*. Era una sentencia. Una maldición. Una condenación que tuve la desgracia de nacer como una Petrov.

Odiar esta vida era la motivación que me alimentaba, pero declarar la libertad de mi padre era una meta demasiado importante para arruinarla. No podía dejar nada al azar. Tenía que hacer esto correctamente, sabiamente, porque si me equivocaba al derrocarlo y robarle el poder de descuidar o castigar a Maxim, me arriesgaría a ser un objetivo yo misma.

El conductor atendió una llamada, conversando con gruñidos y sonidos de una sola palabra. Todo era un código, todo una estratagema para evitar que yo supiera algo de utilidad.

De nuevo, estaba acostumbrada a ello. Pero presenciar otra llamada diseñada para ocultarme información reiteraba lo cuidadosa que tendría que ser cuando matara a mi padre y terminara con su reinado de terror, el terror sobre mí y Maxim.

No podía contar con que ninguno de los hombres de Petrov se rindiera o se convirtiera en delator. No podía buscar aliados dentro de la Familia Petrov para que me ayudaran o incluso me ofrecieran consejo. El pensamiento ilusorio me hacía soñar con pedirle a algunos de los hombres que me ayudaran a organizar un golpe. Sin embargo, ninguno estaría dispuesto, ya que todos, jóvenes y viejos, temían a Igor. Los soldados más jóvenes eran demasiado ingenuos para actuar, ansiosos por ganarse el favor de los jefes y líderes

dentro de la organización. Los soldados mayores estaban demasiado contentos y cómodos en su antigüedad para rebelarse.

No, dependería de *mí*, solo de mí, salvarme a mí misma y a Maxim. Tan pronto como pudiera idear un plan para acabar con mi padre, lo haría en mis términos. Tenía que escapar sin dejar rastro y asegurarme de que nadie nos persiguiera a Maxim y a mí sin el gobierno de mi padre en su lugar.

El viaje de regreso a la casa de mi padre no tomó tanto tiempo. Como de costumbre, el viaje parecía demasiado corto. Durante mis veintitrés años de vida, había sido un peón en sus esquemas. Se esperaba que hiciera lo que él decía, existiendo con una correa corta.

No queriendo salir del coche y entrar en la casa, miré por la ventana durante unos segundos de más. Atreviéndome a soñar despierta que estaba en cualquier otro lugar, me desconecté del sonido del conductor saliendo y cerrando su puerta, de la visión de él caminando alrededor para abrir mi puerta. No se movía por caballerosidad o para ser un caballero. No era nada más que otro guardián ocupándose de mi encarcelamiento.

Con la puerta abierta y el aire frío golpeando mi cara, temblé. Sin embargo, no pude hacer que mi cuerpo se moviera. No quería ver la cara de mi padre. No quería oír su horrible voz.

—Sal —ordenó el conductor, mirándome fijamente.

Lo hice, con un suspiro resignado, mientras dejaba la paz del coche para dirigirme al interior.

Mi padre me estaba esperando, sin duda molesto porque yo había insistido en ver a Maxim hoy. Él veía cada visita como una pérdida de tiempo. Según él, todo mi tiempo debería dedicarse a atender sus necesidades, a lo que mi padre decidiera que era necesario que yo hiciera o me preocupara.

Durante los últimos días, esos incómodos entre las vacaciones de invierno cuando nada parecía funcionar como de costumbre, él había estado ocupado al teléfono y teniendo reuniones. Hoy, sin embargo, parecía estar preparado para ponerse al día conmigo.

—Siéntate. —Desde su percha en una de las sillas antiguas en la sala de estar más grande, señaló el sofá. Su rostro permanecía marcado, tanto por arrugas como por un ceño fruncido. Nada en su semblante sugería algún amor paternal o cuidado. Aquí, así, yo era solo una empleada más entre muchos, aparentemente fallando en complacerlo.

Me senté, acostumbrada a perfeccionar mi máscara de indiferencia. En mi rostro, él no vería nada. Ni miedo. Ni emoción. Ni amor. Ni siquiera una necesidad de complacer o disposición a cumplir con mi deber.

—¿Qué has aprendido de la zorra de Baranov? —Su tono era cortante e impaciente, como siempre.

—Nada.

Su ceño se profundizó.

—¿Nada?

—No he hablado con Eva desde que terminó el semestre. —No conseguiría alterarme. Estaba diciendo la verdad. No había hablado con Eva Baranov desde que la ayudé a ella y a su amante guardaespaldas, Lev, a escapar. Mi padre se había aliado con los Ilyin para capturar a Lev. Todo era una complicada serie de mentiras y maniobras, pero me declaré traidora cuando le di a Eva un pequeño archivo para cortar las ataduras que la mantenían en su lugar. Me opuse a las intenciones duplicadas de mi padre cuando le dije cómo salir de ese almacén.

Esas verdades nunca serían compartidas con Igor Petrov. Me llevaría ese engaño a la tumba.

Me *alegraba* de que Eva estuviera a salvo, no porque fuéramos amigas, sino porque odiaba cómo mi padre intentaría arruinar la vida de todos sin importarle nada.

Sin embargo, él se puso de pie, furioso.

—Los Ilyin están cabreados por cómo terminó todo esto. Me *culpan* por el hecho de que Lev se escapó. Que la chica Baranov escapó.

Por supuesto, la familia rival estaría enfadada con él. Había intentado estafarlos fingiendo ayudar a organizar la captura. Crucé los brazos y no dije nada.

Pero él no había terminado de desahogarse, acechando hacia mí y encorvándose. Apuntándome con el dedo, entrecerró los ojos y me miró con furia.

—Te juro, Irina, que si la ayudaste, si tuviste alguna parte en cómo se escaparon, lo *descubriré*.

Me negué a reaccionar, sin dejarle ver ningún miedo o preocupación. No podía hacerlo en este juego de poder y castigo. Si sospechaba que yo había ayudado a los enemigos a liberarse, repartiría su castigo sobre Maxim, no sobre mí. Porque mi padre sabía cómo golpear donde más dolía, y eso era viendo el dolor y el sufrimiento de Maxim.

—Eres mi hija, Irina. —Enderezándose de su inclinación, sacó el pecho y me miró por encima de su grande y rojiza nariz—. Eres mi hija.

Dime algo que no sepa, imbécil.

—Eres mi espía. Mi sirviente en esta familia.

Te odio.

Levantó la cabeza aún más, para emular una postura más regia mientras me miraba.

—Eres mía para hacer con lo que me plazca. En todos los sentidos. Eres mía para ordenarte como yo considere conveniente. —Sonriendo con una mueca maliciosa, añadió—: Y eso es todo lo que serás siempre.

Manteniendo mi mirada estrecha sobre él, me prometí que eso no sería cierto.

Estás equivocado. Tienes que estar equivocado.

Hasta que pudiera matarlo y ser libre, él podría asumir eso. Por ahora, aunque podía jurar matarlo y cortar su control algún día, solo tenía el futuro inmediato para esperar con ansias.

No puedo esperar a volver a la escuela. Volver al campus. Él solo me enviaba allí para espiar el negocio de drogas que estaba estableciendo. Pero también sería un descanso de estar en esta casa con él, una pausa de tener que vivir con él y soportarlo día tras día cuando mi corazón anhelaba la libertad de otra vida, una donde nadie me usaría jamás como un peón.

3

VIKTOR

Fui a la universidad cuando era más joven y no estaba tan acostumbrado a los aspectos más duros de lo que significaba ser un soldado Baranov. Oleg me había pedido que considerara un título en negocios, o incluso en derecho. Las necesidades de la familia podían ser variadas de esa manera. Sin embargo, al final me pidió que supervisara una misión en uno de los prostíbulos, y ahí se acabó todo. Terminé mis cursos universitarios después de solo un año y había estado atascado en los burdeles desde entonces.

Casi se sentía como un círculo completo volver ahora a un campus universitario. Aquí es donde había estado antes de mi carrera en el negocio del sexo, y era donde estaba regresando ahora.

Nada era igual. Supuse que nada sería igual desde la última vez que estuve en un campus hace veinte años. Pero eso no era algo con lo que no pudiera aprender a lidiar. Cualquier misión, incluso las inesperadas y repentinas que surgían como la petición de Oleg de que fuera a Moscú y siguiera aquellas viejas pistas sobre Sonya, podía justificar ajustes drásticos. Como espías para el Jefe, empleábamos disfraces. Para parecer un profesor, cambié mi apariencia a un corte más limpio, con un traje y corbata profesionalmente aceptables, pero tuve cuidado de no verme demasiado estirado o formal. También en nombre de ser un espía u

operativo, usábamos alias, por lo que estaba aquí como el Profesor Viktor Remi, no Viktor Baranov. Necesitaría pulir mi lenguaje y adoptar una personalidad completamente diferente para encajar aquí.

Todos esos cambios eran factibles. Aunque normalmente estaba en supervisión en los prostíbulos, todavía estaba a la altura del desafío de transformarme para el trabajo.

Cuando llegué, tanto para revisar mi oficina en el campus como mi apartamento cercano, no pude evitar mirar todo como si fuera nuevo. Como si nunca hubiera sido un estudiante universitario. Habría sido más inteligente verlo todo con la mentalidad de que pertenecía aquí como un profesor fraudulento. Mantener los hechos claros era crucial en cualquier misión, pero cuanto más deambulaba por el campus y me daba cuenta de que era mucho más grande de lo que había pensado, lo veía como lo que podría haber sido. Si Oleg hubiera decidido hace tanto tiempo que yo serviría más para un propósito con una carrera diferente en la familia, no habría tenido que soportar tanto tiempo en los prostíbulos y lidiar con tantos imbéciles. La familia tenía una gran cantidad de riqueza, y todo venía de las decisiones inteligentes de Oleg para diversificar nuestros ingresos. Mi papel aquí para espiar el tráfico de drogas y los problemas de territorio era solo una faceta más para asegurar que nos mantuviéramos en la cima.

Rurik se reunió conmigo, más familiarizado con el campus y listo para ponerme al día sobre más cosas de las que Oleg y Lev me habían dicho en la mansión y la sede de los Baranov.

El hombre alto estaba vestido para el clima, llevando un abrigo grueso y manteniendo sus manos metidas en los bolsillos. Sobre su cabeza había un gorro azul marino, y si no supiera mejor, podría haberse parecido a un estudiante, no a un hombre mucho mayor y más letal que muchos otros aquí.

—¿Cómo va todo, hombre? —saludé, aceptando su apretón de manos y palmada en la espalda. Me pregunté cuánto tiempo habría

estado esperando en el estacionamiento por mí.

—Frío —respondió con ironía pero honestamente. Me indicó que comenzara por un camino que conducía hacia el este. Desde que había venido aquí cuando Lev comenzó como guardaespaldas de Eva, había desempeñado el papel de ser un guardia de respaldo, ojos y oídos para Lev cuando este no podía escaparse para seguir lo que cualquier hombre de los Petrov o Ilyin estuviera haciendo en el campus. Mientras caminábamos hacia el edificio donde se alojaba el departamento de Inglés —ya que estaba aquí para fingir ser un profesor de Historia del Inglés Americano— me puso al día sobre cómo había comenzado la presencia de los Baranov aquí.

Lev vino a seguir a Eva porque ella había querido probar cómo era ser una "normal" veinteañera. Se hizo amiga de una mujer llamada Kelly, y aunque se suponía que las dos debían haber sido compañeras de cuarto, solo se habían hecho amigas, tan cercanas al punto de que se escaparon a una fiesta y presenciaron algunas cosas sospechosas. De seguir a Eva y Kelly durante la mayor parte del semestre de otoño del año pasado, tanto Rurik como Lev reunieron más información sobre cómo las drogas se estaban distribuyendo a un ritmo más alto, aunque nadie podía realmente decir quién las vendía y de dónde venían. Las violaciones y ataques a mujeres también habían aumentado. Eva casi había sido violada en una fiesta por un miembro de una familia rival, y Kelly había sido drogada y podría haber sido atacada.

—¿No lo sabes? —le pregunté a Rurik. Parecía terriblemente familiarizado con los detalles sobre Kelly.

—No. No pudimos saberlo. Después de que Kelly fuera encontrada inconsciente en el cuarto de duchas, más o menos se mudó con Eva y Lev a su apartamento fuera del campus.

—¿Más o menos? —pregunté, curioso sobre ese detalle y cómo lo había expresado. O se mudó o no lo hizo. Independientemente, sonaba como si la Srta. Kelly Garnet hubiera sido aprobada por

alguien de arriba para recibir seguridad bajo el paraguas de protección que una asociación con el nombre Baranov podía ofrecer.

—Kelly se mudó por un tiempo, pero antes del final del semestre, se fue de nuevo.

Fruncí el ceño, parpadeando por la ligera nevada que caía y me entraba en los ojos mientras caminábamos.

—¿Podría estar trabajando contra la familia? ¿Acercándose para espiar?

Negó con la cabeza pero no pareció molesto por mi pregunta. Ser tan paranoico era simplemente algo dado.

—No. No tenía vínculos con nadie más en la Mafia. Venía de un entorno difícil, pero Lev hizo comprobaciones exhaustivas sobre ella.

Continuó poniéndome al día sobre lo que había notado en su vigilancia intermitente en el campus. Durante las vacaciones de invierno, con tantos estudiantes que se habían ido a casa o no estaban en la escuela, todo se estancó y disminuyó. Con el comienzo del próximo semestre, anticipaba más actividad de cualquier hombre de los Petrov e Ilyin que regresara al campus.

—Agradezco que me pongas al día —le dije mientras entrábamos en el edificio grande y antiguo que albergaba el departamento de Inglés.

—No hay problema. Espero trabajar contigo de nuevo.

No nos habíamos cruzado regularmente, pero éramos hermanos, sin importar qué.

—No me sorprende que el Jefe quisiera que alguien más entrara en esto. Lev está ocupado con Eva. Y después de la forma en que escaparon, no puedo culparlos por querer algo de distancia de todo esto —añadió.

—Parece que una reasignación era necesaria.

Me miró, sacudiéndose la nieve de la parte superior de su gorro.

—Pero me sorprende que renunciaras a tu posición en los, eh... —mirando alrededor a las pocas personas en el pasillo, aclaró su garganta.

—Establecimientos —sugerí como una alternativa más limpia para *burdeles* en caso de que alguien estuviera escuchando lo que decíamos. Los prostíbulos de la familia ciertamente no eran lugares de comercio legal.

—Sí. Me sorprende que estuvieras interesado en renunciar a tiempo trabajando en los establecimientos para venir aquí.

Me encogí de hombros, manteniendo un ojo en los estudiantes y personas que parecían personal en los pasillos.

—Me cansé de eso.

Rurik se rió una vez, sonriéndome con suficiencia.

—¿Cansado de las, um, profesionales de allí? —Una sonrisa lasciva cubrió su rostro.

Asentí. Él no lo entendería. Claro, al principio, era divertido y aventurero estar rodeado de putas y bailarinas de élite. Después de veinte años, todo era lo mismo de siempre. Nada nuevo. Había visto suficientes tetas y coños como para que la novedad de todo se hubiera agriado.

—Sí. Básicamente —respondí—. Ir y volver de Moscú no fue suficiente descanso. Me alegra hacer algo diferente por un tiempo, volver al campo, por así decirlo.

Rurik se rió de nuevo.

—¿Aunque eso signifique calificar trabajos?

Me encogí de hombros.

—Sí. ¿Por qué no? —Calificar trabajos e inventar lecciones contribuirían mucho a hacer que esta experiencia fuera diferente. Sería un trabajo tedioso, pero eso sonaba como un buen cambio de ritmo. Si hacer esas cosas haría que mi presencia aquí como profesor fuera mucho más creíble, entonces eso era con lo que tendría que lidiar.

Continuamos por el enorme corredor para llegar a mi oficina, pero no fue un simple paseo. Innumerables mujeres nos observaban, todas revisándome a mí o a Rurik. Sentí sus miradas ardiendo, pero no importaba. Ninguna de ellas importaría. Todas parecían demasiado inexpertas, de mala manera, no de forma sexy. Nunca me importó demasiado la edad de una mujer cuando quería acostarme con ella, pero algo sobre estas académicas simplemente las hacía *demasiado* jóvenes.

Rurik me dejó en la puerta de mi oficina, acordando que estaríamos en contacto con más frecuencia en el campus, trabajando juntos. Se esperaba que él simplemente mantuviera un ojo en todo, siendo los ojos y oídos, pero se esperaba que yo siguiera más de cerca a Irina Petrov. Ella sería una estudiante en mi sala de conferencias. Dar conferencias sería diferente, pero estaba preparado para ello. Era una razón más para familiarizarme con el material. Si estuviera extra preparado y confiado en actuar como profesor, tendría más energía y tiempo para dedicarme a observarla tanto en mi clase como fuera de ella, cuando pudiera.

Establecerme en mi oficina no tomaría mucho tiempo. Solo quería familiarizarme con qué iba dónde. Los hackers de Oleg ya habían manejado el dolor de cabeza de meterme en el sistema aquí, pero aun así, desenvolverme en el sistema informático requería algunos minutos de mi atención.

Cuando mi estómago rugió, recordándome que aún no había almorzado, cerré la sesión de la mitad de las cosas que tenía abiertas en mi portátil. Me iría pronto. Podría ir a mi apartamento y pedir que me entregaran algo allí. Antes de que pudiera cumplir con

mi plan de irme, una pelirroja alta y hermosa llamó a mi puerta que había dejado entreabierta un par de centímetros.

—Hola —saludó con un ronroneo sexy que habría sido más apropiado en mi trabajo anterior—. Pensé que vi a alguien entrar aquí. —Entró completamente, dándome una visión completa de su figura esbelta, enormes tetas y rostro impecable. Una sonrisa tímida y confiada levantó sus labios, pero parecía demasiado astuta para que yo bajara la guardia—. Debes ser el Profesor Remi. Viktor, ¿verdad? —Aumentó el voltaje de su sonrisa, extendiendo su mano para que yo la estrechara—. Soy Jessica Nolan, subdirectora de administración.

¿Y justo estabas aquí? Su título sonaba como algo que se encontraría en las oficinas administrativas principales.

—Encantado de conocerla —mentí. No necesitaba saber nada más sobre esta mujer para darme cuenta de que era una oportunista, cachonda y ansiosa por follarse su camino a cualquier lugar. Las mujeres solo miran a los hombres como ella lo hacía cuando querían polla.

—Oh, encantada de conocerte también —respondió, demostrando mi punto cuando fingió tropezar con su propio pie y caer sobre mí. Inclinándose hacia adelante, prácticamente me arrojó sus tetas a la cara—. Uy.

—¿Estás bien?

Fue lenta en volver a ponerse derecha, pasando su mano sobre mi hombro y apretando.

—Estaría aún mejor si me llevaras a cenar esta noche. Me encantaría darte personalmente la bienvenida.

Sí, no gracias. Ya es suficiente de eso.

—No —negué con la cabeza—. No estoy interesado en una bienvenida personal. Estoy aquí para trabajar, Srta. Nolan, y eso es

todo.

—Oh —resopló como si yo estuviera siendo tonto—. Solo Jessica, por favor. ¿Estás seguro de que no puedo interesarte en nada más? —Bajó la barbilla, dándome una mirada de gatita sexy.

—Estoy seguro. —No iba a caer en esta mierda. Por supuesto, acostarse con alguien por información no estaba fuera de cuestión, pero esta mujer no era una persona de interés.

Jessica fue rápida en cambiar su tono, haciendo pucheros, y hasta eso era sexy, pero molesto.

—¿Estás *realmente* seguro? Porque soy la sobrina del decano. —Puso sus manos sobre el escritorio, inclinándose para que tuviera una vista completa de su vestido de escote bajo revelando la parte superior de sus senos—. Y *realmente* estoy acostumbrada a salirme con la mía.

Incliné la cabeza hacia un lado.

—¿Eso es una amenaza? —Podía jugar duro si tenía que hacerlo. No quería que esta mujer tratara de molestarme, pero no iba a arruinar una conexión que podría necesitar más tarde.

—Oh, no —me sonrió radiante—. Solo estoy dejándolo claro.

Que tienes la intención de cazarme. Genial. —Entendido —asentí para seguir reconociéndola a ella y a lo fácil que quería parecer.

Mientras salía de mi oficina, me quedé sentado allí y me pregunté si tendría más complicaciones de las que esperaba al aceptar este trabajo.

El objetivo era claro. Las instrucciones del Jefe eran simples.

Acercarme a Irina Petrov y obtener cualquier información que pudiera.

Acercarme a cualquier otra mujer no estaba en la agenda.

4

IRINA

El primer día del semestre de primavera había llegado. Había pasado cada día previo en la casa de mi padre, encerrada en mi habitación a menos que él exigiera que asistiera a cenar con él. Esas comidas eran solo más oportunidades para que me regañara, me recordara que yo no era nada, o me ordenara no causar problemas cuando comenzara el semestre. Tener a mi único padre diciéndome que era inútil a menos que estuviera recopilando información para él era tremendamente deprimente.

Ya no se me permitía tener una habitación en la residencia universitaria, no desde que alguien había ido a la habitación que Eva y Kelly Garnet supuestamente compartirían. Eva no había vivido en el campus, quedándose con Lev en otro lugar. Pero Kelly sí había estado en las residencias.

Después de pasar por el apartamento adyacente al campus —lo que por tanto hacía que se sintiera como parte del campus, después de todo— me dirigí hacia mi primer edificio. La mañana estaba fresca y fría, ese tipo de temperatura baja que hace que el aire parezca convertirse en hielo y cristalizarse en tus pulmones si respiras demasiado profundo.

—No puedo esperar al verano —murmuré entre dientes, con la boca escondida por mi bufanda mientras caminaba hacia la cafetería para pedir una bebida caliente de camino a mi primera clase.

Nadie me escuchó. No había guardias cerca. Siempre estaban presentes, alguien en el campus, pero mi padre optaba por no tener un guardaespaldas conmigo todo el tiempo. Si organizara ese tipo de seguridad, me aislaría como alguien en quien los demás no confiarían ni hablarían, y eso frustraría el propósito de mi recopilación de información. Por otro lado, probablemente no le importaba un comino mi persona ni si alguna vez resultaba herida. Yo tenía un propósito para él y servía como un activo para sus planes, pero eso nunca significó que se preocupara por *mí*.

Aunque los guardias de Petrov siempre estaban en algún lugar, dándome algo de distancia pero vigilándome, agradecía que se mantuvieran apartados. Me volvería loca si no pudiera desahogar mis quejas en algún momento, de alguna manera.

El verano era mi estación favorita, y quería ser estúpidamente optimista pensando que podría ser libre para entonces. Que ese "algún día" llegaría antes de que llegara el verano y podría cumplir mi promesa de matar a mi padre y no tener que preocuparme más de que lastimara a Maxim.

En la cafetería, me puse en la fila y desenrollé mi bufanda para poder respirar mejor. Inhalando profundamente el aroma aromático de los granos de café siendo molidos y preparados, cerré los ojos e intenté calmarme del estrés de las últimas semanas. Igor Petrov era un factor estresante del más alto grado.

Cuando abrí los ojos, parpadee de nuevo con sorpresa. Delante de mí en la fila había una cabeza familiar de cabello rubio. Llevaba un gorro, pero aun así, las largas ondas doradas se derramaban sobre sus hombros.

Kelly Garnet solo era importante para mí como alguien cercana a Eva Baranov, quien había sido una persona de interés para mi padre. Sin

embargo, desde que vi a Kelly en la clínica de salud del campus después de ser drogada, no podía evitar preguntarme cómo estaba. Yo también había estado en la clínica de salud en ese momento, cuando una de mis "amigas" había sido atacada. En ese entonces, la chica de alta sociedad con la que había fingido amistad había iniciado el rumor de que Eva era el vínculo con la razón por la que cada vez circulaban más drogas y más potentes en el campus. Esas chicas nunca fueron realmente mis amigas. Solo les dejé pensar que eran cercanas a mí para parecer algo popular y extrovertida para que otros se relajaran a mi alrededor.

Le toqué suavemente el hombro, sonriendo mientras se giraba para mirarme.

—Hola, Kelly.

Ella alzó las cejas, observándome lentamente de arriba abajo. No mostró un reconocimiento evidente en su rostro, pero yo sabía que me recordaba. No podía fingirlo. De todos modos, me señalé a mí misma, algo torpemente.

—¿Irina?

Kelly asintió, fría como un témpano.

—Me acuerdo.

Un silencio incómodo se instaló entre nosotras después de eso. No podía aceptar que esto fuera todo. Sí, su lealtad estaría con Eva, pero eso no podía significar que nunca toleraría una pequeña charla conmigo.

—Te ves bien.

En realidad, no era así. Se veía cansada. Si el estrés tuviera un aspecto, ella lo llevaba puesto.

Su respuesta fue un simple y breve asentimiento.

No me dejaría disuadir.

—¿Cómo te has sentido después de... —miré alrededor para ver si alguien estaba escuchando—. ¿Después de que te drogaran?

—Bien —Kelly miró hacia adelante para evaluar cómo avanzaba la fila. Esta actitud distante era o bien un acto bien ensayado o simplemente no estaba de humor para hablar conmigo.

Aun así, no era una persona que se rendía.

—¿Cómo está Eva?

Ahora sí reaccionó. Entrecerró ligeramente los ojos, poniéndose a la defensiva ante la mención de su amiga. O ex amiga. Eva ya no estaba aquí, así que era una conjetura si la princesa Baranov seguía en contacto con esta "plebeya".

Cuando se volvió de nuevo, mirando hacia adelante y literalmente dándome la espalda, fruncí el ceño. Fingiendo ignorancia, actué como si no me hubiera oído.

—¿Kelly? ¿Cómo está Eva?

Mirándome con una sonrisa helada, negó con la cabeza.

—Busca en otro lado si andas cazando chismes.

Maldición. No solo sabía quién era yo, sino que también recordaba que había interactuado con Eva antes. Y había estado cerca de otros que habían difundido rumores sobre Eva, todo con el propósito de hacer que Lev saliera para que los hombres de mi padre lo capturaran.

Ahora sí me rendí. Dejé de intentar provocar una reacción en ella, o conseguir respuestas. Claramente no me iba a dar ninguna.

Además, no necesitaba que Kelly me dijera cómo estaba Eva. Había preguntado principalmente por curiosidad sobre si Kelly y Eva seguían hablándose. Si otros verían a Kelly como una fuente de influencia contra los Baranov debido a su asociación con Eva.

Era de conocimiento común entre las familias de la Mafia que Eva estaba a salvo y permanecía fuera del campus. Estaba comprometida con Lev. Vivía de nuevo en la residencia Baranov, intocable y fuera de alcance.

Después de pedir mi bebida, esperé en la fila y recordé cuando noté por primera vez que Eva estaba colada por Lev. Él siempre estaba cerca de ella, siempre al alcance. Empezó con miradas ardientes que dudaba que se dieran cuenta que no podían ocultar. Luego evolucionó a expresiones más cómplices, como si fueran pésimos ocultando su atracción. No podía culparla. Él no era duro de mirar. Alto, musculoso y tan peligroso.

Nunca había experimentado ese tipo de atracción por un hombre. En primer lugar, nunca tuve la libertad de querer a un hombre o conocer a alguien con el propósito exclusivo de salir. Mientras mi padre gobernara mi vida, no podría experimentar algo tan ordinario como eso.

Es más, nunca había sentido tal conexión con un chico. Sin atracción. Sin amor a primera vista, simplemente mirar a un hombre y que su visión me volviera loca por él. Sin una rápida realización de la presencia de un hombre guapo robándome el aliento.

Especialmente nunca sentí tal atracción por los guardias Petrov del personal de mi padre. Habitualmente tenía que hacer mi mejor esfuerzo para no hacer muecas de disgusto hacia ellos, molesta a un nivel elemental porque apoyaban a mi padre sin importar qué, haciendo ciegamente lo que él decía. Esa era la forma de las familias de la Mafia. El gran jefe daba las órdenes y todos las seguían. Pero cuando el jefe era un cabrón sádico que había despreciado a su propia sangre, ¿dónde estaba la misericordia o la justicia en eso? Yo no había pedido nacer como una Petrov.

Todos los guardias que trabajaban para la Familia Petrov eran viejos y asquerosos. Los más jóvenes estaban demasiado llenos de sí mismos y adoctrinados con la idea de que yo era una carga

caprichosa con la que lidiar porque así era como mi padre me proyectaba.

Además, *siempre* tenía que vigilar lo que decía frente a ellos. La amistad también estaba fuera de consideración. Tenía que ser así. No podía bajar la guardia y cometer un desliz. Hacerles saber cuánto odiaba a mi padre sería el primer agravio que lo haría sospechar excesivamente de mí.

No hay esperanza, de todos modos. Si no podía encontrar el coraje y el conocimiento para acabar con mi padre, él me organizaría un matrimonio que yo no querría. Los jefes de la Mafia eran notorios por elegir quiénes serían sus yernos, otro método para realizar negocios y hacer tratos.

Bebí a sorbos mi bebida el resto del camino hacia el enorme edificio donde se llevaría a cabo mi primera clase. Si pudiera fingir interés en alguna de las clases que tomaba, esta sería fácil. El inglés era mi primer amor, y combinarlo con la historia lo hacía aún mejor.

Sin embargo, elegía mis clases al azar, nunca permitiéndome suponer que todo este tiempo aquí equivaldría a un título.

Con un ánimo tan bajo, recordando como siempre que no tendría voz en nada de mi vida hasta que matara a mi padre, suspiré y continué por el amplio corredor. Un póster colgado detrás de una vitrina llamó mi atención.

Me detuve, bebiendo mi café y saboreando la quemazón del café bajando por mi garganta. Casi me descongelaba después del paseo hasta aquí.

Dentro de la vitrina había una ilustración gráfica de un libro de Nancy Drew. El departamento estaba ejecutando un tema sobre la serie, y sonreí ante la reconfortante escena que cubría el primer libro de esa colección. A Maxim y a mí nos encantaban los misterios, y había perdido la cuenta de cuántas veces le había leído ese libro. Era

uno de sus favoritos, uno que le leía con él en mi regazo cuando era más pequeño. Él sentía la vibración de mi voz y leía conmigo.

Oh, Max. Negué con la cabeza mientras continuaba hacia la entrada del salón, odiando por enésima vez que mi hermano menor tuviera que sufrir por la única y diabólica mente de Igor Petrov. Nuestro padre era un bastardo del más alto orden por intentar castigarlo solo porque era sordo y débil. Era el diablo mismo por intentar lastimar a su hijo. Por usarme en un juego contra su bienestar.

Al entrar en el salón, eché un vistazo al hombre solitario que estaba de pie en el escenario donde se encontraba el podio para el profesor.

En este caso, el profesor de Historia del Inglés Americano.

Específicamente, el bruto extremadamente sexy de un hombre, luciendo tan elegante y apuesto en una camisa negra abotonada y pantalones de vestir, con una audaz corbata roja colgando de su cuello.

Oh. Vaya.

Me detuve con mi taza de café a medio camino hacia mi boca. No podía tragar aunque lo intentara en este momento. Tenía la boca seca. Sin embargo, mi corazón se aceleró y mi respiración se agitó.

Nunca digas nunca...

Porque mirando a mi nuevo profesor, sentí que el rayo de la lujuria me fulminaba, dejándome sin palabras mientras observaba a un hombre que definitivamente no tendría *ningún* derecho a desear.

5

VIKTOR

Los estudiantes entraron en el auditorio. La masa de hombres y mujeres mostraba gran variedad: jóvenes y mayores, sofisticados y desaliñados, de todas las formas y tamaños. Sería sorprendente si la universidad no pusiera mucho énfasis en atender a un grupo diverso. Aunque también podría ser simplemente representativo de lo codiciada que era esta universidad, incluso si estaba al borde de considerarse de la Ivy League.

Lo único que permanecía constante entre todas las personas que entraban al cavernoso auditorio era cómo me percibían a *mí*.

Más de unos cuantos me observaban con un interés que ardía con más intensidad y duraba más que simplemente evaluar quién sería su nuevo profesor. Muchas de las mujeres parecían demasiado jóvenes, infantiles y demasiado inmaduras para estar siquiera aquí, donde se suponía que los adultos venían a aprender y prepararse para una carrera.

Era una diferencia notable de lo que estaba acostumbrado. Antes de que me asignaran ir a Moscú para seguir las pistas sobre Sonya, veía mujeres mayores, expertas que podían manipular a un hombre y luego follárselo de diez maneras distintas. Prostitutas y bailarinas. Ese tipo de mujeres estaban más a mi nivel. Me había cansado de

ese ritmo, y agradecía un descanso de volver a los prostíbulos para supervisar allí, pero eso no disminuía el marcado contraste con lo que vería aquí.

Esperé en el podio, sin sonreír pero tampoco con el ceño fruncido. Sin revelar qué tipo de profesor sería, examiné la multitud de estudiantes que entraban buscando el rostro de Irina Petrov, la única persona a quien debía prestar atención y seguir lo mejor que pudiera.

Y ahí estaba. Por fin.

Ahí estaba.

Alta. Esbelta. Cabello castaño liso cayendo sobre sus hombros. Ojos azul claro que brillaban a pesar de la distancia que nos separaba mientras caminaba delicadamente por el pasillo. Buscaba un asiento, sin mirarme ni una sola vez. Con sus elegantes botas de cuero caminando por el pasillo alfombrado que conducía hacia mí en la base de esta sala, emanaba el aura y la confianza de una mujer que sabía exactamente lo que quería. Serena, recogida y elegante.

Dios. Santo...

Exhalé un largo suspiro, necesitando liberar los sentimientos reprimidos que se acumularon en mí tan repentinamente. Mi primera impresión de esta mujer me impactó, dejándome ligeramente asombrado por su belleza. Claro, parecía joven. Sabía por su expediente que solo tenía veintitrés años. *Era* joven, pero a diferencia del resto de los estudiantes aquí, irradiaba una madurez como de alma vieja.

Contaba con que fuera elegante, una mujer acostumbrada a las cosas más finas de la vida y con los medios para permitirse cualquier producto de belleza, cualquier peinado y cualquier prenda de diseñador.

Pero la absoluta sensualidad en su andar gracioso me distrajo. Las curvas esbeltas de su figura definitivamente no infantil me hicieron

detenerme.

Era la actitud en su pose altiva y en la manera de levantar la barbilla lo que me daban ganas de sonreír.

No era ninguna princesa sumisa de la Mafia. No sería una igual de Eva.

Esta mujer, mi objetivo a vigilar, sería un desafío.

Y no podía esperar para perseguirla.

Aunque no me miró ni una sola vez mientras elegía un asiento y se sentaba, era consciente de que tendría trabajo por delante. No me lo pondría fácil. No sería cooperativa. Podía adivinarlo en la simple consideración de su postura regia y la presión casi severa de sus labios.

No podía singularizarla todavía. Ahora mismo, tenía que concentrarme en establecer mi coartada como profesor, y eso significaba comenzar esta primera clase. Afortunadamente, esta distracción causada por la belleza de Irina no me impediría lograrlo. Los primeros días de clase solían ser nada más que un prolongado hola y bienvenidos al curso. Leer y parafrasear el programa era lo normal para el primer día, y ni siquiera había dedicado mucho tiempo a recopilar el material para el programa. Reutilizar lo que había dejado el profesor anterior lo había convertido en una tarea fácil y eficiente.

Todos en la sala se acomodaron en sus asientos para mirarme desde arriba. Una vez que el silencio colectivo se convirtió en una espera expectante de que algo sucediera, aclaré mi garganta. Apartar la mirada del lugar donde estaba sentada Irina fue un esfuerzo consciente en el que tuve que concentrarme.

—Bienvenidos a Historia del Inglés Americano —miré alrededor al mar de caras, decidido a no mostrar ningún interés particular en Irina. Dejar que mi conciencia de ella fuera demasiado obvia sería un grave error, y yo tenía más experiencia que eso.

Ella no podría reconocerme a *mí*, no cuando había pasado tanto tiempo como soldado Baranov y miembro de la familia entre bastidores, en los prostíbulos y no "en circulación" como otros soldados y guardias que ella podría haber visto antes. Del mismo modo, esta era la primera vez que la veía en persona, en comparación con una foto.

—Soy el profesor Remi, y comenzaré este semestre con una vista previa de mis expectativas para el curso.

¿Estaba hablando con un esfuerzo seco y monótono? Sí. ¿Me importaba? No. Si todos me percibían como un profesor aburrido, no importaba. No estaba aquí para ganar premios. Estaba aquí para hacer mi trabajo y hacerlo bien.

Comenzar la lección con una visión general del programa era una manera aburrida de iniciar las cosas. Era obvio que los estudiantes no estaban entusiasmados con lo que decía. Enumerar las reglas de clase, detallar las expectativas sobre las tareas y revisar la rúbrica de calificación, los aburría a todos hasta la muerte. Sin embargo, mientras hablaba, el brillo de lujuria no se apagaba en todas las mujeres que me observaban.

Todas ellas, excepto Irina.

Durante toda mi charla, no me dio una mirada directa ni una sola vez. Su evitación deliberada de hacer contacto visual no podía ser un error o una coincidencia.

¿Pero por qué? No podía saber que yo era un hombre de la Mafia. Entonces, ¿por qué sería tan reacia a mirarme, siendo yo solo uno de tantos profesores aquí en el campus?

Entonces se le escapó. Rompió su terquedad de no mirarme, de no prestarme atención. Con una mirada, me observó, casi levantando sus labios en una expresión de desaprobación molesta.

Ajá. Ahí tenía mi prueba de que tenía algo contra mí.

¿Qué es? ¿No le gusta que le digan qué hacer, y escuchar mi lectura del programa le recordaba que tenía que cumplir con las expectativas?

¿Por qué es tan fría conmigo? Incluso si no estuviera dando una conferencia aburrida, podría mirarme con una simple falta de interés, no con algo como irritación descarada. Otros estudiantes parecían medio dormidos, pero no me fulminaban casi con la mirada.

Cuanto más divagaba, más vagaba mi mente. Ella era mi objetivo, y no requería mucha energía o creatividad por mi parte empezar a fantasear sobre hacerle perder esa actitud.

¿Frunciría el ceño y arremeterría si intentara besar esa sonrisa socarrona en su rostro? ¿O me acercaría más y querría más?

¿Me apartaría y me enfrentaría si intentara ponerla sobre mis rodillas y darle nalgadas hasta dejarle el culo rojo? ¿O gemiría y se retorcería contra mí pidiendo algo más fuerte?

Joder. No podía dejar que me emocionara demasiado. No podía seguir pensando en ella así. Si lo hacía, me pondría duro, y dudaba que esa fuera una imagen estelar en mi primer día como profesor aquí, incluso si había llegado por medios fraudulentos.

Cuando terminé, resumiendo la tarea de lo que debía ser leído y revisado antes de la clase de la próxima semana, miré hacia arriba y comprobé las reacciones de la clase.

En el segundo en que la vi poniendo los ojos en blanco, me detuve.

Oh, ese descaro... Una vez más, estaba intrigado.

Murmuró algo por lo bajo, algo solo para que ella lo escuchara. Pero la vista de sus carnosos labios moviéndose fue suficiente para que entrecerrara los ojos.

—¿Qué ha dicho? —pregunté.

Ponerla en evidencia era una desviación de cómo había manejado esta conferencia hasta ahora. No le había preguntado nada a ningún estudiante. No había hablado con nadie directamente.

Hasta ahora.

Sin embargo, ella me había provocado, y esperé tranquilamente a que me respondiera.

—¿Disculpe? —preguntó. Sus cejas finas se arquearon en una pregunta silenciosa.

—¿Qué ha dicho? —pregunté de nuevo, severo y sin tonterías en mi tono.

Se enderezó, levantando más la barbilla. —Comentaba sobre su mal uso de las contracciones en su diapositiva.

Me giré, mirando la diapositiva en la pantalla que mostraba lo que estaba leyendo y resumiendo con una buena dosis de inventarme todo a través de ello.

—"You're", como en "you are", no "your", el posesivo —explicó.

Quería imitar su gesto inmaduro de poner los ojos en blanco. Yo no había creado este material. Lo había reciclado de quien quiera que hubiera enseñado esta clase antes. Pero me contuve.

—Aplaudo que preste tanta atención —le dije sin emoción, manteniendo este papel de profesor aburrido—, pero le sugeriría que dedique más de ella a la sustancia de las lecciones que a la presentación de las diapositivas proporcionadas por otros miembros del profesorado.

A nadie le gustaba una pedante de la gramática, pero me negaba a dejar que intentara demostrar que me estaba dando lecciones a *mí*.

Desafío aceptado, cariño.

—Entonces quizás podría considerar la sugerencia de revisar el material que copia y pega antes de compartirlo —respondió.

Varios estudiantes sonrieron y rieron ligeramente, apreciando esta crítica y que ella contestara.

Aunque no creía que estuviera haciendo esto para llamar la atención o para ser la payasa de la clase, reconocí que podría querer actuar así como forma de rebelarse.

Eso es aún mejor. Esperaba ansioso la oportunidad de domarla.

—Estaré vigilándola de cerca —le advertí, sin dejar que ninguna emoción se filtrara en mi respuesta.

Ella no reaccionó, solo me miró con frialdad.

Recuerda mis palabras. Realmente la vigilaría de cerca. Aunque tenía la presencia de guardias Petrov cerca —el par de hombres mayores que había visto por el rabillo del ojo cuando miraron a través de las puertas abiertas en la parte trasera del salón—, mantendría a Irina Petrov cerca en mi mente y vista.

Ahora que podía esperar con interés la emoción de un desafío al acercarme a ella, me permití disfrutar de una pizca de entusiasmo por mi reasignación aquí.

Todo en nombre de conseguir información para el Jefe, por supuesto.

Nada más, sin importar lo sexy que fuera el desafío que representaba.

6

IRINA

Cómo era posible que *él* fuera profesor?

La pregunta me persiguió mucho después de salir de aquella clase. Ver a un hombre tan sexy en el podio me había descolocado. No era solo que fuera tan atractivo, tan guapo que literalmente me había dejado sin aliento. Más que nada, mi inquietud y falta de equilibrio mental se debía a cómo me había puesto en evidencia, señalándome a *mí* y solo a mí entre los más de cien estudiantes en aquel auditorio.

Había intentado con todas mis fuerzas no mirarlo, y definitivamente no cuando él pudiera notarlo. Era una profesional ocultando mis emociones, caramba. No era ninguna principiante escondiendo mis sentimientos y asegurándome de que nadie pudiera jamás afirmar que podía leerme.

Tenía que serlo. Desarrollar esta habilidad era crucial cuando debía vivir con Igor Petrov y constantemente ser su espía. Esto no era un pasatiempo. Había perfeccionado esta capacidad de parecer impasible e indiferente porque era la única manera de sobrellevar la vida en la que estaba atrapada.

—No otra vez —refunfuñé mientras salía del vestuario femenino en el gimnasio más grande y mejor del campus.

No otra maldita vez.

Ahí estaba. El profesor Remi. Justo tenía que venir a este gimnasio, a esta hora. Nunca había creído en las coincidencias, pero si esto no era una, el destino me estaba lanzando una curva infernal para asegurarse de que me encontrara con el sexy profesor en cada esquina que mirara.

Sería más fácil evitarlo si no apareciera en todos los lugares a los que yo iba. Sería una hazaña manejable evitar el contacto visual si no se presentara por el campus.

Lo veía en los pasillos del edificio donde se impartían las clases de inglés y teología. Pasar junto a él me dejaba una sensación persistente de quemadura después de su mirada fija en mí.

Lo veía comiendo en mi café favorito del campus. Intentar ignorar su presencia podría haber sido posible si no hubiera elegido la mesa directamente frente a la mía.

Lo veía trabajando en algo en la gran biblioteca, tomando notas. No recordar ni una sola línea del texto de geología que intentaba estudiar fue un momento de frustración.

En. Todos. Los. Malditos. Lugares. Si el hombre no me estaba siguiendo, algo raro pasaba para que constantemente estuviera cerca de mí así. Y no podía estar siguiéndome. Lo habría sabido si lo hiciera. Mientras los guardias de mi padre mantenían una distancia constante de mí, estaban ahí. Y no eran idiotas sin entrenamiento. Si alguien me estuviera acosando activamente, lo sabrían y lo informarían.

Por lo que podía ver, el profesor Remi era solo... un profesor. Seco, frío, inexpresivo, pero tan agradable de contemplar. Especialmente mientras hacía una serie de repeticiones cerca de la zona de pesas libres. Yo era una atleta "perezosa", haciendo el mínimo indispensable de trotar en una cinta y experimentando con algunos

movimientos de tipo calistenia que probablemente eran en realidad maniobras de pilates.

Sus músculos se hinchaban y tensaban mientras levantaba y bajaba las mancuernas. Cuando pasó a las máquinas, más de sus tendones y venas se marcaron y se hicieron visibles.

Comparado con los hombres más jóvenes que se ejercitaban a su alrededor, estudiantes de mi edad, se veía tan maduro. Mayor, pero no antiguo. Poderoso, pero no inflado con esteroides y sustitutos de proteínas en polvo.

El profesor Remi, quienquiera que fuese bajo ese comportamiento frío y estilo práctico de dar clases, era atractivo, musculoso y experimentado. Incluso en el gimnasio, mientras se movía de una cosa a otra, era tan evidente que era un hombre cómodo con su cuerpo, con su fuerza.

Este hombre no era ningún novato. No estaba jugando ni pasando el tiempo. Estaba aquí para hacer lo suyo, y yo no podía dejar de admirar su confianza y experiencia.

No podía dejar de admirarlo en absoluto... hasta que tuve que hacerlo. En medio de una repetición, levantó la mirada e hizo contacto visual directo conmigo a través de los reflejos en el espejo.

Atrapada mirándolo, no pude apartar la vista. Hacerlo probaría que me había pillado. Todo lo que pude hacer fue mantener este contacto visual, corriendo en la cinta y bloqueando cualquier expresión para que no supiera cuánto lo deseaba.

Maldito. Maldito provocador.

Sin bajar la mirada mientras levantaba la mancuerna, me devolvió la mirada, intentando jugar mi juego de indiferencia. O tal vez no era indiferencia de su parte. Quizás realmente me detestaba y quería que yo viera ese casi ceño fruncido de fastidio en su rostro.

Nuestro duelo de miradas solo terminó cuando un par de chicas se le acercaron, haciéndole preguntas estúpidas y sin sentido sobre lo que había cubierto en nuestra última clase. Dos veces había asistido a sus conferencias, y dos veces había tenido que contenerme de poner los ojos en blanco ante las preguntas insulsas que algunas de mis compañeras le hacían solo para que las mirara y les hablara directamente. Así de desesperadas estaban por captar su atención, cuán profundamente podía distraer a toda la clase de concentrarse en las lecciones.

Por más que lo intentara, no podía quitarme al sexy profesor de la mente cuando aparecía en todos los lugares a los que iba. Incluso fuera del campus.

Al final de la segunda semana de clases, me enteré de una fiesta que se celebraría en un apartamento fuera del campus. Las fiestas no eran lo mío. Podían *parecer* mi idea de diversión, pero las odiaba. Asistir a cualquier evento social siempre venía con la advertencia de que sería una espía para mi padre. O sería una distracción para él mientras mantenía una reunión con un rival. Nunca había asistido a una reunión o evento social puramente por el hecho de estar allí. De la misma manera que tenía que hacer "amigos" para mezclarme y pretender encajar para que la gente me hablara, tenía que forzarme a situaciones donde otros pudieran pensar que estaban de fiesta.

No importaba adónde fuera y qué estuviera haciendo, siempre tenía que servir a un propósito para mi padre.

Esta noche no era una excepción. Después de enterarme de que un hombre que traficaba drogas organizaría una fiesta, supe que tenía que ir. Hasta ahora, no estaba consiguiendo nada que informar a mi padre. Y él preguntaría. Exigiría un informe sobre lo que estaba sucediendo en el frente de las drogas en el campus. Esperaría que le dijera qué miembros de familias rivales estaban haciendo en la escuela.

Y hasta la fecha, no tenía nada que decirle. Kelly no diría nada sobre Eva, y aunque no hubiera sido tan reservada y me contara algo,

falsificaría esos detalles para hacer que las "noticias" sonaran relevantes. No me esforzaría por salvarla. No era tan mártir, excepto cuando se trataba de Maxim, pero no dejaría que mi padre tuviera más información sobre Eva o Lev. Merecían su felicidad.

Tal vez suceda algo en esta fiesta y tenga algo para él.

Aunque solo fuera lo mismo de siempre: gente comprando y vendiendo, los conocidos usuarios y traficantes que ya habían revelado sus identidades en el campus, sería un pedacito de información.

Durante la primera hora, mientras tomaba una cerveza, me relacionaba y bailaba con un par de chicas extrovertidas que conocía de algunas de mis clases, me di cuenta de que podría haberme maldecido a mí misma. No pasaba nada. Esta fiesta, si podía llamarse así, era realmente discreta. Aburrida, incluso. Sin incidentes. Sin embargo, me alegraba haber venido a hacer mi parte y espiar. Si no lo hacía, y si Igor pensaba que estaba holgazaneando, castigaría a Maxim.

—Qué curioso verte *aquí*.

Me di la vuelta, casi dejando caer mi botella de cerveza medio llena al oír esa voz rica y áspera tan cerca de mi oído. Odiaba que ya la reconociera después de solo dos clases. Detestaba cómo mi cuerpo reaccionaba ante la idea de que *él* estuviera tan cerca de mí.

Efectivamente, cuando completé el giro y me enfrenté a él, fui tratada —o maldecida— con una vista cercana del profesor Remi. Viktor Remi, según la escasa biografía en el sitio web de la universidad.

—¿Oh? —fingí sorber mi bebida, negándome a dejarle ver lo sorprendida que estaba de verlo aquí—. ¿Por qué?

Se acercó más a mí mientras un par de personas bailaban detrás de él. Esa leve cercanía se sintió como una amenaza y un señuelo a la

vez. Estando más cerca de él, quedé atrapada bajo el impacto de su calor corporal, la provocación de su colonia.

Oh, mierda.

Estaba casi pegada a él, y por primera vez en mi vida, me preocupaba que mi máscara se deslizara. Que viera cuánto me afectaba.

—Últimamente he estado sufriendo una ilusión óptica específica —levantó su bebida, no cerveza sino licor, demostrando nuevamente que era un hombre mayor, más sabio y más experimentado en comparación con estos chicos de fraternidad amantes de la cerveza, y puso sus labios en el borde. Me quedé mirando, cautivada viendo cómo tragaba el líquido. Contemplar su boca y preguntarme qué más podría hacer con ella me acaloró. El deseo me inundó mientras me preguntaba si también sería un amante diferente comparado con los hombres del campus. Mayor, más sabio y más experimentado para revolucionar mi mundo y besarme en todas partes que pudiera soñar.

¡Para! ¡Reacciona! Fruncí el ceño, odiando cuánto me afectaba—. ¿Qué tipo de ilusión? —pregunté, orgullosa de que mi voz sonara tan fría y gélida como siempre.

—Una ilusión de usted... apareciendo en cada maldito lugar donde miro, señorita Petrov.

Casi tiemblo. No solo por su voz profunda y humeante, sino porque había maldecido. Porque sus ojos se estrecharon con desprecio mientras se quejaba de verme. ¿Cómo? ¿Cómo podía excitarme? ¿Cómo podía esta... tensión que se construía entre nosotros ser un estímulo tan letal?

—¿Qué me pasa? —Lo pregunté. No solo me lo pregunté, sino que perdí mi control sobre el momento hasta el punto de *preguntárselo*. No quería saber por qué estaba molesto conmigo. No necesitaba

saber la razón por la que me hacía sentir así. Él no podía formar parte de nada que mi padre quisiera que le informara.

O... tal vez sí. Si estaba aquí en esta fiesta, eso era interesante en sí mismo. Esta fiesta estaba en una parte más sórdida de la ciudad donde ningún miembro respetable de la facultad querría ser visto. Asesinatos y violaciones sucedían por aquí.

Eso aumentaba el atractivo de él. No estaba actuando como un profesor aburrido y estirado. Verlo en *esta* fiesta le daba un aura de chico malo. Se volvía más misterioso estando aquí, usando palabrotas y quejándose de mí mientras saboreaba el licor fuerte.

¿Qué te pasa a ti*?* Esa pregunta de seguimiento me golpeó antes de que él pudiera hablar. No pertenecía a este escenario. No debería haber sabido siquiera de esta fiesta.

—No dije que hubiera algo mal con usted, señorita Petrov —respondió—. Solo que tengo esta extraña constancia de verla en todas partes.

—Lo mismo digo —solté con ironía—. Y no me llame así.

—¿Señorita Petrov? —Arqueó una ceja mientras bebía un sorbo—. Ese es su nombre.

—Un nombre formal, profesor —levanté mi dedo del cuello de mi botella de cerveza para señalar la fiesta—. Y este no es un entorno formal.

—Entonces, ¿cómo debería llamarla?

Oh, Dios. Las ideas indecentes que pasaron por mi cabeza no eran correctas. Tampoco era correcto que lo deseara.

—Tú...

—¡Policía! ¡Vámonos! —gritó alguien de repente. La música se cortó —. ¡Viene la policía!

Miré al profesor Remi ante la interrupción repentina. Esto no solo sería una interrupción, sino también un alto completo a la noche.

—Salgan de aquí —gritó alguien más.

—Muévanse.

—Tío, me voy. Vámonos.

El caos de todos apresurándose por salir se elevó a un clamor confuso de demasiado ruido. A pesar de que acabábamos de estar de pie juntos y hablando, el profesor Remi y yo nos separamos, yendo en direcciones opuestas y quedando separados en la multitud mientras la gente se apresuraba a abandonar la fiesta antes de que la policía pudiera llegar y arrestar a la gente por las drogas.

Obviamente, yo también tenía que irme. No podía ser atrapada por ningún policía, y si eso se convertía en una amenaza real, los guardias apostados fuera de este lugar me sacarían.

Tal como esperaba, estaban en alerta máxima con el éxodo de gente saliendo precipitadamente de la fiesta. Para cuando salí, me metieron en un coche y me alejaron.

—¿Qué pasó? —preguntó uno.

Me encogí de hombros, todavía desequilibrada por haber hablado con mi profesor en el lugar más improbable—. Alguien llamó a la policía, y todos se apresuraban a salir antes de que los atraparan.

Eso no era todo lo que había sucedido. Había tenido una conversación extraña pero no mala con el hombre en el que no podía dejar de pensar. Y parecía que él estaba experimentando la misma aflicción.

Mientras el coche me alejaba a toda velocidad, deseé que nuestro intercambio hubiera durado un poco más, incluso si el tiempo que pasé en su presencia embriagadora me hizo sentir menos segura sobre cómo interpretar su presencia allí. En esa fiesta. En el campus. En el auditorio. Independientemente de dónde viera al insufrible

profesor que parecía albergar un resentimiento y sospecha latentes hacia mí, una cosa estaba clara.

No iba a irse a ninguna parte pronto.

Y me estremecí al darme cuenta de cuánto me emocionaba ese pensamiento.

7

VIKTOR

Las primeras dos semanas fingiendo ser profesor no me habían llevado a ninguna parte con Irina. La veía en clase, donde seguía pareciendo una diva aburrida. Todos mis estudiantes parecían aburridos. Hacía las clases monótonas a propósito, todo para observarlos mejor. Cuando las personas están desinteresadas y tienen mentes ociosas, tienden a dejar que sus pensamientos se muestren. Los estados de ánimo —aparte del aburrimiento— son más fáciles de detectar. Tal vez dejan que sus mentes divaguen hacia pensamientos sobre cosas que les emocionan. O quizás fruncen el ceño mientras analizan algo que quieren cambiar o que les desagrada.

No Irina.

Después de dos semanas, estaba seguro de que ocultaba algo. Dudaba que fuera algún asunto confidencial del que el Jefe pudiera realmente beneficiarse. Pero sabía con certeza que era una experta en ocultar sus emociones. Esa máscara fría y vacía de princesa de hielo no es algo con lo que alguien nace. La había desarrollado. Dada su juventud, me intrigaba aún más por qué se había criado sabiendo cómo ocultarse y parecer indiferente al mundo.

Consultar con Lev y Rurik esperaba que me diera alguna pista sobre lo que se suponía que debía estar buscando. Porque hasta ahora, no tenía nada. Rurik me había dado un resumen cuando comencé, pero sentía que me faltaba algo más.

—¿Por qué la estoy siguiendo de nuevo? —les pregunté a ambos después de que se reunieran conmigo para tomar café al día siguiente de ver a Irina en aquella fiesta.

—No se supone que la estés siguiendo —dijo Lev, frunciendo el ceño.

—No lo está haciendo —dijo Rurik—. Está cerca, pero no la está acosando activamente.

Asentí. —Porque esta no es mi primera vez en este tipo de asuntos. —Sonriendo con suficiencia, los dejé reír—. No la estoy "siguiendo", pero estoy haciendo hincapié en encontrarme con ella. —No era difícil. El campus era grande, pero si iba a los lugares frecuentados comúnmente por el personal y los estudiantes, las probabilidades eran altas de que me cruzara con Irina sin siquiera intentarlo.

—No podrías parecer que la estás acosando con las legiones de fans interfiriendo —bromeó Rurik con una sonrisa burlona.

—Ah —Lev sonrió con suficiencia—. ¿Atrayendo la atención, verdad?

Puse los ojos en blanco. —No es para tanto.

Rurik se rio. —¿Recuerdas el comienzo de *Indiana Jones*? ¿Cuando está enseñando y todos los estudiantes lo miran como si hubiera colgado la luna?

Lo empujé por el hombro. —Dije que no es para tanto.

—Si solo esas chicas supieran por quién están suspirando —se burló Lev—. Un gran y malo jefe de burdel.

—Bonita aliteración la que tienes ahí. —Levanté mi café hacia él, burlándome.

—Qué gracioso. —Me mostró el dedo medio.

Demonios, estaba dando conferencias sobre el idioma inglés. Cosas como la *aliteración* estaban en mi mente. —Son solo chicas típicamente cachondas. Ansiosas por tener toda la experiencia universitaria y experimentar sexualmente. —Me encogí de hombros —. Estoy feliz de no estar recibiendo la atención de nadie más en el campus. —Y había notado algunas caras.

—¿Tú también los viste? —preguntó Rurik. Se volvió hacia Lev—. Algunos Petrovs más han aparecido en el campus.

Tampoco había hablado con Rurik recientemente, así que era bueno escuchar que no estaba solo en esta observación.

—¿Más que cualquiera que estaría allí para vigilar a Irina? —preguntó Lev.

Rurik negó con la cabeza. —Todavía se mantienen alejados de ella. Como cuando estabas en el campus como guardaespaldas de Eva.

—Están allí —dije, respaldándolo—. Pero le dan espacio. He sentido curiosidad por eso.

—¿Por qué? —preguntó Lev.

—Bueno, ¿están descuidándose al dejarla ir por su cuenta tanto? Estaba en esa fiesta sola mientras los guardias esperaban afuera. —*¿O confían en que ella puede arreglárselas si se mete en una mala situación?*

—Eran así cuando yo vigilaba a Eva —dijo Lev—. Manteniendo la distancia.

Ahora ya había informado a Lev sobre el aumento de más hombres en el campus, tanto de las familias Petrov como Ilyin. Esa tarea era solo parte de lo que quería compartir en esta reunión. Lo que más me interesaba era obtener más pistas sobre lo que *yo* tenía que hacer.

—Entonces, de nuevo, ¿por qué se supone que debo seguir a Irina o acercarme a ella para obtener información? —Me encogí de hombros —. ¿Qué creen exactamente que podría saber? Por lo que puedo ver, es solo una mocosa engreída que parece aburrida de ir a la universidad. Social, pero nunca parece cercana a nadie en particular.

Rurik miró a Lev, quien frunció el ceño y mostró una expresión pensativa. —Sospechamos que debe saber algo sobre lo que Igor Petrov está tramando.

—¿Por qué? ¿Solo porque es su hija? —Resoplé y dejé mi taza de café—. Eso no significa nada. Oleg no le cuenta todo a Eva. —Era simplemente un hecho de nuestras vidas. Las mujeres de la mafia no tenían acceso a los detalles que los hombres encontraban y recolectaban. Las mujeres simplemente no importaban en términos de poder, hasta que podían servir como peones en un matrimonio arreglado o dar a luz bebés para la próxima generación.

—Eva no sería una espía —argumentó Lev al instante—. Oleg valora demasiado su felicidad para pedirle algo así.

Levanté mi mano para evitar cualquier enojo que pudiera sentir hacia mí por hacer esa comparación. Era tan protector con ella. —Sí. Estoy de acuerdo. Pero, ¿realmente Igor Petrov confiaría en usar a su hija como espía? Tiene muchos hombres para usar con ese fin.

Rurik se encogió de hombros. —No necesariamente. Irina podría ser una espía y acercarse a personas en el campus porque nadie sospecharía de ella.

—Eso no es cierto. *Yo* sospecho que está tramando algo. Pero no puedo decir qué.

—¿Cómo actúa sospechosamente contigo? —preguntó Rurik.

—Solo pequeñas cosas que he notado. —Nada que pudiera señalar con precisión, pero pequeñas peculiaridades que noté. Ella tenía el funcionamiento interno de una espía. Observaba a la gente, incluso cuando trataba de hacerlo menos obvio. Siempre se sentaba con la

espalda contra la pared y tenía un punto de vista que le permitiría ver todo lo que sucedía en una habitación. Tenía esa naturaleza tranquila y perceptiva, lenta para involucrarse o participar hasta que tenía una buena sensación sobre la sala o el grupo. Ese no era un comportamiento paranoico, sino más bien un comportamiento similar al de un soldado.

—No descartaría la idea de que sea una espía —advirtió Lev—. Aunque tendría más sentido que un soldado lleve a cabo la tarea de espiar cualquier cosa que Petrov esté tramando, las mujeres han sido utilizadas para vigilancia. Piensa en algunas de las mujeres que has atrapado en los burdeles, cableadas o grabando clientes.

Asentí con reluctante acuerdo. Eso había sucedido, pero generalmente era cuestión de una puta codiciosa y demasiado entusiasta tratando de salir adelante por sí misma, no actuando como agente de una familia criminal.

—Escuché algunos de los rumores sobre lo que el Jefe te envió a investigar a Moscú —añadió Lev—. Los rumores de que Sonya podría haber sido utilizada como espía cuando desapareció.

De nuevo, tenía razón. La teoría de que Sonya no había huido con su madre flotaba por ahí, y venía con el detalle de que se esperaba que Sonya fuera una espía fuera de y quizás contra la organización Baranov.

—Pero era muy joven cuando desapareció. —Eso sucedió hace años —. Según la falta de respuestas y pistas que encontré allá, estoy más inclinado a pensar que Sonya y su madre están muertas.

Ninguno de los dos respondió, ni estando de acuerdo ni discutiendo conmigo en ese punto.

—Irina tiene que estar desafiando lo que sea que Igor esté tramando o tratando de hacer —razonó Lev.

—¿Porque ayudó a Eva a escapar y a salvarte? —Ya me habían contado sobre eso—. Eso hace que parezca que sería una amiga, no

una enemiga.

—Ella salvó a Eva. Si no fuera por Irina dando un paso adelante y ayudándola, no sé cómo habría resultado ese día —dijo Lev—. Por encima de todo, le debo *mi* agradecimiento por ayudar a Eva, cualesquiera que fueran sus motivaciones.

—Pero, ¿cuál sería su motivo ulterior? —preguntó Rurik, como si se lo preguntara en voz alta—. Por lo que vi del semestre de Eva allí, ella e Irina no se hicieron amigas. Durante un tiempo, operábamos bajo la suposición de que Irina estaba detrás de los rumores que se difundieron sobre Eva, que Eva era la razón por la que aparecían más drogas en el campus.

Lev asintió. —Cierto.

—Tuvo que tener un motivo ulterior para ayudar a Eva a escapar —dije—. Y de una forma u otra, encontraré la manera de acercarme a ella y hacer que se abra conmigo. —Los miré a los ojos, uno por uno, serio—. Haré que me revele sus secretos.

—Me sorprende que un donjuán como tú no lo haya hecho ya —bromeó Lev.

Rurik sonrió. —Sí. ¿Por qué está tardando tanto?

—Aún no me he acercado a ella. —Me encogí de hombros.

—¿*Aún*? ¿Asumes que puedes? —preguntó Lev, con las cejas levantadas.

Se estaban divirtiendo demasiado con esto, burlándose de mí.

—Parece un poco distante —admití. Demasiado fría y recogida. Ocultando sus pensamientos demasiado bien.

—Si *tú* no puedes hacer que una mujer hable... —Rurik negó con la cabeza—. No hay esperanza.

—En el burdel, seguro. En un club, sí. —Yo era dominante en esos casos—. Pero, ¿en un campus universitario donde se supone que

debo ser su profesor para entrar y espiar?

Lev se encogió de hombros. —Dudo que importe dónde la hagas abrirse.

—Pero si estás insinuando que podría usar mis, um, antiguas habilidades para manipularla...

—¿Para seducirla? —adivinó Rurik.

Él y Lev asintieron.

—Me sorprende que no lo hayas intentado ya —admitió Lev.

Desde la primera vez que la vi, el pensamiento había entrado en mi mente. Había pasado las últimas dos semanas convenciéndome de no confrontarla directamente e intentar seducirla. Mi excusa para este retraso era querer tener una sensación de contra qué estaba trabajando. Observar, luego actuar. Pero como Rurik y Lev estaban explicando, no estaba claro a qué me enfrentaba. No era obvio qué secreto estaba ocultando Irina.

—¿Te estás haciendo mayor? —bromeó Rurik.

—¿Y perdiendo el toque? —bromeó Lev.

Negué con la cabeza, pasando mi mano por la barba incipiente que necesitaba afeitarme antes de tener realmente barba otra vez. —No. Cabrones. No me estoy haciendo mayor. —*Era* mayor que Irina, pero a diferencia de sus compañeros infantiles e inmaduros, ella representaba un desafío con la diferencia en nuestras edades. Una emoción: domarla, disciplinarla—. No estoy perdiendo el toque.

Sería divertido seducir a mi estudiante. Tenía opciones sobre cómo podría hacer que hablara. Tortura, sobornos, ultimátums y amenazas. Todas eran técnicas adecuadas.

¿Pero seducirla?

Vale la pena intentarlo.

8

IRINA

El domingo por la noche, me llevaron de vuelta a casa de mi padre para una revisión semanal. Mantuve una expresión impasible durante el trayecto, temiendo cada segundo que se avecinaba. Para evitar caer en un estado de ánimo completamente amargo, intenté concentrarme en pensamientos sobre el profesor Remi.

Recordar su mirada oscura en la fiesta me llenó de intriga, ahuyentando la molestia de tener que hablar con mi padre. Pensar en lo caliente y duro que estaba su cuerpo tan cerca del mío me permitió imaginar cómo sería si me tocara, evitando que cayera en la irritación de enfrentarme a mi padre.

El hombre era un enigma, y disfrutaba teniendo algo independiente de las habituales idioteces de los negocios de la Mafia en lo que centrarme. Podría ser mi interés secreto, la pequeña fuente de algo bueno en lugar de toda la amargura y maldad de mi vida.

Pero demasiado pronto, estaba en su casa, mirando su cara presumida y lidiando con la tensión de no darle las respuestas que quería oír. No podía darle ninguna respuesta porque no había nada que informar.

—¿Me quieres decir que no tienes nada nuevo? ¿Nada en absoluto? —Levantó las manos como para decir *¿qué demonios?* o para burlarse de mí.

—Correcto. No tengo nada que informar —Añadí un encogimiento de hombros para convencerlo aún más.

—¿No quieres hablarme sobre el aumento de hombres de Ilyin en el campus? —Endureció su expresión hasta convertirla en una mirada fulminante.

Me encogí de hombros de nuevo, esta vez, por genuina ignorancia. —¿Qué hay que decir? Los hombres de Ilyin siempre han estado en el campus.

—¿Qué hay que decir? —gruñó—. ¡Que están allí!

Parpadee, tratando de contener el sarcasmo con el que quería responder. Desde que me implantó como estudiante en la universidad, los hombres de Ilyin habían estado presentes. —Siempre han estado allí.

—¿No crees que deberías decirme que hay más?

Por el amor de Dios. —Nunca me ha pedido que los contara.

—No te pongas descarada conmigo, pequeña zorra.

—No lo hago. —Aun así, tenía que vigilar lo que decía. Simplemente estaba siendo honesta. Sin embargo, él podía percibirlo como quisiera, y si pensaba que estaba siendo insolente con él, reaccionaría castigando a Maxim para mantenerme a raya—. Nunca he contado a los hombres de Ilyin. No sabía que querría un recuento. Sí, he notado a unos cuantos más, pero no tantos como para indicar algo significativo.

—¿Qué sabrías tú de eso? ¿Cómo demonios podrías determinar lo que es significativo o no? —Rio una vez, sonriendo con suficiencia—. No sabes nada.

Aunque su crítica hacia mí era solo una forma más en la que podía ser sexista y cruel, tuve que morderme el labio.

Si crees que soy tan estúpida e ingenua, ¿por qué me pides a mí *que sea tu maldita espía?*

—Tiene que ser significativo. Si los Ilyin están tratando de aumentar su número alrededor o en el campus, probablemente estén intentando tomar el control de la zona. Deben estar frustrando mis esfuerzos por dominar allí.

No contesté, sabiendo que cualquier cosa que pudiera decir solo lo enfurecería más. Yo no seguía a los Ilyin. Solo me preguntaban quién estaba haciendo qué. No importaba cuántos Ilyin hubiera allí. Solo estaban allí para comprar o vender drogas y para echar un vistazo, analizando la escena.

—Ya es bastante malo que tus guardias tuvieran que decírmelo. —Entrecerró los ojos y me miró como si fuera un desperdicio de espacio—. Deberías ser franca conmigo y decirme todo lo que sea de interés.

Hasta que fuera una lectora de mentes, no podría saber lo que él quería que se le informara.

—¿Qué hay de la actividad cerca de la oficina del decano? —preguntó.

Negué con la cabeza, sin tener que esforzarme para parecer confundida. *Estaba* confundida. —¿La oficina del decano?

—Sí. Presta atención, estúpida zorra. —Golpeó su puño en el reposabrazos de su silla—. La oficina del decano.

—No tengo nada que ver con el decano. Nunca voy allí ni tengo que visitar esas oficinas.

—Pues deberías. —Hizo una mueca como si yo fuera la peor decepción que alguna vez pudiera enfrentar—. He oído, por tus

guardias, que el decano tiene vínculos con un par de políticos emergentes que han estado en mi radar.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? ¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? —Sacudiendo la cabeza, se tomó un momento para recomponerse—. Si puedes manejar una tarea simple, necesitas tener eso en mente. Owen Nolan, el decano. Espero que mantengas los ojos abiertos a su alrededor.

—Nunca lo he visto.

—¿Y qué? Curiosea alrededor de su oficina y observa cualquier cosa que puedas aprender sobre sus conexiones con Marcus James y Eric Benson. ¿Me explico con claridad?

Genial. ¿Ahora necesito intentar espiar a un par de políticos? ¿Y al decano? Asentí. —Sí.

Aunque me fui poco después de su orden, la pesadumbre y desazón que surgían de hablar con él me siguieron hasta bien entrada la noche. Estaba tensa, molesta y sintiéndome tan atrapada en mi vida que renuncié a leer o estudiar en mi apartamento y fui a la biblioteca.

Cada vez que venía aquí, trataba de conseguir uno de los lugares "buenos". Arriba en el segundo piso, cerca de la esquina. Había tantas estanterías altas aquí que parecía un laberinto impenetrable. Desafortunadamente, esas mesas "buenas" estaban todas en uso, a pesar de la hora tardía.

Me vi obligada a sentarme en una mesa más abierta cerca del centro. Tan pronto como me quité el abrigo y saqué mis libros, descubrí que tampoco podía concentrarme aquí. La sensación de que alguien me prestaba atención me molestaba. Alguien me estaba observando.

Una mirada alrededor reveló la fuente. Andre Ilyin, una de las caras familiares entre los rivales de mi padre, me miraba fijamente desde una mesa en el lado opuesto de la sala. Sin un libro, cuaderno, tableta o portátil en la mesa frente a él, destacaba. Parecía fuera de lugar, un hombre solitario vestido completamente de negro, simplemente mirándome.

Andre no solo estaba mirando. Me estaba examinando, sonriendo perversamente como si pudiera usar visión de rayos X y ver lo que llevaba debajo de mi suéter y vaqueros.

No me hacía sentir bien. Tener su mirada demasiado hambrienta sobre mí me dejaba sintiéndome sucia y dañada. Como si no solo me estuviera mirando, sino tocándome, y esa no era una caricia que quisiera experimentar. Jamás.

Suspirando pesadamente, traté de ignorarlo, sin siquiera mirar en su dirección. No sería la primera vez que un hombre de la Mafia, incluso un rival, me miraba así. En fiestas, bailes y galas. En cenas y eventos festivos. Había estado a su alrededor antes, y había aprendido a aceptar simplemente que mirarían todo lo que quisieran. Tratar a las mujeres con respeto no era algo que sucediera en este mundo. Debíamos ser utilizadas y poseídas, nada más.

Hasta que pueda irme. Hasta que pueda matarlo y desaparecer...

La charla motivacional de que solo tendría que aguantar a los hombres de la Mafia hasta que terminara con la vida de mi padre no me hizo sentir mucho mejor.

Lo que sí lo hizo fue ver al profesor Remi en la esquina.

Estaba allí, leyendo o fingiendo hacerlo. Y era *su* mirada sobre mí la que me distraía de la vida que no quería. Tener su mirada ardiente sobre mí me iluminaba. Dejarlo que me examinara me daba una sensación de valor. Me engañaba haciéndome creer que él me valoraría. Me desearía, y sería solo *a mí*. El profesor Remi era solo un hombre, uno atractivo, uno que no debería desear, pero no

estaba afiliado con la Mafia, hasta donde yo sabía. Si estuviera asociado con alguna Familia, los guardias lo reportarían y se lo dirían a mi padre.

Sonreí, trazando la punta de mi bolígrafo a lo largo de mis labios cerrados, deleitándome en lo bien que me hacía sentir que un hombre sexy pudiera verme como una mujer, no como la hija de Igor.

Esa buena sensación se quedó conmigo toda la noche y hasta la mañana. Durante el camino a su clase por la mañana, respiré profundamente, dejando que mis pulmones se llenaran con el aire fresco de la mañana.

Me sentía más viva. Estaba más emocionada por el día, sin preocuparme por lo lentamente que pasaría. La emoción y anticipación de poder ver al profesor Remi, especialmente después de presenciar su interés en mí anoche en la biblioteca, tenía esa gran diferencia en mi estado de ánimo.

Llegando temprano con la esperanza de conseguir un buen asiento en el frente, entré en el salón y tomé un sorbo de mi café, algo esencial para cada mañana aquí. Dando un paseo más largo, ya que tenía tiempo, me dirigí por el pasillo que me llevaría junto a su oficina. No tenía ninguna razón para ir allí. Dudaba que alguna vez la tuviera. Ningún profesor me veía en sus oficinas porque yo era, sobre el papel, una estudiante excelente que nunca necesitaba tutoría o ayuda extra. Aunque estaba en la universidad como un papel que cumplir para mi padre, era una buena estudiante con poca necesidad de asistencia para mantener buenas calificaciones.

Aun así, sabía dónde estaba la oficina del profesor Remi. Me acerqué ahora, ralentizando por si podía regalarme una vista adicional de él. Cuando llegué a su puerta abierta, sin embargo, la visión que me recibió no era una que quisiera saborear.

Una pelirroja alta se inclinaba hacia él, alzando la cabeza y cerrando los ojos en preparación para acercar su cara a la de él. Justo cuando

puse el pie en el pasillo, el tacón de mi bota hizo un fuerte clic porque estaba tan sorprendida.

Quienquiera que fuera esta mujer, vestida con un elegante traje de oficina con el escote más bajo posible, tenía toda la intención de besar al profesor que yo no podía evitar desear.

Mientras ella se inclinaba hacia él, probablemente tratando de aprovechar el elemento sorpresa, el profesor Remi movió un poco la cabeza para esquivar que ella lo alcanzara.

—Oh —dejé que esa interjección saliera de mi boca como si quisiera decir *vaya*—. Lo siento. No me di cuenta de que este era un momento privado.

La mujer se enderezó antes de que pudiera caerse por la evasión del profesor Remi. Mientras me enfrentaba, con él manteniéndola a distancia con el brazo, me lanzó una mirada penetrante que sugería que deseaba que me cayera muerta o me largara.

Había interrumpido su momento. Estaba furiosa. Pero cuando mi profesor encontró mi mirada, no pude decir si estaba molesto o agradecido. No estaba claro si me reprochaba por interrumpir o si estaba irritado con esta mujer por hacer un movimiento así con él. No parecía feliz, eso era seguro. Pero, ¿estaba molesto por mí o por ella?

—Solo pasaba de camino a clase —dije, ya moviendo mis pies para alejarme.

Una vez que lo hice, me reprendí por el destello de celos que ardía en mí.

¿Celosa? ¿Qué derecho tenía yo a estar celosa?

El profesor Remi era solo mi profesor.

Un enamoramiento por mi profesor era posiblemente lo más estúpido con lo que podía llenar mi cabeza. Era una preocupación

tan tonta, un no-problema en el panorama general de lo que estaba sucediendo en mi vida.

No tengo tiempo para esto. Él podía besar a quien quisiera, y cualquier mujer podía hacer su mejor intento con él. No me importaba. No podía importarme.

El romance estaba muerto para mí. Tenía que estarlo porque nunca tendría la libertad de decidir algo que *yo* quisiera. Nunca tendría el derecho de actuar sobre algo que me interesara.

La información del profesor Remi besando a alguna asistente en el edificio no haría feliz a Igor Petrov. Y fallar en complacer a mi padre con la información que sí quería no ayudaría a Maxim.

Aun así, cuando entré en la sala de conferencias, empujé las puertas con demasiada fuerza. La ira hervía en mis venas. Mi cabeza no se despejaba de la molestia y frustración. Mi corazón latía aceleradamente, y no importaba cuántas veces me regañara mentalmente para salir de esto y olvidarme de tener un enamoramiento secreto por mi profesor, no podía alejar los fuertes sentimientos.

Acomodándome para que comenzara la conferencia, luché duramente por encontrar ese optimismo estúpido y trivial con el que había despertado.

Pero se había ido.

9

VIKTOR

Te dije que no.

Jessica no había dejado de insinuárseme desde el día en que nos conocimos. No importaba cuál fuera el mensaje. Siempre encontraba una razón para pasar por mi despacho.

Hoy era para confirmar que me haría cargo de otra clase durante unas semanas. Otro profesor había sufrido un accidente de coche y estaría de baja durante un mes. Como solo estaba impartiendo la clase en la que estaba Irina, tenía tiempo libre. No quería comprometerme con otro curso puesto que en realidad no estaba aquí para trabajar por mucho tiempo, solo el tiempo que mi tapadera lo requiriera. Sin embargo, la otra clase, una de poesía, era corta. E Irina estaba inscrita en ella. Una oportunidad adicional para verla sería productiva.

No necesitaba que Jessica me dijera personalmente que estaba confirmado que me haría cargo de esta clase. Ya había hablado con el jefe del departamento. La oficina del decano no estaría involucrada en este tipo de arreglos, así que ella no tenía motivos para hablarme de esto en absoluto. Pero no nací ayer. Era consciente de sus ganas de verme, sin importar el motivo. Quizás era una de esas adictas a la emoción, siempre yendo tras lo que no podía tener.

Mi rechazo bien podría ser la motivación para que lo intentara con más ahínco.

Incluso llegando tan lejos como inclinarse para besarme.

Irina pasaba justo en ese momento, y el sonido de sus tacones resonando fuertemente en el suelo fue providencial. Me alegré mucho de que nos interrumpiera.

—No intentes eso de nuevo —advertí a Jessica mientras retrocedía para recoger mi bolsa del portátil. Mi clase comenzaría en un par de minutos.

—Sabes que me deseas —sonrió, sentándose en el borde de mi escritorio.

Agarré un archivo sobre el que ella estaba sentada, y usé la fuerza suficiente para que se sacudiera hacia un lado y se levantara de nuevo. Haciendo un puchero auténtico, frunció el ceño como si no pudiera creer lo que acababa de hacer.

—No es así —señalé el archivo hacia ella mientras rodeaba el escritorio—. No asumas que sabes nada sobre mí.

Se abrazó a sí misma, todavía sonriendo.

—Me gusta, este aire de misterio que mantienes a tu alrededor.

No había misterio en mí, simplemente era cuidadoso sobre con quién trataba y qué podían saber de mi vida real, la versión de mí que incluía a la Mafia.

—No me molestes de nuevo —me fui con esa advertencia, sin importarme que se quedara en mi oficina. No había nada comprometedor allí. Apenas tocaba nada y nunca escribía algo que alguien pudiera vincular conmigo. La mayoría del papeleo se había vuelto obsoleto, de todos modos. La documentación se hacía toda a través de correos electrónicos y en línea para los cursos y el registro de puestos de trabajo.

Dejarla atrás podría haberle dado la idea equivocada, pero no había nada que pudiera hacer para cambiar su idea de que mi oficina estaba siempre abierta para ella. No habría forma de detenerla, no cuando usaba su relación con el decano como medio para exigir influencia.

Me apresuré hacia la clase, ansioso e impaciente por llegar. Ver a Irina era una prioridad. Tenía que evaluar cómo estaba reaccionando al haberme sorprendido casi besando a otra mujer. Si iba a adoptar el método de seducirla para conseguir que se abriera y me hablara sobre lo que Igor Petrov estaba tramando, no podía parecer "comprometido" con otra mujer.

Irina estaba sentada en medio del auditorio y no reaccionó a mi entrada. La mayoría de los estudiantes se callaron, acostumbrados a mi protocolo estricto y severo de comenzar tan pronto como entraba en el aula. A menudo solía empezar con otra conferencia soporífera mientras me acercaba al podio, pero hoy no. Con el silencio que pendía sobre la sala, todas las miradas puestas en mí —excepto la de Irina— era difícil no sentir que tenía una entrada grandiosa. Como si fuera la realeza entrando en la corte.

—Buenos días. Comencemos —dije con firmeza al llegar a mi sitio detrás del podio. Conectar mi portátil tomó segundos, y vincular mis diapositivas a la pantalla principal llevó incluso menos tiempo. Todo fluyó sin problemas como siempre, y hablé mientras me preparaba.

Esta conferencia era tan árida como el resto, pero esta vez no bostecé. Durante todo el tiempo que hablé, noté a Irina.

Estaba molesta. No necesitaba más contexto ni más tiempo para aprender sus señales. Sabía que estaba molesta.

Abatida, mirando hacia abajo, parecía completamente desinteresada. Se había desconectado de todo lo relacionado con esta clase.

Si solo está aquí como espía para Igor, eso tendría sentido. No se esforzaría demasiado si solo tuviera que estar en el campus para

obtener información para su padre.

Me habría convencido de que esa teoría tenía que ser cierta si no tuviera buenas calificaciones en la clase hasta ahora. En la clase de poesía que acababa de asumir, tenía puntuaciones más bajas, pero eso no indicaba nada. La poesía era... aburrida.

No importaba cuántas veces intentara llamar a Irina para que respondiera a las preguntas, no conseguía provocarla. Esta mujer era ahora solo una cáscara, una persona entumecida, con la mirada vacía, que era apática durante toda la primera mitad de la clase. No podía hacer que reaccionara a mis severas instrucciones o a las preguntas difíciles. Si alguien más en la clase comentara algo al respecto, tendría razón al decir que la estaba señalando y acosando.

¿Qué demonios?

Estaba obsesionado con conseguir una reacción de ella. Quería ver esa chispa defensiva y descarada que había presenciado cuando nos encontramos en aquella fiesta fuera del campus. Quería ver cómo sus pupilas se dilataban con interés cuando entraba en su espacio personal. Deseaba escuchar su respiración entrecortada cuando maldecía y bebía como si fuera solo un hombre común y duro, no un profesor pulido con modales y acciones educadas.

Mientras me acercaba a la mitad de la conferencia, cuando cambiaría a dar un examen sorpresa, un pensamiento me golpeó y no podía quitármelo de encima.

¿Está... celosa? No podía evitar preguntarme si estaba actuando taciturna y abatida porque había visto a otra mujer conmigo.

En el segundo en que intenté descartar eso, tuve que luchar para evitar que una sonrisa se extendiera por mi rostro.

Celosa.

Si podía envidiar a Jessica inclinándose para un beso, eso era prueba de que ella misma me deseaba. Si podía rebajarse a estar celosa,

eso era evidencia de que le importaba. De que me quería.

Y me gustó.

Los exámenes sorpresa no tardaron mucho, todos administrados en línea ya que todos tenían una tableta o portátil con ellos. Las calificaciones llegaron inmediatamente, puntuadas con el programa que usaba porque desde luego no iba a estar calificando mierda manualmente.

Antes de poder iniciar sesión para ver cómo había puntuado Irina, podía adivinar que lo había echado a perder. Había respondido demasiado rápido, apenas tomando el tiempo suficiente para leer las preguntas.

—Srta. Petrov —la llamé mientras recogía su bolso y abrigo para irse. Un pequeño hilo de emoción se encendió dentro de mí al llamarla por su nombre.

"¿Entonces cómo debería llamarte?"

Le había preguntado eso cuando insistió en que no usara su nombre en la fiesta. Su afirmación de que no era una situación formal que requiriera un nombre formal no me convencía. Cuando dijo eso, me quedé enganchado con la idea de estar en una situación aún más informal con ella. Una indecente, también.

Se tensó cuando pronuncié su nombre. Lentamente, se volvió hacia mí, mirándome con un ceño tan altivo pero defensivo que me excitó al instante.

Enfrentarme a una mujer feroz siempre era un placer. Porque siempre las domaba. El camino para hacer que se sometieran era una de mis experiencias favoritas.

Arqueó una ceja, esperando. El hecho de que no hablara y se apoyara en la comunicación no verbal demostraba lo distante que podía ser.

Sé un desafío, cariño. Verás lo que sucede. Te reto.

—Por favor, espere después de clase para hablar conmigo —dije. Aunque me aseguré de parecer educado, no dejé espacio para que interpretara eso como otra cosa que no fuera una orden.

Inclinó ligeramente la barbilla, casi en un asentimiento, y esa fue toda la respuesta que me daría.

La espera para que el resto de los estudiantes saliera del aula se sintió como una eternidad de anticipación. Cada momento que pasaba parecía más largo que los anteriores. Para cuando todos se fueron, estaba prácticamente estallando de deseo y adrenalina. Todo el tiempo, Irina se sentó en la primera fila, con una pierna cruzada sobre la otra, su pie moviéndose casi como un tic nervioso de golpearlo contra el suelo. Sus brazos permanecieron cruzados, lo que solo empujaba los montículos de sus senos más arriba, enfatizándolos aunque llevaba un suéter de cuello alto y no se veía ni un centímetro de piel. Su largo cabello castaño caía sobre sus hombros mientras esperaba a que me dirigiera a ella. Pero era la expresión fría de espera en su rostro la que mostraba su ira hacia mí.

Sus guardias permanecieron en el pasillo. Lo sabía con certeza porque los había visto pasar y asomar la cabeza durante toda la clase. Podían esperar.

Dudaba que tuviera mucho tiempo para hablar con ella sin que los guardias de Petrov sospecharan, pero ellos no me conocían. Como no solía estar en el campo, no me conocerían como Viktor Baranov sino como el Profesor Remi, que tendría todo el derecho de hablar con una de sus estudiantes después de clase.

Las puertas se cerraron después de que la última persona saliera y, efectivamente, uno de los matones de Petrov miró a través del cristal, viendo a Irina sentada en la primera fila y a mí en el podio. Una vez que el hombre pasó de largo, encogiéndose de hombros, me acerqué a ella.

Solo estábamos ella y yo. Por fin. Habíamos compartido un momento privado de solo hablar en esa fiesta, pero fue una interacción demasiado breve. Esta vez, yo podía controlar lo que pasaba.

—Es obvio que va a necesitar algo de ayuda.

Resopló, mirándome con desprecio.

—Oh.

Esa actitud. Oh, realmente me estaba gustando la idea de azotarla para quitársela. Follársela hasta extirparla.

—Si aún no lo sabe, voy a hacerme cargo del curso de poesía que impartía el Sr. Gannon.

Levantó un hombro y lo dejó caer en un encogimiento a medias mientras se ponía de pie.

—Estoy al tanto. El correo electrónico llegó durante su conferencia... tan estimulante como árida.

Sonreí, cargado con la emoción de que intentara provocarme o burlarse de mí.

Adelante, cariño. Pruébame.

—Y también está desperdiciando los exámenes sorpresa en este curso.

Dejando que su abrigo colgara sobre su bolso, bajó el brazo mientras se encogía de hombros nuevamente.

Su indiferencia era confusa, y me intrigaba. Claramente era inteligente. Vi la evidencia de ese hecho en las puntuaciones de las cosas a las que realmente se aplicaba. Parecía que albergaba algún tipo de pereza, sin embargo, no preocupándose a veces pero dispuesta a hacer su trabajo en otras ocasiones.

—La universidad es una pérdida de mi tiempo —admitió.

¿Porque solo estás aquí para espiar a tu padre? ¿Para actuar como agente suyo?

—Bien. Pero le advierto que no pierda *mi* tiempo —me incliné sobre la mesa del frente, mirándola intensamente—. O si no.

Parpadeó una vez, mostrando que la había roto. Era la reacción más mínima y ligera, pero la vi.

—*¿O si no?* —repitió, con incredulidad en su tono entrecortado.

El deseo se arremolinaba en las profundidades de sus ojos azules, y tuve que recordarme no gruñir. No lanzarme a por ella. No actuar sobre esta atracción que ardía entre nosotros como un cable vivo.

—Sí —levanté mi barbilla más alto, saboreando la idea de poder cumplir esa promesa de *o si no*. Ella podría beneficiarse de la disciplina, pero definitivamente volaría de placer si la tratara con mi idea de disciplina.

—O. Si. No —repetí.

10

IRINA

O *si no, ¿qué?*

Maldito sea.

Maldito sea este canalla arrogante.

Mi profesor no tenía derecho a lanzar una amenaza así. Si algún hombre podía salirse con la suya diciéndome *o si no*, sería mi padre. Y solo tenía ese poder sobre mí porque había demostrado una y otra vez que podía hacer lo que quisiera con mi hermano menor, lo que servía como garantía contra cualquier desobediencia mía.

¿Pero el profesor Remi? ¿Cómo demonios pensaba que podía castigarme por hacerle perder el tiempo?

Yo *no* estaba haciéndole perder el tiempo. Si quería saltarme las clases, era mi prerrogativa. De nadie más. No podía importarle. No tenía ningún interés en mis calificaciones. Era —por lo que él podía suponer— una estudiante entre cientos a los que calificaría y decidiría aprobar o suspender.

Me negaba a considerar la idea de que pudiera importarle. No me conocía lo suficiente para que le importara, aunque, a decir verdad, nadie conocía realmente a *mi* persona.

—¿Y qué significa eso exactamente? —pregunté, jugando con fuego y disfrutando de la excitación que me provocaba. Era como provocar a un oso. Como patinar sobre hielo fino. Peligroso, pero tan emocionante que no podía dejar pasar la oportunidad.

—¿Qué crees que significa, Irina?

Oh, ahora jugaba sucio. —¿Irina?

Asintió, caminando lentamente alrededor del escritorio para acercarse a mí desde el lado opuesto donde yo estaba. —Sí, Irina.

Luché contra el instinto de estremecerme. Escuchar mi nombre saliendo de su lengua de esa manera se sentía como una caricia. Como un toque tierno o un llamado. Era tan serio, tan áspero y duro a pesar de esta imagen de profesor profesional y apegado a las normas que había perfeccionado.

—¿Llamas a todos tus estudiantes por su nombre de pila? Pensaba que eras partidario de la formalidad.

—Así es como te llamo a ti. Por ahora. —Continuó acercándose a mí, su mirada marrón profunda penetrándome y excitándome más de lo que jamás había estado. Tener a este hombre alto y sexy acechándome me hizo sentir como una presa. Una presa cazada.

¿Te refieres a todos tus otros estudiantes con esa voz profunda y rica de dormitorio también?

Esperaba que no. Quería sentirme especial, sentirme vista por él.

—¿Por ahora? —pregunté.

Asintió, entrando directamente en mi espacio personal, justo como lo había hecho en aquella fiesta la semana pasada. Inmediatamente, su calor corporal y su aroma me golpearon, y odié lo desesperadamente que quería inclinarme hacia su contacto, caer en sus brazos y dejar que me atrapara y me abrazara.

Mirándome desde arriba, me obligó a estirar el cuello para mirar su mirada seria e intensa. Este hombre no solo me desafiaba a no apartar la mirada. Me estaba dando un avance de cómo se siente cuando un hombre está completamente concentrado en una mujer.

—Sí. Por ahora —respondió, bajando aún más la voz.

—¿Cómo más me llamarías? —pregunté. En el momento en que las palabras salieron de mi boca, me estremecí bajo la embriagadora carga de continuar con esta conversación que no tenía derecho a mantener con mi profesor. Con ningún hombre.

Estaba coqueteando conmigo. Ligando conmigo. Era una experiencia tan nueva, algo que ni siquiera había sucedido con alguien fuera del mundo de la Mafia, que no quería que terminara nunca.

—Te llamaría como yo quisiera —dijo, como una promesa rica en intenciones siniestras—. No importa cómo te llamaría. Si crees que puedes salirte con la tuya haciéndome perder el tiempo, te castigaré.

Oh.

Dios.

Mío.

Tragué saliva con dificultad. Mi boca estaba repentinamente tan seca mientras mi corazón latía demasiado rápido. No podía llenar mis pulmones con suficiente aire, mareada con esta neblina de tensión que me reclamaba. No tenía experiencia hablando con un hombre así. No tenía ningún antecedente en el manejo de este tipo de escenarios sensuales en los que apoyarme para orientarme.

La idea de que él me *castigara*, mostrándome cómo querría que me comportara, era un pensamiento tan travieso que apenas podía soportarlo. Ya estaba conteniendo un jadeo, sonaba como una mujer lasciva, sostenida al borde de una línea que bordeaba la lógica y el deseo.

No era fanática del dolor, pero con un largo estudio de la mirada perversa de mi profesor sobre mí, sabía que su marca de dolor no sería algo que temería, sino algo que anhelaría. Su idea de dolor de alguna manera me traería tanto placer.

—¿Crees que podrías castigarme? —repliqué cuando pude hablar después de que la conmoción se asentó en mi mente.

—No *creo* que podría, Irina. —Dio un paso hacia adelante, rozando su pierna contra la mía.

No pensé que fuera posible que estuviera más cerca. No me di cuenta de lo potente que podía ser el más leve contacto contra él para desentrañar mi resolución de parecer imperturbable y mantenerme fuerte.

—Lo *haré* —prometió en cambio—. Si quieres tentar tu suerte conmigo, si quieres probarme... —Rió una vez, una risa baja que reforzaba su voz profunda y áspera—. Jódeme y averigua qué pasa.

Deslicé la punta de mi lengua a lo largo de mi labio inferior, necesitando humedad después de que mi mandíbula cayera y respirara tan rápida y superficialmente por él. Nunca había estado tan excitada en mi vida, pero ver su mirada oscurecerse mientras seguía el movimiento de mi lengua me excitó aún más. Presenciar cómo *yo* lo impactaba era un triunfo embriagador para disfrutar.

—Cómo te atreves a hablarme así, profesor Remi...

Agarró mi mano, sujetándola no suavemente pero tampoco con crueldad. —Viktor —me corrigió—. Me llamarás Viktor.

—¿Porque estás abandonando toda formalidad, diciéndome que juegue y te provoque?

Su sonrisa en respuesta fue tan lenta y sexy que deseé tener el valor de besársela directamente de la cara.

—Porque quiero oírte decir mi nombre, Irina. Quiero ver cómo se ilumina tu rostro cuando lo dices.

—Iluminándose de ira, quizás —argumenté.

—O de deseo. —Comenzó a entrelazar sus dedos con los míos. El recordatorio de que todavía sostenía mi mano, un privilegio que se había tomado sin pedirme permiso, me impulsó a arrancarla. Tirando de mi mano hacia atrás, resistí la sensación de extrañar su contacto.

—No tienes ni idea con qué te estás metiendo —le dije. Quería decirlo como un hecho, pero sonaba demasiado sin aliento y excitada para parecer una mujer seria en este momento.

—No tienes ni idea *con quién* te estás metiendo —añadí.

En el fondo de mi mente, sin embargo, sabía que solo estaba fanfarroneando. No estaba realmente protegida. No tenía respaldo que me salvara si Viktor realmente pretendía castigarme por hacerle perder el tiempo o ser desobediente.

Podía haber tenido guardias asignados toda mi vida, pero eso no era más que un estándar que Igor Petrov extendía para proteger sus activos. Yo era una espía, el único miembro femenino de la familia que podría sustituir en una operación. Debido a eso, Igor me había categorizado con confianza como un peón prescindible y reemplazable.

Más allá de ese deber de ser leal y hacer lo que mi padre ordenaba, a nadie le importaba. A nadie le importaría realmente lo que me pasara, siempre y cuando hiciera lo que se me decía. Ni una sola persona en toda la Familia Petrov se preguntaría qué me sucedió. Los guardias en el pasillo podrían preocuparse por un momento porque parecerían estar holgazaneando en el trabajo si algo me pasara.

Más allá de ellos, ni un alma se preocuparía si me lastimaban. O si me manipulaban y me trataban mal. Si fuera sometida a lo que Viktor imaginaba para mi supuesto castigo.

A mi hermano menor le importaría. Él siempre fue el único que desearía que estuviera a salvo y bien. Maxim era todo lo que tenía,

pero si algo terrible me pasaba, no querría que él tuviera que sufrir los atroces hechos de mi castigo.

Bajé la mirada, arrastrada por esta corriente de depresión. El pensamiento sobrio de que nadie podría preocuparse por mí me llevó realmente a lo más bajo. No solía permitirme sentirme deprimida, como si uno pudiera tener ese nivel de control sobre mí y mis acciones. Era mucho mejor canalizar mis pensamientos y energía negativos en ira.

Olvídalo.

Solo olvídalo, Irina.

Alejándome de Viktor, luché contra el anhelo de estar frente a él de nuevo. Por encima de mi hombro, le lancé un último insulto. —Esta conversación es una pérdida de mi tiempo.

No tuve oportunidad de escabullirme o irme con la última palabra. Se abalanzó hacia adelante, extendiendo su mano hacia mí hasta agarrar mi muñeca. Pero no solo extendió la mano y agarró mi muñeca. Me tiró hacia atrás y me hizo girar hasta que mi espalda golpeó contra la pared de un pequeño nicho cerca del podio.

Dejé escapar una exhalación de asombro, el aire saliendo de golpe por su brusco manejo. Estaría en muchos problemas si se difundiera que me había puesto las manos encima. Enjaulada, con mi espalda contra la fría pared, contuve la respiración con la certeza de que se inclinaba para besarme. Ahora, después de cada uno de mis veintitrés años, podía alzar la barbilla y prepararme para ser besada. Por primera vez.

Nunca me habían besado, nunca me habían permitido acercarme a un hombre para querer besarlo o dejar que él me besara.

—Lo digo en serio, Irina. Pruébame. Ponme a prueba.

Quería hacerlo, desesperadamente.

—Sé una chica traviesa para mí y verás lo que pasa.

Era demasiado tentador recibir una invitación para provocar a este hombre fuerte y sexy. Era una oportunidad única en la vida, y me lancé a aprovecharla. No podía tener idea de lo que sus palabras me estaban haciendo. Me estaba derritiendo, tan excitada que apenas podía pensar con claridad. Mis pezones se endurecían bajo mi suéter y mi sostén. Mis bragas se pegaban a mí, más pegajosas con mi excitación en la tela.

—Pruébame y verás lo que pasa. —Emparejó esas palabras serias pero provocativas con otro centímetro perdido entre nosotros. Se inclinó hacia mí, con la intención de intimar y ser tan audaz como para besarme.

Bajé los párpados, queriendo cerrar los ojos solo para saborear plenamente el toque de su boca en la mía.

Pero no sucedió. Nuestro momento sexy y coqueto se detuvo en el segundo en que mi teléfono vibró. Este tono indicaba una llamada telefónica de una de las dos personas que alguna vez me llamaban: Maxim en videollamadas para que pudiera leer mis labios y usar el lenguaje de señas cuando le permitían usar el teléfono de su guardia, y mi padre.

La pantalla no mostraba nada que reconociera, pero esta llamada tenía que importar. Parecía similar al número del viejo guardia que supervisaba a mi hermano menor.

—¿Hola? —Me alejé de Viktor, necesitando espacio lejos de él para poder pensar.

La llamada terminó, pero un mensaje de texto apareció tan rápidamente.

Están ocurriendo ataques cerca del edificio. No te acerques hasta que la escena esté despejada.

Cerca del edificio de Maxim.

El guardia debió haberlo enviado a mí y a mi conductor habitual. Cualquiera que fuera atacado cerca del asqueroso edificio en el que vivía Maxim siempre sería una terrible noticia. Una noticia horrible sobre la que no podía hacer nada.

Por favor, por favor, que estés a salvo. No estaba segura de cómo seguiría adelante si perdiera a Maxim o si él resultara herido. Nuevamente, odiaba que tuviera que ser prisionero en ese edificio específico, en esa pésima parte de la ciudad. Ser recordada de la situación apagó las llamas de atracción y deseo que habían estado creciendo aquí con Viktor.

—Yo... —Retrocedí de Viktor, sin dejar que su expresión de sorpresa y confusión me afectara. No podía. No ahora. No nunca. No se suponía que estuviera hablando con una estudiante así. Y definitivamente no con una estudiante como yo.

—Necesito irme. —Girándome tan rápido que casi perdí el equilibrio, corrí hacia la puerta.

Mi preocupación por mi hermano superaba este terco interés que no podía sacudirme por el profesor Viktor Remi.

Porque si había algo por lo que apostaría, era que este interés no llegaría a ninguna parte.

11

VIKTOR

No podía creer que me hubiera dejado así. Que hubiera reunido el valor para escaparse.

Había sido masilla en mis manos hasta que su teléfono vibró con un mensaje. Quien la contactó le había dado malas noticias, porque esa era la única explicación que se me ocurría para que hubiera pasado de un rostro sonrojado de excitación, tan entusiasmada por besarme y seguir con esta conversación coqueta, a una pálida expresión de temor. Apenas podía hablar, salió corriendo, y aunque no lo sabía todo sobre ella, tenía la suficiente información para saber que su habla entrecortada no era lo normal.

Si no me hubiera dado señales de que me deseaba, habría creído en su repentina partida. Pero ella estaba interesada, intrigada por lo que le dije y curiosa sobre cómo rompí las reglas para tocarla.

Que abandonara así me enfureció. No estaba tan metido en el acto como para no poder controlarme. Estaba al mando y, por supuesto, a veces las cosas no salen como se planean. Así es la vida. En el arte y el juego de la seducción, tenía que estar preparado para cualquier cosa, desde el rechazo hasta el entusiasmo.

—No lo estaba dudando —me recordé mientras caminaba por el campus para reunirme con Rurik. Toda la noche y toda la mañana,

me obsesioné con por qué se había marchado y qué podía hacer a continuación. La llamada de Rurik para ponerse al día conmigo fue una pequeña distracción, pero aun así, Irina seguía siendo mi principal preocupación.

No había manera de que abandonara mi plan de seducirla. Cuando les dije a los otros dos que intentaría acercarme a Irina y hacer que se abriera de esa manera, tenía la intención de usar ese método como parte del trabajo que tenía que hacer para obtener respuestas.

Después de ver el fuego en sus ojos, era difícil no volverse adicto. De igual manera, cuando ese fuego e interés se apagaron, me sentí ávido e impaciente por saber qué había pasado para que perdiera su espíritu tan repentinamente, qué pensamientos podría haber tenido para fruncir el ceño tan rápido.

¿Quizás algo relacionado con lo que la asustó para huir?

Me volvería loco especulando, y no tenía intención de hacerlo todo el día. Ella estaría en la clase de poesía, así que podía esperar otra oportunidad de verla allí. Dudaba que mencionara nuestra conversación de ayer, pero maldita sea, quería sacarla a relucir y provocarla. Quería completar el asunto pendiente de verla cerrar los ojos e inclinarse hacia mí, completamente comprometida con un beso.

Rurik ya estaba sentado en la cafetería. Este pequeño local no era uno que Irina frecuentara, así que me sentía seguro de poder concentrarme en lo que sea que Rurik tuviera que decir durante al menos cinco minutos.

—Hola —saludé—. No tengo mucho tiempo.

Asintió, señalando el café que ya había pedido para mí.

—Lo sé.

—Oh. —Levanté las cejas—. Gracias. —Me senté frente a él y llevé el café negro hacia mis labios—. No sabía que me sobornarías para

hablar.

—No. —Se rio de mi débil broma—. Solo pensé que estaba interrumpiendo tu rutina matutina, pidiéndote que nos reuniéramos antes de que tengas que "trabajar".

—Bueno, gracias. —Dejé la taza después de un sorbo—. Entonces, ¿qué pasa?

Algo urgente, o no me habría enviado un mensaje para reunirnos. Ni siquiera estaba aquí todo el tiempo, se esperaba que realizara vigilancia en varios proyectos.

—Estaba escuchando a algunos de los hombres cerca de la biblioteca anoche.

Me reí levemente.

—Cuando escuché que esa gran biblioteca estaba abierta las veinticuatro horas, los siete días de la semana, pensé que era una broma.

Asintió.

—Acaban de cambiar el horario así. Supongo que para adaptarse mejor a todos los estudiantes nocturnos que querían usarla.

—Ya veo. —Diablos, cuando fui a la universidad antes de que Oleg me necesitara en otro lugar para la familia, la biblioteca era para estudiar y las noches para festejar. Aunque, algunas de las personas que fingían estudiar allí parecían estar preparándose para una línea o inyectándose antes de una fiesta. Tal vez la biblioteca se había convertido en una parada para prepararse para el habitual caos nocturno en el que se metían los estudiantes universitarios.

—De todos modos, estuve lo suficientemente cerca para escuchar a algunas personas, y parece que los Ilyin que han estado rondando últimamente son los responsables de las violaciones de anoche.

Fruncí el ceño. El concepto de violación no era nada escandaloso, no para mí. Después de los muchos años que supervisé los burdeles para el Jefe, era algo con lo que había lidiado mucho. Tanto para asegurarme de que ningún cliente o invitado violara a las mujeres y se fuera sin pagar, como también que las prostitutas de élite no fueran maltratadas. Otro hermano gestionaba los clubes de sexo. Ese era un nicho y rama completamente diferentes de los ingresos de la familia. Cosas más raras y pervertidas sucedían allí, pero los burdeles se suponía que eran más para el sexo estándar. Las excepciones ocurrían, por supuesto, pero era en nuestro mejor interés mantener buen talento. Mejores prostitutas significaban mejores clientes que pagaban más.

—¿Anoche? —pregunté. Sabía por los antecedentes que los hombres me habían dado que el aumento de drogas en circulación a menudo resultaba en más violaciones y ataques denunciados. Pero carajo, esa mierda iba a suceder hasta el fin de los tiempos, y no solo aquí, sino en todo el mundo. No estábamos aquí para tratar de vigilar nada. No era asunto nuestro cuántas veces las mujeres eran violadas. Sin embargo, me importaba, así que tomé esta noticia en consideración de cómo podría afectar mi misión aquí.

Rurik asintió.

—Sí. Parece que los hombres de Ilyin se están volviendo más atrevidos en ser vistos, no solo distribuyendo drogas, sino atrayendo a mujeres para negocios y placer, si entiendes lo que digo.

Negué con la cabeza, ligeramente despreparado para toda la política y el drama que necesitaría ser descifrado en una misión como esta. En los burdeles, o incluso esas pocas semanas que pasé en Moscú para seguir esas pistas sobre Sonya, todo era claro y simple. Sabía lo que tenía que hacer. Podía confiar en que todos los jugadores fueran quienes eran, y eso era todo.

Aquí, parecía que una capa complicada aparecía tras otra.

—No soporto a esos cabrones de Ilyin. —Los Petrov no eran mejores, pero los Ilyin siempre habían parecido mucho más propensos a quejarse de que tenían mala reputación.

—Yo tampoco —dijo Rurik.

—Y creo que vi a Andre Ilyin cerca de los jardines ayer también.

Nuevamente, estuvo de acuerdo con un asentimiento.

—También lo he visto por aquí últimamente.

Andre no era necesariamente alguien especial, pero era un soldado determinado, nunca renunciando a un objetivo incluso si su jefe cambiaba sus órdenes después del hecho.

—Solo quería decirte en persona que estés especialmente atento a ellos. Cuando traen más drogas, la afluencia tarda un tiempo en estabilizarse.

—¿Quieres decir que vendrán más denuncias sobre violaciones y ataques?

—Exactamente.

Se marchó después de esa breve actualización, y me apresuré a llegar al otro edificio, uno al que no solía ir, para asistir a esta clase de poesía. En el camino, ignoré la nieve que caía y el mordisco del viento frío. Estaba demasiado metido en mi cabeza para preocuparme por el mal tiempo.

¿Y si algo así le pasara a Irina?

No tenía ningún derecho sobre ella. Solo era un objetivo al que se suponía que debía seguir y extraer información.

Sin embargo, odiaba la sola idea de que fuera herida o utilizada. Podía notar por sus reacciones ayer que era inexperta, incluso en el momento previo a un beso. Si Igor había hecho algo bien, ella seguía siendo virgen, esperando al prometido que Igor elegiría para ella.

Ahora que la idea había entrado en mi cabeza, no podía desalojarla. No podía dejar de preocuparme de que algo malo le sucediera a la morena fría y distante que había captado mi atención como algo más que un objetivo.

¿Cómo diablos se me metió bajo la piel de esta manera?

Estaba preocupado por ella, ya leyendo demasiado en su reacción a un mensaje ayer, sus respuestas calientes y frías cuando me incliné hacia ella. Ahora, mientras entraba en el edificio y me apresuraba a llegar al aula más pequeña que el auditorio al que estaba acostumbrado, luchaba con la preocupación de que pudiera terminar como todas las otras víctimas.

Era un objetivo, eso no cambiaría, pero mientras me preparaba para verla en el aula, tenía que admitirme a mí mismo que también se había convertido en mucho más.

Irina representaba un desafío, y se me había encomendado hacer que soltara algunas pistas y respuestas.

Sin embargo, sería un mentiroso de clase mundial si dijera que no estaba demasiado comprometido en asegurarme de que estuviera a salvo también.

12

IRINA

Después de salir del edificio, alejándome apresuradamente de ese momento íntimo que estaba compartiendo con el profesor Remi, busqué a mis guardias. Ellos mantenían su distancia, pero nunca me perdían de vista. Siempre podía localizarlos cerca.

—¿Qué está pasando? —exigí saber al primer hombre que vi. Normalmente andaban en parejas. Era lo estándar para los detalles de seguridad. Nunca solos, siempre con un respaldo a disposición y al alcance.

Se encogió de hombros. —¿A qué se refiere?

—¿Dónde está el otro? —pregunté—. ¿Peter? —Rara vez me dirigía a ellos por su nombre. Nunca había necesidad porque no hablábamos entre nosotros. Parte de su razonamiento para mantenerse alejados de mí era evitar que alguien pensara que estábamos juntos para que yo pareciera accesible. Preguntar por qué este guardia estaba solo no encajaba con mi urgente necesidad de saber qué pasaba cerca de mi hermano, pero me pareció extraño, así que solté la pregunta.

—Está investigando el último incidente —dijo, arqueando las cejas como si cuestionara por qué le preguntaba y hacía contacto con él directamente, y también sorprendido de haberme respondido.

—¿Los ataques cerca de Maxim? —Metí las manos en los bolsillos de mi abrigo, con frío y disgustada por ello. El verano parecía tan lejano con esta nieve cayendo.

Frunció el ceño. —¿Qué ataques?

—¿De qué incidente estás hablando? —pregunté en su lugar. ¿Qué *más* estaba pasando?

—Los Ilyin. —Miró alrededor, como si alguien estuviera escuchando. Solo estábamos nosotros dos aquí afuera en el frío cerca del edificio —. Se rumora que están detrás de todas las nuevas drogas en el campus. Las distribuyen y violan a mujeres.

¿Otra vez? Otro pedazo de mi corazón se quebró y se marchitó. *Odiaba* que mi padre estuviera instigando esta guerra de drogas, que fuera un perpetrador y causa de cualquier mujer abusada o violada. Era una razón más para matarlo, para acabar con él y sus planes. Era lo mínimo que podía hacer para ayudar. En el fondo de mi mente, sabía que alguien más ocuparía su lugar y haría lo mismo, sin embargo.

—¿De qué estás hablando *tú*? —preguntó.

Era irónico que los guardias pudieran servir como espías aquí. Si podían desempeñar ese trabajo, ¿por qué mi padre insistía en usarme a mí?

—Recibí un mensaje de que estaban ocurriendo ataques cerca del edificio de mi hermano.

Se encogió de hombros, todavía vigilando si alguien se acercaba. —¿Y?

¿Y? Deseé poder golpearlo y salirme con la mía. La furia me atravesó, calentándome y haciéndome querer gritar por la injusticia de todo.

—Quiero asegurarme de que esté bien. —Él no podría haber recibido el mismo mensaje que me habían enviado a mí, no si no tenía idea

de lo que estaba pasando. Eso tenía que significar que no había recibido el mensaje que decía que se mantuviera alejado de esa zona.

—No. —Entrecerró los ojos—. No puede decidir cuándo lo visita. Me dijeron que no lo vería hasta fin de mes.

¡Maldita sea! No había manera de que pudiera esperar tanto tiempo, no con noticias de violencia cerca de él en esa horrible parte de la ciudad.

—Insisto —dije fríamente.

Se rio una vez, como si estuviera lidiando con una molestia fastidiosa, no con una petición válida. —No lo creo.

—Entonces llévame con mi padre.

Eso tampoco resolvería nada. Él no cedería y me dejaría visitar a Maxim solo porque lo pidiera o lo exigiera. Pero tal vez se le escaparía algo y me diría qué estaba pasando.

Para mi sorpresa, el guardia accedió a arreglar que mi conductor viniera a recogerme. Se unió al conductor en el asiento delantero, y discutieron la posibilidad de que los hombres de Ilyin estuvieran causando problemas en el campus. Causar problemas era lo que hacía la Mafia. Usaban el poder, el peligro y la violencia como fichas de negocio, pero tenían que estar por encima de todo en este mundo donde el pez grande se come al chico.

Durante el viaje a casa de mi padre, traté de no entrar en pánico y dejarme llevar por la preocupación excesiva por Maxim. El guardia allí lo mantendría a salvo. No permitiría que le hicieran daño innecesariamente.

Mi padre puso los ojos en blanco cuando llegué, casi como si hubiera contado con que apareciera preocupada.

—No sé por qué pierdes el tiempo pensando en ese chico inútil.

¡Es mi hermano!

Me mordí la lengua e intenté mantener la paciencia. —¿Está bien?

Me despidió con un gesto. —Sí. Está vivo.

¿Vivo? ¿Eso es todo? —¿Está herido?

—No. Ha sido reubicado temporalmente, y no, no te voy a decir dónde. Está seguro allí.

Crucé los brazos. —¿Esperas que espíe y husmee a esos políticos mientras lo escondes de mí?

Igor Petrov jugaba duro, pero incluso él podía respetar cuando me estaba presionando demasiado. —Está seguro donde está. Otro apartamento. Cerca de los muelles.

Lo miré boquiabierta. —¿Qué? ¿En esos apartamentos mohosos? —Sabía exactamente de cuáles hablaba. Eran asquerosos, a menudo utilizados como celdas de tortura para cualquier persona que hubieran capturado.

—Servirá por ahora hasta que los Ilyin dejen de pelear cerca de su lugar habitual.

Esa era una pista que guardaría para más tarde. *Los Ilyin están detrás de cualquier violencia que esté ocurriendo.* Eran el enemigo y rival número uno en ese momento. Como mi padre no había logrado llegar a los Baranov en absoluto, y Lev había escapado, esa Familia se había retirado. Todavía veía a Rurik en el campus de vez en cuando, pero los Baranov prácticamente se habían retirado de la guerra de drogas y territorio en la zona universitaria y sus alrededores. No podía culpar a Oleg Baranov por retirarse de este lío. No era estúpido, y estaba familiarizado con cómo mi padre jodería a cualquiera y a todos para salir adelante.

Algo se estaba gestando con los Ilyin. Se rumoreaba que estaban detrás del reciente aumento de drogas y violaciones en el campus.

Este peligro en la parte más dura de la ciudad... ¿Qué no estaban tramando?

—Encuéntrale un lugar mejor —le dije a mi padre—. Maxim no puede vivir en esas condiciones. No con su riesgo de infecciones. —Su difícil experiencia al nacer había resultado en que fuera débil e inmunocomprometido. Se había quedado sordo por los fuertes medicamentos y tratamientos que habían usado con él en la UCIN para mantenerlo con vida.

—Vivirá donde yo lo ponga.

Me mordí la lengua, controlando mi temperamento. Tenía que negociar, no estallar. —Se merece una vida. No ser un prisionero.

—Quizás si no fuera un desperdicio de espacio tan débil —argumentó mi padre—, podría tenerla.

Mirándolo con todo el odio que mi alma podía contener, lo juré de nuevo.

Voy a matarte. Libraré al mundo de tu maldad y disfrutaré cada segundo de matarte.

Maxim era una víctima inocente. Yo también lo era. Y un día, yo corregiría esos errores.

—Maxim no es una prioridad —me recordó.

No para ti. Pero ciertamente lo era para mí. Yo era la única que lo apoyaba.

—*Tu* prioridad es quedarte en el campus y hacer lo que se te dice. Averigua lo que puedas sobre quién fue violada anoche. Investiga a James y Benson. Ten algo que reportarme de una puta vez.

Me despidió. Como una herramienta, una *cosa* descartada, me envió lejos.

Durante toda la noche, no pude evitar preocuparme por mi hermano. Esta ansiedad no era nada nuevo, pero cuanto más me

carcomía, peor me sentía. Era una bestia consumidora e implacable, tomando cada uno de mis pensamientos y robándome la capacidad de funcionar de cualquier otra manera.

Si perdiera a Maxim, no tendría nada. No tendría a nadie. Él era la única fuente de algo bueno en mi vida, y no podía soportar perderlo o saber que podría sufrir más.

Debido a este estrés, dormí terriblemente. Nada ayudó. Ni correr en la cinta del gimnasio del apartamento. Ni un tentempié. Ni la televisión, incluso el documental más aburrido que pude encontrar. Leer tampoco funcionó, ya que no podía concentrarme lo suficiente para absorber una sola palabra de lo que mi mirada recorría. Las tareas me mantuvieron un poco ocupada, pero no fue hasta muy tarde que mis ojos se cerraron e intenté dormir. Terminé durmiendo de más, lo que me puso de muy mal humor para el resto del día.

Levantarme horas tarde me hizo apresurarme para llegar al campus a tiempo, pero a pesar de mis mejores esfuerzos apresurados, no me sentía como yo misma. El agotamiento me perseguía mientras caminaba hacia el edificio donde tenía mi primera clase. No me detuve a tomar café primero, lo cual era muy poco habitual en mí. Necesitaba cafeína por la mañana como una planta necesita agua.

Saber que vería al profesor Remi debería haberme dado un poco más de ánimo y haberme hecho esperar con ganas esta clase, pero estaba demasiado cansada y estresada para dejar que algo cambiara mi estado de ánimo.

Llegué tarde, algo que detestaba con pasión. La puntualidad era un elemento fundamental del éxito, sin importar la situación. Era especialmente molesto en el aula. Mi tiempo aquí era una broma. No estaba aquí para estudiar para una carrera, pero a veces, era interesante. Era divertido fingir a veces que estaba aquí como una intelectual, viviendo una vida ordinaria como todos los demás estudiantes que tenían un futuro brillante por delante. Mi futuro solo comenzaría una vez que matara a mi padre, así que supuse que no

podía llegar muy lejos queriendo ser como todos los demás fuera de los círculos de la Mafia.

Cuando un profesor o instructor llegaba tarde, retenía a toda la clase, como si nuestro tiempo no fuera valioso o respetado. Cuando un estudiante llegaba tarde, colándose después de que la lección o clase había comenzado, era una distracción frustrante.

Esta vez, yo era la que se colaba, cerrando la puerta detrás de mí tan silenciosamente como podía.

Sin el habitual tiempo libre matutino para vestirme y prepararme hoy, me sentía más descuidada de lo normal, no tan arreglada como prefería. Y se notaba.

Me giré después de cerrar la puerta, sintiendo los ojos de todos sobre mí mientras entraba. Ahora estaba en el centro de atención, y odiaba eso cuando no lucía lo mejor posible.

Lo peor de todo, sin embargo, era la sensación de los ojos del profesor Remi sobre mí. La mirada de Viktor. Se detuvo a mitad de frase con mi llegada, y me miró con algo entre desprecio y curiosidad, un rango bizarro que me hizo sentir cohibida. Con la forma en que había pasado tiempo cerca de él la última vez, estaba nerviosa.

¿Se había inclinado para besarme?

¿Su forma de hablar sucio era una broma?

No pude descifrar su expresión mientras me veía entrar en la habitación y tomar asiento. Él era incluso mejor que yo para enmascarar sus emociones: frío y con expresión en blanco, pero con un fuego latente de ira insinuado en su mirada de acero.

—Señorita Petrov —dijo en voz alta.

Maldita sea. Detestaba escuchar mi apellido. No soportaba el recordatorio de que era la hija de mi padre. Pero sabía que era mejor no desear que me llamara Irina delante de la clase. Escuchar

mi nombre salir de su lengua era un placer privado que quería atesorar y guardar para mí.

—Qué amable de su parte unirse a nosotros. —Bajó la mirada hacia el podio, volviendo a lo que había estado revisando—. Vendrá a mi oficina esta noche para el material que se ha perdido.

Mierda. Asentí, sin embargo, no estaba de humor para hacer una escena o discutir. *Estaba* tarde, y me había perdido mucho hoy. Su anuncio no era una oferta ni una petición, sino una orden. Independientemente de cómo transmitiera el mensaje, era una cosa más con la que lidiar.

Estaba ansiosa por el hecho de que Maxim estuviera cerca de la violencia o encerrado en una vivienda de baja calidad. Estaba furiosa con el trato de mi padre hacia mí y mi hermano, deseando poder matarlo ahora o huir. Y ahora tenía que lidiar con Viktor molestándome por el trabajo de clase.

Suspiré profundamente, lamentando no haberme detenido a tomar café. Estar aquí en la universidad era una farsa. Era un gran juego de fingir, pero no podía fracasar. Me negaba a ser tan holgazana porque, en el fondo de mi mente, cuando pensaba lógicamente en cómo podría ser la vida después de matar a mi padre y escapar, sabía que necesitaría un trabajo. Obtener un título útil ahora podría beneficiarme a largo plazo. Cuando pudiera tener la libertad de trabajar para vivir y mantener a Maxim, para hacer una vida en mis propios términos, podría usar mi experiencia universitaria.

Así que presta atención y deja de quejarte. Parpadeé y me froté los ojos, que estaban tan irritados por el frío paseo y el mal sueño. Abrochándome el cinturón para escuchar la conferencia de Viktor, me obligué a mantenerme alerta y hacer mi trabajo.

Para cuando hablara conmigo esta noche en su oficina sobre mi trabajo de recuperación, estaría preparada, segura y compuesta nuevamente.

13

VIKTOR

Irina era testaruda. Podía contar con que tendría una actitud sobre tener que presentarse en mi oficina, pero no podía saber si me obedecería. Ayer, pareció excitarse con mi amenaza de que la castigaría por hacerme perder el tiempo. La idea de que ella anhelara mi dominación la hacía aún más irresistible. Pero no podía adivinar si se presentaría esta tarde como le había pedido.

El debate interno de *¿vendrá o no vendrá?* me atormentó todo el día. No podía dejar de pensar en ella y preguntarme si aparecería. Lo anticipaba, adelantándome a imaginar cuánto más podría presionarla y hasta dónde podría probar sus límites.

Sin embargo, ella vino, un par de minutos antes de que comenzara mi horario oficial de oficina.

—Te dije que no me hicieras perder el tiempo, Irina.

Ella se detuvo a medio paso al entrar en mi oficina, observándome con cuidado. —Te escuché.

Me levanté de mi escritorio y me acerqué a ella. Rozando su costado, le di una mirada ardiente mientras estiraba la mano para cerrar la puerta. Ella bajó la barbilla, observando mi mano en el pomo. Cuando moví mi dedo para girar el seguro, ella respiró

profundamente. Sin embargo, me contuve. Solo provocarla con la idea de encerrarla aquí conmigo era suficiente por ahora.

—¿Entonces por qué llegaste tarde esta mañana? —Aún de pie tan cerca de ella, me torturé con el aroma de su dulce fragancia a vainilla. Aumentaba la naturaleza prohibida de mi atracción hacia ella. Era tan joven, pero con un alma vieja. Era tan pura y probablemente inexperta, pero sin miedo a mostrarlo. La tensión aumentó mientras permanecíamos en el espacio del otro, sin alejarnos de la puerta cerrada.

—No veo cómo el motivo de mi tardanza podría ser asunto tuyo —respondió.

Ajá. Ahí está. No estaría viendo la versión abatida y deprimida de esta mujer sexy. Me estaba dando su descaro. La actitud. El desafío, y joder si no estaba completamente a favor.

—Siempre es asunto mío cuando mis estudiantes deciden hacerme perder el tiempo y tratan mi clase como si no importara. —Avanzando hacia ella, la hice retroceder. Retrocedió por la habitación mientras yo caminaba hacia ella. La acechaba. Ella era mi objetivo. Sería mi presa.

—Faltar al respeto a las reglas de mi clase es faltarme al respeto a mí.

Ella levantó la barbilla, dándome una mirada nivelada. —Eso sigue sin significar que puedas exigir saber por qué llegué tarde.

—¿Por qué lo estabas? —pregunté de nuevo, contento cuando ella retrocedió hasta mi escritorio. Sus piernas chocaron con el mueble, y ella miró hacia abajo por el impacto—. Dime qué fue más importante que venir a mi clase.

Se lamió los labios, provocándome con una necesidad hambrienta de saborearla allí. Ninguna respuesta salió de sus labios mientras me miraba fijamente.

—¿A quién estabas viendo? —pregunté mientras daba otro paso hacia ella.

Nada.

—¿Qué estabas haciendo?

Silencio. Se sentía tan pesado, pero no incómodo, como si esta atracción y tensión que crecía fuera algo que ya habíamos aceptado como una variable constante en nuestras vidas.

—¿Demasiado ocupada de fiesta hasta tarde anoche? —la provoqué, deleitándome con la presión de su cuerpo casi pegado al mío. Con mi escritorio detrás de ella, no tenía adónde ir. Ningún lugar donde girarse u ocultarse. Sin embargo, con su silencio hosco y su negativa a responderme, seguía siendo tan elusiva y hermética como siempre.

—No ganarás en este juego, Irina.

Ella levantó las cejas. —¿Qué juego?

—No me ganarás en esto. Obtendré mis respuestas.

Inclinando la cabeza hacia un lado, entrecerró los ojos. —¿Por qué importa? ¿Por qué necesitas saber una sola cosa sobre lo que hago fuera del tiempo que estoy en tus clases?

—No necesito saberlo —dije, casi contradiciéndome con mi curiosidad sobre lo que había estado haciendo. Mi misión aquí era averiguar todo lo que pudiera de ella. Pero parecía que seducirla era la única manera de realmente llegar a ella. Tenía que hacer que volviera a esa postura más relajada que había tenido cuando estaba coqueteando con ella ayer.

Ella abrió los labios para hablar de nuevo, pero puse mi mano en mi escritorio, inclinándome sobre ella mientras sostenía su rostro. Mis movimientos le robaron el habla. Aspiró aire mientras la miraba a sus brillantes ojos azules. Acariciando con mi pulgar la suave seda de su mejilla, dudé solo por un momento para atormentarla.

—Pero quiero saberlo —gruñí.

Demasiado débil para resistirme a ella, demasiado impaciente para saborearla, cerré la distancia entre nosotros. Levantando su barbilla mientras bajaba mi cabeza hacia ella, exigí que me encontrara a mitad de camino para un beso. En el segundo en que mis labios rozaron los suyos, supe que estaba perdido. Un calor eléctrico me inundó. Desde el contacto de sus labios húmedos y cálidos bajo los míos hasta mi polla, sentí la potencia de este beso en cada célula. Con cada fibra de mi ser, a través de cada latido rápido de mi corazón, sentí este beso de una manera que nunca antes había experimentado.

Un leve sonido ahogado de sorpresa salió de su boca, pero no retrocedió. Congelándose por una milésima de segundo, me dejó presionar mis labios contra los suyos. Luego respondió. Estirándose hacia arriba, empujando hacia adelante, me devolvió el beso.

Increíble.

No tenía experiencia. Sentí esa falta, y mientras me recuperaba del shock de que probablemente este fuera su primer beso, me costaba creerlo.

Había contado con que fuera virgen. ¿Pero nunca besada?

Era un golpe de suerte con el que casi me sentía bendecido.

Me aparté solo para mirarla a los ojos. Estaban muy abiertos, brillantes de interés mientras me devolvía la mirada. Y con un ligero y suave suspiro, escuché la desesperación que trataba de no mostrar.

—Quiero conocerte —susurré suavemente, a un suspiro de su boca antes de besarla de nuevo, más fuerte, con mis labios sellados sobre los suyos y mis dedos acunando la parte posterior de su cabeza. La sujeté en su lugar para exigir que aprendiera a amoldarse a mí. Para mostrarle cómo devolverme el beso.

Un ruido más fuerte de sorpresa la dejó esta vez. De nuevo, me aparté para mirarla. —Quiero saber qué te hace querer ser tan traviesa, pensando que podrías llegar tarde así.

La besé de nuevo, emocionado cuando ella tomó la iniciativa de devolverme el beso con más fuerza de inmediato. Bajando mi otra mano al escritorio, forcé mi pecho hacia ella hasta que se reclinó sobre el escritorio. Cuando terminé el beso esta vez, mantuve mi cabeza cerca de la suya, colocando pequeños besos a lo largo de su mandíbula y acariciándola con la nariz.

—Quiero saber por qué la idea de que te castigue te excita —añadí.

—No me excita...

Corté su mentira, besándola de nuevo. Exigiendo entrada a su boca, deslicé la punta de mi lengua a lo largo de la suya, todavía demasiado cerrada e ingenua para abrirse a mí. Mientras me inclinaba sobre ella, se salvó de caer alcanzando mis hombros con sus manos, luego rodeando mi cuello. Con ella sujetándose así, pude mover mis manos a su trasero y levantarla sobre mi escritorio.

—Te dije que no me hicieras perder el tiempo, cariño.

El deseo oscureció sus ojos mientras jadeaba, mirándome. Ese término cariñoso pareció realmente tocar un punto sensible en ella, y me sentí como un dios malvado por tener ese truco en mi arsenal. Ella me abrazó mientras deslizaba mis manos por sus muslos, animándola a abrirlos más mientras me paraba lo más cerca posible del borde de mi escritorio. La presión de apoyarme contra la madera era un mísero alivio de fricción contra mi erección atrapada en mis pantalones.

—Y no quiero que pierdas mi tiempo con mentiras tampoco —la regañé—. No me niegues la verdad que te pido. No puedes ocultar tu excitación.

Ella abrió y cerró la boca, pareciendo luchar por una respuesta.

—La idea de que te castigue, de que corrija tu desobediencia. Te excita.

—Yo... —Se conformó con bufar en desacuerdo.

—No lo niegues. —La besé, deslizando mi lengua más allá de sus labios para devorarla y explorar. Para absorber la impactante perfección de saborearla y sentir el suave calor aterciopelado de su boca—. No niegues que quieres esto.

—Yo... —Jadeó, negando con la cabeza mientras deslizaba mis manos hacia su trasero, empujándola contra la erección oculta bajo las capas de mis pantalones.

—Estás desesperada por mí, cariño. No lo niegues.

—No... —Su frente se arrugó mientras buscaba mi boca para besarme, demostrando que estaba equivocada.

—Lo estás. —Incliné mi cabeza para conseguir un sello más profundo del beso, deleitándome en el deseo líquido-caliente que me llenaba con su ansiosa respuesta.

—Pero no... —Trató de recuperar el aliento—. No debería...

—Oh —gruñí, amando lo prohibido que era esto—. Realmente no deberíamos. —Levanté mi mano hacia el frente de ella, trazando sobre su piel suave entre su trasero, muslo y coño cubierto de bragas—. No debería querer arrancarte esto. —Acaricié con mis dedos la tela húmeda, ya cubierta por su crema.

Ella jadeó, mirándome con absoluta lujuria hasta que nos besamos de nuevo.

—Y tú no deberías estar tan empapada —añadí, retorciendo mis dedos hasta que el fino encaje se rompió.

De nuevo, la interrumpí antes de que pudiera hablar con otro beso embriagador.

—Ni siquiera deberíamos estar pensando en esto. —Insinué hacia dónde quería que esto fuera, frotando las puntas de mis dedos sobre su entrada resbaladiza por su crema, provocando que quería penetrarla allí.

Ella se sacudió ante mi toque. —Profesor...

—Viktor —corregí mientras empujaba la punta de mi dedo en su apretada y húmeda entrada—. Me llamas por mi nombre cuando tengo tu coño succionándome así.

Ella respiró más rápido, cerrando los ojos mientras besaba a lo largo de su cuello. Apuntando a la carne sensible bajo su oreja, añadí otro dedo, introduciéndolos en su coño virgen.

—No deberías dejar que te toque así, Irina —le recordé.

—Pero quiero... —Gimió mientras movía mi pulgar sobre su clítoris. Sus piernas se abrieron más mientras su cabeza caía hacia atrás.

—Oh, sé lo que quieres. Pero no debería dártelo, ¿verdad?

Ella hizo un mohín, frunciendo el ceño mientras me enderezaba, manteniendo mis dedos dentro de ella.

—No deberías... —estuvo de acuerdo débilmente—. Pero...

—Pero lo quieres. —La insté a reclinarse un poco en el escritorio, mostrándole con mi mano libre cómo debería apoyar su mano en la superficie—. Quieres que te toque. —La besé antes de bajar para sentarme en mi silla—. Quieres que te bese. —Acerqué la silla hasta que pude besar su rodilla desnuda. Sus altas medias revelaban ese pedazo de piel, pero cuando levanté su falda, estaba desnuda para mí.

—Viktor —dijo, sobresaltada.

—Quieres que te pruebe, ¿no es así? —la provoqué mientras inclinaba mi cabeza hacia ella. Poniendo un beso sobre el lugar donde mis dedos desaparecían en su interior, la miré fijamente.

Su boca quedó entreabierta mientras me observaba. El shock y la exaltación luchaban en su mirada azul, pero sobre todo, su deseo brillaba claramente.

—No deberías querer que lo haga —gruñí antes de arrastrar mi lengua alrededor de mis dedos clavados dentro de ella—. No debería fantasear con hacer esto.

Ella se lamió los labios y gimió de necesidad. —No deberíamos —concordó débilmente.

Sonreí, amando que pudiera ser tan traviesa como para admitir que esto estaba mal al mismo tiempo que no haría ningún movimiento para detenerme.

—Pero lo haremos. —La lamí y chupé, sin apartar nunca la mirada—. Voy a comerme este dulce coño hasta que te corras.

Ella abrió más las piernas, su mirada nebulosa de lujuria, sus mejillas sonrojadas de excitación.

—Y vas a sujetar mi cabeza y follar mi boca —ordené. Lamiendo su hendidura mientras frotaba su clítoris, esperé a que lo hiciera. Sus dedos se entrelazaron en mi cabello hasta que tuvo un buen agarre. Una mano permaneció detrás de ella mientras se apoyaba. Y con movimientos espasmódicos al principio, empujó su coño contra mi boca. Entre su mano en mi cabeza y sus caderas arqueándose hacia mi cara, ella participó en esta escena oral que realmente, *realmente* nunca deberíamos haber comenzado.

—Así mismo, cariño —la elogié antes de aplastar mi cara contra su coño. Su aroma. Su sabor. Los sonidos de sus gemidos y mis succiones jugosas. La sensación de sus dedos temblando sobre mi cabeza. Estaba abrumado por todos mis sentidos concentrados en ella.

—Fóllame la cara, Irina. Muéstrame qué chica mala eres, follando la cara de tu profesor.

Ella jadeó, moviéndose más rápido mientras chupaba y lamía con más fuerza.

—Mantén estas piernas bien abiertas. —Alcé la mano para agarrar sus muslos, obligándolos a separarse. El cambio en mi ángulo la sacudió, pero no me soltó. Cayó hacia atrás en el escritorio, dejando caer el brazo en el que se apoyaba.

La visión de ella acostada en mi escritorio, con sus piernas colgando del borde, era demasiado para soportarlo. Ya no podía empujar hacia mi cara tan bien, pero podía sujetarla mejor al escritorio de esta manera. Con sus dedos entrelazados en mi cabello, me quedé quieto y chupé su clítoris duro hasta que gritó.

Ella eyaculó, cubriendo mi barbilla con más de su crema, pero yo estaba demasiado ávido para esperar. Antes de que pudiera bajar de su éxtasis, me puse de pie y alcancé mis pantalones. No había manera en el infierno de que pudiera negarme por más tiempo. Me propuse seducirla, pero me había torturado demasiado.

—No deberías haber —le dije, contemplando la vista de ella temblando después de correrse—. No deberías haberme dejado hacer eso. —Bajé la cremallera y luego la atraje hacia el borde del escritorio—. No debería haber empezado eso.

Ella negó débilmente con la cabeza pero dijo: —Ajá.

—Porque ahora quiero más.

Justo antes de que pudiera sacar mi polla de mis pantalones, el sonido de metal golpeando contra metal me alcanzó. El pomo de la puerta estaba girando. Alguien estaba entrando en mi oficina.

Ella también lo escuchó, sentándose erguida de golpe. Me moví hacia un lado, ocultando su coño aún temblando por su orgasmo. Bloqueé la vista de su falda levantada.

Limpiando mi barbilla y lamiéndome los labios, traté de ocultar la evidencia de lo que estaba haciendo con mi estudiante aquí.

Nuestra intrusa probablemente sabía lo que estaba pasando de todos modos. Jessica estaba en la puerta abierta, su mano aún en el pomo. Ella era quien nos había interrumpido. Ella era quien tenía que aparecer y actuar como si tuviera alguna bienvenida en este espacio privado.

Irina contuvo la respiración, sentada allí inmóvil, mientras Jessica alternaba su mirada entre ella y yo.

Una fina ceja roja se arqueó. —¿Qué está pasando aquí? —preguntó en un tono coqueto y burlón que probaba que sabía perfectamente lo que estaba haciendo con Irina.

Mierda.

14

IRINA

La pelirroja alta me miró con los ojos entrecerrados, sin duda reconociéndome de cuando la vi aquí, en esta misma oficina, intentando besar a Viktor.

Mi posición sobre su escritorio y la forma en que él estaba de pie entre mis piernas eran pruebas terriblemente incriminatorias de que nos había sorprendido haciendo mucho más que besarnos. No era correcto. No debería haber ocurrido. Pero débil y llevada por la emoción desconocida de un hombre prestándome atención de una manera que se sentía tan bien, cedí.

—Lo siento —sonrió con malicia, repitiendo las mismas palabras que yo había dicho cuando la sorprendí con Viktor—. No me di cuenta de que era un momento privado.

—No importa qué tipo de momento sea este —declaró él con firmeza, girándose rápidamente para enfrentarla por completo mientras me bajaba la falda para cubrir mis muslos. Los apreté, sintiéndome muy traviesa al notar la ausencia de mis bragas entre ellos. ¡Él las había rasgado, me las había arrancado!

—Está invadiendo propiedad privada, otra vez, Srta. Nolan.

Fruncí el ceño, tratando de entender quién podría ser esta mujer. *¿Nolan?* Acababa de escuchar ese apellido. Mi padre lo había mencionado. Owen Nolan, el decano. El pánico empezó a apoderarse de mí ante la idea de que alguien importante pudiera haber presenciado una actividad inapropiada entre una estudiante y un profesor.

—Me gusta cuando me llamas Jessica —se quejó ella.

—Srta. Nolan —repitió él, ignorando sus deseos—, no me importa quién sea su tío...

—El decano —le recordó ella secamente, cruzándose de brazos—. Es el *decano*.

—Decano o no —respondió Viktor—, no tiene derecho a intentar inmiscuirse en mi vida.

—¿Pero una de tus estudiantes sí puede? —Levantó un brazo y me señaló con desdén.

—Fuera —ordenó él.

Aunque estaba de cara a ella y claramente le decía a ella que se marchara, tomé su instrucción como dirigida a mí. Me invadió la vergüenza. Humillada y ansiosa por haber sido sorprendida en una situación tan comprometedora, maldije el rubor que calentaba mis mejillas mientras saltaba del escritorio. Al sentir el aire entre mis piernas sin mis bragas, cada movimiento me recordaba lo traviesa que había sido con él. La humedad de mi excitación y su saliva solo profundizaba ese recuerdo.

Iba a salir de allí antes de estallar en un sonrojo o balbucear algo que no debería decir. No tenía idea de *qué* decir o hacer. Pero huir parecía inteligente. Era un instinto natural. Entre luchar o huir, podía enfrentarme a la sobrina del decano o largarme de allí.

Elegí la segunda opción. Sin mirar a ninguno de los dos, agarré mi abrigo y mi bolso de la silla y pasé junto a Jessica. Ella no se movió

mientras yo huía, mirándome con desdén mientras yo escapaba. Solo cuando estuve en el pasillo y doblé la esquina para correr por otro, me permití respirar profundamente.

La conmoción me persiguió todo el camino de regreso a mi apartamento. No podía creer lo que había sucedido. Que ambos hubiéramos sido rebeldes y nos hubiéramos arriesgado a algo tabú y prohibido. Reconocer lo mal que estaba actuar según nuestra atracción mutua lo hacía aún más perverso. Él había ignorado lo malo que era tocarme, besarme, casi follarme, y yo había estado allí junto a él, deseándolo todo.

Pero me negaba a arrepentirme. No podía. Era la primera vez que un hombre me besaba. La primera vez que me habían tocado. Mi primer orgasmo que no me había dado yo misma. Mientras me apresuraba a casa, con los muslos rozándose entre sí como un recordatorio constante de que él me había quitado las bragas tan bruscamente para tener acceso a mí, no podía pensar que fuera malo.

Si tuviera la oportunidad de hacerlo todo de nuevo, sin duda, sin vacilar, lo habría hecho.

Viktor me había arruinado, haciéndome desear mucho más con él. Rendirme a mi deseo por él significaba que ahora sentiría esa palpitación residual y ese dolor entre mis piernas. Saborearía la irritación causada por su barba donde había empujado su rostro contra mi sexo.

Porque ahora que había sentido lo bueno que podía ser, lo deliciosamente satisfactorio que era ser perversa y pecaminosa con él —mi profesor, un hombre mucho mayor que yo, y alguien que mi padre no conocía— lo quería de nuevo.

Ni siquiera la vergüenza de que Jessica Nolan nos interrumpiera y nos sorprendiera casi en el acto podía hacer que mi deseo por Viktor se desvaneciera.

Pero la imagen en la puerta de mi apartamento apagó cualquier rastro de excitación.

Un guardia estaba allí, como siempre. Con la espalda hacia mi puerta cerrada, se enfrentaba a dos hombres. Los reconocí al instante. Conocía a Andre, pero aunque nunca supe el nombre del otro hombre Ilyin, sabía a qué familia pertenecía.

—¿Qué está pasando? —exigí mientras avanzaba.

Estaba harta de ver a estos Ilyin. También estaba cansada de la presencia de los hombres de mi padre. Todos ellos eran ejemplos de la vida de la que quería escapar.

—Solo estamos hablando —dijo Peter, el guardia de mi padre.

—¿Hablando *aquí*? —pregunté, asegurándome de que mi tono fuera serio y exigente, no adorable o inquisitivo. Esperaba respuestas. No necesitaba parecer acogedora o burbujeante, obligándome a ser una extrovertida popular para que se abrieran conmigo y cotillearan, como tenía que actuar con los estudiantes y el personal del campus. Estos hombres sabían perfectamente quién era yo. No tenía sentido andarme con rodeos o mantener apariencias.

Andre asintió, pasando la mano por su barba mientras me miraba lascivamente. Su mirada me hacía sentir sucia, como si fuera un festín del que atiborrarse y luego desechar. Cuando Viktor me miraba, devoraba con los ojos como si yo fuera la respuesta para un hombre hambriento desesperado por mí y solo por mí. Un premio. Una recompensa. Algo y alguien a quien saborear.

Y lo había hecho. Hace apenas media hora, en su escritorio, lo había hecho.

—Solo hablando. Y comprobando cómo estás —respondió Andre mientras seguía mirándome fijamente.

Ligeramente nerviosa de que pudiera oler un indicio de sexo en mí o que de alguna manera pudiera saber que había hecho algo sexy y

travieso con otro hombre, mantuve mis piernas más juntas y me enderecé. —¿Comprobando al guardia de tu rival? —repliqué.

—¿Rival? —Andre se río, todavía acariciando su barba larga—. No estoy seguro de que eso siga siendo verdad por mucho tiempo.

Ya quisieras. Igor Petrov nunca formaría una alianza con la familia Ilyin. Podía mentir, engañar y convencerlos de que podían ser amigos. Por eso había ayudado a los Ilyin a capturar a Lev en una falsa demostración de "el enemigo de mi enemigo es mi amigo". Mi padre fue quien organizó la muerte de Yusef Ilyin, un asesinato que Lev había completado. Ese golpe fue lo que hizo que los Ilyin persiguieran a los Baranov, y todo fue en parte un esquema engañoso orquestado por mi padre.

—¿De qué diablos estás hablando? —exigí. Al mirar a Peter, lo vi sonreír y poner los ojos en blanco.

—Estoy hablando de cómo pensé que podría pasar a ver cómo está mi futura esposa —Andre sonrió, estirando la mano para acariciar mi brazo.

Aparté su mano de un manotazo, aturdida por sus palabras pero cuidadosa de no revelar lo impactada que me sentía. —Eso es una tontería.

—No, no lo es —argumentó Andre.

—Deja de inventar estupideces como esa —le advertí con toda la valentía que pude reunir. Él intentó de nuevo tocar mi brazo, y yo aparté su mano con fuerza.

—No estoy inventando nada. —Sonrió aún más, como si mi resistencia le excitara—. Según lo que he oído, Igor Petrov prometió que su única hija se casaría con un Ilyin. Bien podría ser *yo*.

No. De ninguna manera. Me negaba a dejar que esas palabras penetraran en mi mente consciente.

Absolutamente no.

Mi plan era salir de esta vida antes de que pudieran prometerme a alguien. Tenía que matar a mi padre y luego huir con Maxim para que finalmente pudiéramos tener una vida.

Andre no dijo nada más, riéndose de mi reacción de sorpresa al quedarme boquiabierta por lo que había dicho. No pude evitarlo. No había forma de que pudiera mantener una máscara y ocultar mis reacciones a esta noticia.

—Te veo pronto, Esposa —dijo por encima del hombro a modo de despedida.

Me quedé mirándolo, paralizada por el temor que pesaba en mi estómago. En el momento en que se fue, me volví hacia Peter. —¿De qué diablos se trata eso? ¿Prometida para casarme con un Ilyin?

Se encogió de hombros y negó con la cabeza, fingiendo ignorancia. —Es la primera vez que lo escucho.

—¿Y no pensaste en decirle que debía estar equivocado? —¡Eran nuestros rivales! O eran rivales de mi padre.

—No sé si está equivocado —argumentó Peter—. Nadie puede anticiparse al Jefe ni saber lo que está planeando. Tal vez así es como se deshará de ti de una vez por todas.

¿Como sacrificio a un rival? Negué con la cabeza, asustada y enojada ante esa posibilidad. *Por encima de mi cadáver.* —Entonces vamos. Ahora mismo.

Me miró con desprecio, sin moverse.

—Vamos con mi padre y preguntémosle de qué se trata todo esto.

—No. Ahora no. —Miró su teléfono—. George me dijo que tienes que ir a una fiesta fuera del campus. Marcus Jameson podría estar allí, y el Jefe espera que consigas información sobre él.

—A la mierda esa fiesta. —Empujé para pasar junto a él y entrar en mi apartamento.

—No, Irina —ordenó Peter mientras me seguía al interior—. Debes seguir las órdenes. El Jefe me dijo que me asegurara de que vayas a esta fiesta y averigües lo que puedas.

Gruñí, tan frustrada y harta de esto que lancé mi abrigo a la silla más cercana, sin importarme si aterrizaba o caía al suelo.

—Después podemos ir a hablar con el Jefe y puedes preguntarle sobre cualquier compromiso que haya planeado para ti. También puedes contarle lo que averigües en esta fiesta.

Levantando la cabeza para mirar al techo, me enfurecí y conté hasta diez. Ese pequeño truco casi nunca funcionaba, pero hice todo lo posible por meter toda mi ansiedad y decepciones de nuevo en un compartimento ordenado y hacer lo que se me decía.

Una vez más.

15

VIKTOR

Jessica fulminó a Irina con la mirada mientras esta huía. Odiaba que Irina sintiera que tenía que escapar. En el fondo de mi mente y en lo más profundo de mi corazón, acaricié la fantasiosa idea de que se quedara. Que permaneciera allí y se enfrentara a Jessica. Habría sido todo un espectáculo ver a Irina plantarle cara y reclamarme como suyo.

Pero no sucedió. Irina se marchó, con la cara tan rosada por un sonrojo poco característico al ser descubierta conmigo. No podía culparla por reaccionar así en este contexto. Era virgen y, evidentemente, tan poco acostumbrada a hacer cualquier cosa con un hombre que carecía de la experiencia para manejar este tipo de situación. Difícilmente podía esperar que asumiera su sexualidad cuando nunca antes la había abrazado realmente.

Esta pelirroja demasiado atrevida y dolor de cabeza, sin embargo, sabía perfectamente lo que hacía al interferir de esta manera.

—Esta es la última vez que te digo que me dejes en paz.

Suspiró como si le estuviera pidiendo algo imposible.

—¿Me entiendes?

—Supongo... —sonrió, con coquetería y demasiada suficiencia para que yo creyera que lo decía en serio. Girándose lentamente, me lanzó una sonrisa traviesa mientras se marchaba.

Después de que se fuera, cerré la puerta de mi oficina y gruñí. Esta vez, cerré la maldita puerta con llave de verdad. En el momento en que me giré y me enfrenté a mi escritorio, gemí de necesidad.

—Maldita sea.

Había estado tan cerca de hundirme en el dulce coñito de Irina. De probar el placer que podría obtener siendo el primero. Del orgullo que tendría al tomar su virginidad.

Pero no lo había hecho. Jessica tenía que aparecer y arruinarlo todo.

Me pasé la mano por la cara, odiando cómo estaba resultando esta noche. No admitiría que había fracasado. La había hecho relajarse conmigo. Logré que se abriera... o al menos había abierto sus piernas para mí. Lo que no había conseguido eran respuestas. No me dijo dónde estuvo anoche ni por qué llegó tarde a clase. En realidad, esas respuestas no podían importar en el panorama general de lo que necesitaba averiguar para Oleg. Sin embargo, importaban en el sentido de hacerla lo suficientemente vulnerable para hablar y no ser tan reservada conmigo. Si no podía decirme por qué llegó tarde a clase, ¿qué esperanza tenía de que compartiera detalles sobre lo que Igor Petrov estaba planeando?

Ahora tenía una de dos opciones. Podía perseguirla, detenerme en su apartamento y continuar donde lo habíamos dejado, si me lo permitía. O podía acechar y dejar que sufriera bajo la presión de esta atracción inacabada que ardía entre nosotros.

Cualquiera de las dos podría funcionar. Mi seducción no estaba completa. Se reducía a la cuestión de si podía esperar y ser paciente.

Con la forma en que aún ardía por su contacto y sus dulces besos, no estaba seguro de tener la paciencia para esperar otra

oportunidad de estar a solas con ella.

Mi teléfono sonó con una notificación de texto. El sonido me sacó de mis pensamientos sobre qué hacer con Irina. Suspirando, tan frustrado que no sabía qué hacer conmigo mismo, lo tomé y revisé la pantalla.

Lev: *Uno de los hombres que patrullaban cerca de uno de los almacenes mencionó que está ocurriendo una fiesta.*

—¿Qué demonios pasa con todas estas malditas fiestas? —refunfuñé. No era fanático de salir, probablemente porque durante los últimos veinte años había estado trabajando de una gran orgía o fiesta a la siguiente. Los prostíbulos eran como el centro de las fiestas, y me había cansado de ellos.

Lev: *Parece que los Ilyin y los Petrov están buscando tener una reunión allí.*

—Mmm. —Me froté la nuca, extrañando el fuerte agarre de los dedos de Irina en mi pelo.

Lev: *Dudo que sea cierto, pero como Rurik está ocupado con otra cosa, podría tener sentido que tú lo investigues.*

No era una orden. Y Lev aún no era exactamente mi superior. Aun así, haría mi trabajo. La única razón para estar en el campus y cerca de Irina era conseguir información sobre los planes de Igor Petrov, no quejarme y lamentarme por mi oportunidad perdida de hundir mi polla en su estrecho coño.

—Sí, sí —me quejé en voz alta mientras me levantaba. Le contesté que lo investigaría, y él me envió la dirección un momento después.

Me dirigí a mi apartamento para asearme. Llevar el residuo de los fluidos de Irina en mi cara no era un problema, pero quería cambiarme este traje formal y profesional. No podía llevar una maldita corbata a una fiesta que estaban organizando traficantes.

Después de una ducha rápida, donde me masturbé con el recuerdo de Irina en mi escritorio solo para calmar mi deseo por ella, salí hacia esta fiesta.

Cuando llegué, quedó claro que estaba llegando demasiado tarde para realmente poder notar quién había estado allí. La gente se estaba yendo, riendo y hablando de ir de bar en bar. O era una fiesta aburrida o simplemente una de esas cosas donde la gente iba y venía. Mientras caminaba hacia el lugar, más invitados se iban y otros llegaban junto a mí.

El profundo bajo de la música resonaba y vibraba antes de que realmente pusiera un pie en el apartamento. Arriba, una bola de discoteca giraba en la entrada, sus luces brillantes competían con los copos de nieve que caían del cielo iluminado por la luna.

Estaba abarrotado, e intenté orientarme sobre qué estaba dónde. Solo había venido a examinar la escena e informar a Lev, pero me detuve en seco al ver algo más.

O más bien, a alguien más.

Lev insinuó que tenía que ponerme en posición para escuchar o espiar una reunión entre miembros de las Familias Petrov e Ilyin, pero solo vi un lado.

Dos soldados Ilyin estaban en la esquina de la gran sala. Y ambos estaban en medio de un intento de arrastrar a una mujer con ellos. Los recientes rumores sobre los Ilyin distribuyendo drogas y violando a mujeres me habrían hecho sospechar de ellos, de todos modos. El hecho de que estuvieran tratando de obligar a Irina a irse con ellos me detuvo a medio paso.

¿Qué diablos?

No pensé. Ningún plan cruzó por mi mente. Reaccionando por instinto y guiado por el impulso de llegar a ella, empujé y me abrí camino entre la multitud para alcanzarlos.

Aparté a la gente a empujones, haciéndolos enloquecer por derramar sus bebidas. Me abrí paso entre parejas que bailaban, ganándome sus gritos sobre que tuviera cuidado por dónde iba.

Ignoré todo eso. El ruido y el caos de la fiesta se desvanecieron en mi mente. Mi corazón latía con fuerza mientras perseguía a los dos hombres.

La habían sacado fuera antes de que pudiera acercarme. Ambos hombres tenían sus manos sobre ella, agarrándola de los brazos para obligarla a salir con ellos. Ella no cedió fácilmente. Pateando y gritando, forcejeando para liberarse, se resistía.

Y eso no tenía ningún sentido.

¿Dónde están sus malditos guardaespaldas?

¿Por qué alguien permite que esto suceda?

No hice preguntas. No anuncié nada. Acercándome por detrás, actué rápida y letalmente. Primero, tiré hacia atrás del brazo del hombre que estaba a su derecha. Él contraatacó, sorprendido de que alguien se le acercara, pero yo fui más rápido.

—Suéltala.

Golpeé primero, dándole en la cara y siendo recompensado con un satisfactorio gruñido de dolor. Tan pronto como se echó hacia atrás por mi golpe, el otro hombre atacó. Ninguno de ellos soltó a Irina hasta que los golpeé un poco más. Dos contra uno no eran probabilidades terribles, y en cuestión de minutos y algunos golpes de suerte que lograron darme, los tenía en el suelo, gimiendo de dolor y haciendo muecas. Uno apenas estaba recobrando el conocimiento después de que lo noqueara con un brutal puñetazo en el costado de su cabeza.

—¿Estás loco? —preguntó Irina, observándome atentamente mientras me enderezaba después del último golpe que había dado.

Toda la pelea no pudo haber durado más de tres minutos. Había comenzado y terminado como un borrón, pero ella seguía allí.

No había huido asustada. No alertó a nadie para que viniera a ayudar, ni siquiera a un Petrov que debería haber estado vigilándola. Era la hija de un Jefe. Sin importar los detalles de su familia u organización, era una princesa de la Mafia que debería haber sido protegida a toda costa.

—No. —Hice una mueca de dolor, sacudiendo mi mano mientras me tambaleaba hacia ella. Unos segundos más, y estaría bien de nuevo. La oleada de adrenalina de la pelea disminuyó, y el dolor de los golpes que había recibido se precipitó de golpe.

—Esos hombres... —Negó con la cabeza—. No puedes simplemente...

—Estaban intentando llevarte.

Entrecerró los ojos mirándome. Aunque había cuestionado mi cordura, no lo había preguntado con un chillido o un grito alarmado. Seguía tranquila y serena, casi como si estuviera insensibilizada a este tipo de violencia. Debería estarlo, como princesa de la Mafia. No se habría criado en un hogar protegido donde pudiera haberse librado de todo este drama.

Y odiaba eso.

Ella merecía algo mejor. En lo profundo, lo sabía sin poder explicarlo.

—Esos no son solo unos chicos universitarios, Viktor. —Caminó hacia mí, observándome con expresión cautelosa pero no histérica mientras yo sacudía mi mano y luego me frotaba el costado donde me habían golpeado—. Son hombres peligrosos.

Me hice el tonto, dejando que pensara que yo era solo un hombre común, un profesor universitario. Por supuesto, yo sabía quiénes eran esos tipos. Los identifiqué como hombres de Ilyin de inmediato, pero no podía revelar que era un conocedor de este mundo mafioso.

—Y ahora vienen más —advertí, notando que más hombres salían de la fiesta.

Extendí la mano para tomar la suya, apresurándome a correr con ella. Tirando de ella, medio esperaba que protestara. No lo hizo. Ni una sola vez abrió la boca para hablar. Sin preguntas, sin exigencias de que parara.

Cuando la llevé a un lugar seguro, regresando a mi coche para que se sentara en el asiento del pasajero, no me cuestionó en absoluto.

Yo tenía tantas preguntas para ella que no sabía por dónde empezar.

¿Por qué estaba allí desprotegida?

¿Para qué querían llevársela esos hombres de Ilyin?

¿No eran los Petrov y los Ilyin enemigos después del asunto de Lev matando a Yusef Ilyin?

—Viktor —dijo una vez que me alejé conduciendo.

La miré de reojo, frunciendo el ceño, pero no *hacia* ella. No me gustaba la idea de que la manosearan o la forzaran a ir a algún sitio contra su voluntad. Aunque me faltaban pistas y detalles sobre lo que estaba pasando allí, no me gustó lo que vi.

—¿Estás bien? —Estiré la mano para examinar su brazo, mirando su muñeca donde uno de ellos la había sujetado.

—Sí. —Retiró su brazo—. Estoy bien.

—Esos hombres intentaban secuestrarte.

Exhaló un largo suspiro y miró por la ventana del pasajero. Cuando debería haber parecido asustada o incluso enfadada, parecía resignada. Como si esto fuera simplemente el destino y ella no tuviera el poder para luchar contra él.

Y lo odiaba.

Irina era una enemiga. Tenía que ser mi enemiga. Las familias Petrov y Baranov no eran amigas, así que, por lo tanto, como miembros de bandos opuestos, teníamos que ser adversarios hasta cierto punto. Sin embargo, cuanto más planeaba seducirla y acercarme lo suficiente para que hablara conmigo, me sorprendía lo mucho que deseaba que las cosas pudieran ser diferentes.

Que ella pudiera ser simplemente una mujer que había conocido y a la que deseaba tanto que me dolía volver a cerrar mis labios sobre los suyos. Que yo pudiera ser solo un hombre que se había fijado en ella y a quien ella quería recibir en sus brazos.

Pero como había nacido hija de Igor Petrov, era mi enemiga.

Demasiadas líneas se estaban difuminando aquí. No se suponía que debía desearla. No se suponía que debía meterse bajo mi piel de esta manera.

—Estoy bien —repitió, monótona y objetiva al respecto, lo que no hizo nada para convencerme de que estuviera cerca de estar bien después de ese incidente—. Es complicado, pero estoy bien.

—¿Así que no debería haberlos enfrentado por intentar llevarte a la fuerza? —pregunté, tratando de no sonar irritado y fracasando.

—No. Lo agradezco —respondió, sincera pero aún resignada.

Fruncí el ceño mientras conducía, asintiendo cuando me preguntó si podía simplemente llevarla a casa. Escuché cómo me daba la dirección, fingiendo que no conocía ya ese detalle sobre ella.

El silencio llenó el coche, pero no me importó. Necesitaba la tranquilidad. Con su compañía, podía dar fe de que estaba a salvo. Durante el silencio, reflexioné sobre la comprensión de que quería consolarla y velar por su seguridad, no apuntarla como alguien que poseía secretos que el Jefe quería que le sonsacara. Luché contra el impulso de detenerme y simplemente abrazarla. Ignoré el recordatorio de que debería estar cumpliendo con mi deber de interrogarla e intimidarla para que me revelara secretos familiares.

Cada vez que la miraba de reojo, veía lo asustada que estaba. No estaba bien. A pesar de su fría máscara, detecté suficientes señales que me decían que estaba asustada y molesta por el intento de esos dos hombres Ilyin de llevársela.

Odiaba que se sintiera así. Pero como ella había señalado, esto era complicado, volviéndose más confuso a cada minuto mientras consideraba la posibilidad muy real de que ya había empezado a preocuparme demasiado por ella más de lo que era prudente.

16

IRINA

Viktor me dejó y esperó hasta que entré en mi edificio antes de marcharse. No podía estar segura de cuál era su juego conmigo. Tampoco podía empezar a adivinar por qué había estado en esa fiesta. Estaba en una parte aún más sórdida de la ciudad que la otra donde lo vi.

Un profesor haciéndole sexo oral a su estudiante en su oficina ya era bastante escandaloso. Pero que él apareciera casualmente en una fiesta donde yo debía espiar, y luego me rescatara de hombres que pensaban que podían hacer lo que quisieran conmigo...

Extraño.

Llamé a todos los que pude entre los empleados de mi padre para contactarlo. No estaba contestando su teléfono, pero eso no me impidió seguir llamando sin parar.

Típico de él estar inaccesible justo cuando yo exigiría una explicación sobre por qué Andre Ilyin o cualquier otro en esa familia pensaría que yo estaría comprometida en matrimonio con ellos.

Finalmente, después de horas dando vueltas en mi apartamento, Peter llamó a mi puerta. La abrí para fulminarlo con la mirada. —El Jefe no está disponible para atender llamadas esta noche.

Lo miré con aún más dureza. —Dime algo que no sepa. —Ya sabía que no estaba contestando.

—Pero pregunté por ahí y parece que esto es solo un rumor. —Se encogió de hombros y se frotó la barbilla—. Quizás todo sea una mierda. —No había confirmado ni negado lo que Andre dijo cuando pasó por mi lugar.

—¿Un rumor? —resoplé, sin creerlo. Los rumores podían difundirse y maquinarse por cualquier número de razones. Las mentiras eran una moneda común que muchos en la Mafia usaban. Pero esa explicación no tenía sentido después de lo ocurrido en la fiesta. Esos dos hombres Ilyin no estaban bromeando cuando se acercaron y me dijeron que me iría a casa con ellos. Eso no era un rumor ni una broma. Lo decían en serio.

Pero mi padre no estaba disponible para explicar por qué una familia rival estaría siguiendo un rumor sobre un matrimonio arreglado conmigo. No estuvo disponible esa noche, ni en ningún momento del día y la noche siguiente. Tuve que luchar con la incertidumbre durante dos días completos. Me puso en un estado constante de ansiedad hasta el punto que me quedé en mi apartamento y no me atreví a salir.

Rumor o no, si un Ilyin me veía e intentaba llevarme, no podía contar con que los hombres de mi padre se preocuparan. No sabrían si era un trato legítimo o no. No les importaba yo para empezar, viéndome como un problema, no como una familiar. Nadie había venido a esa fiesta: mi conductor simplemente me había dejado y me había abandonado a mi suerte.

La idea de casarme con un Ilyin, Andre o no, se sentía como una sentencia de muerte. No quería casarme con un rival. Hacerlo aseguraría que mi vida siempre sería una transacción comercial. No habría fin para el drama y la política. No quería casarme con un hombre de la Mafia en absoluto.

El matrimonio era lo último en mi mente ahora, especialmente después de conocer a Viktor. Él me había hecho llegar al orgasmo. Me había salvado. Parecía preocuparse. Aunque no podía discernir por qué le importaba, lo hacía, y eso significaba mucho para mí después de una vida siendo utilizada o descuidada, atrapada entre esos extremos salvajes.

Si se esperaba que me casara, no podía empezar a adivinar lo que eso significaría para Maxim. Yo era la única que velaba por él. Si perteneciera a un marido, Igor ya no tendría poder sobre mí. ¿Qué resultaría de eso para mi hermano? ¿Igor simplemente lo mataría? No tendría ningún incentivo para mantenerse en línea y proveer para él si yo ya no pudiera ser su espía.

Espera un momento.

Otra idea terrible me golpeó cuando finalmente, dos noches después de escuchar sobre mi supuesto compromiso, estaba en camino a su casa.

¿Y si me está haciendo casar con un Ilyin para que pueda espiar más a fondo, en su casa y en su familia?

La perspectiva de ser un peón y una espía para siempre sería suficiente para llevarme al suicidio.

No esperé a que el conductor abriera mi puerta después de que llegamos. Entré a zancadas, buscando a mi padre que no se había molestado en contestar su teléfono durante dos malditos días cuando su hija llamaba. Probablemente había estado encerrado con una de sus amantes, actuando como un señor y dejándose mimar.

—¿Por qué alguien en la familia Ilyin actuaría como si yo fuera a casarme con uno de sus hombres?

Ese fue mi saludo. Crucé los brazos, yendo directamente al asunto en cuestión.

Él gruñó, haciendo una pausa mientras comía su cena. Había suficiente comida desplegada en la mesa para seis personas, pero era un imbécil glotón que la desperdiciaba toda en sí mismo. —Qué educada estás estos días. Ni un hola.

—A la mierda los modales, Igor. —No me importaba si le disgustaba mi tono—. Contéstame.

Gruñó, poniendo los ojos en blanco. Esperaba que se irritara por mi actitud, que me dijera que me cuidara. Debió haberse divertido con mi pregunta, sin embargo, porque se aclaró la garganta y se limpió la boca con una servilleta en preparación para hablar. —No dije nada directamente sobre ese asunto.

Mentira. Este rumor tenía que haber comenzado en algún lugar. Mi mirada nivelada le dijo lo que pensaba de su comentario.

—Puede que haya dejado o no que algunos rumores se descontrolaran.

Ajá.

—Pero no importa para ti, de todos modos. Ya sea que estés prometida en matrimonio o no, tú no actuarás de manera diferente. —Levantó la cabeza, alzando la barbilla mientras entrecerraba los ojos—. Espero que permanezcas virgen para tu marido. Cuando yo elija uno, quien sea que yo decida, tú estarás intacta. Debido a que ese hecho no debería cambiar, ¿qué importa si los Ilyin quieren divertirse y seguir con esta idea?

Justo cuando pensaba que no podía odiarlo más.

—Deja que piensen lo que quieran —dijo, bajando la mirada y encogiéndose de hombros—. Un día, yo seré el único jefe principal en esta área. Entonces daré todas las órdenes y tendré la última palabra sobre cualquier rumor que se origine.

Solo está jugando. Eso es todo lo que esto es para él. Este imbécil diabólico estaba jugando con mi vida, con mi futuro. —Dime la

verdad. ¿Estoy o no estoy prometida a alguien?

Me miró como si fuera una tontería querer saberlo. Reanudando su cena, apenas me prestó atención.

—Los hombres Ilyin están tratando de capturarme. Lo intentaron en esa fiesta a la que querías que fuera.

Se encogió de hombros. —Si lo intentan, entonces serás recuperada como yo lo considere adecuado.

Entrecerré los ojos, perdida en cómo podía ordenarme permanecer virgen pero también hacerse el desentendido e ignorar lo que podría pasarme si fuera capturada por un rival.

—i¿Estoy prometida a alguien?! —Era una pregunta, pero no podía formularla como tal, demasiado enojada para quedarme quieta. Apretando los puños a mis costados, luché contra el impulso de saltar sobre la mesa y estrangularlo. Que se ahogara con su cena—. ¿Estoy prometida a un Ilyin?

Bufó, cediendo por fin a responderme. —Claro que no. —Dejó escapar un suspiro exasperado—. Por supuesto que no quiero que te cases con uno de esos idiotas.

¡Maldito imbécil! Podría haberme dicho eso primero. Podría haber respondido directamente, pero no. Tenía que jugar conmigo y hacerme juegos mentales solo por su diversión, solo para molestarme.

—¿Por qué querría que te casaras con los perdedores a los que quiero quitar del poder?

No respondí, hirviendo y demasiado furiosa para hablar.

—Solo sigue el juego. De hecho, ignóralo. Ni siquiera hables de esto. Haz lo que te pido, y eso es todo. —Su expresión se endureció una vez más—. Haz lo que te digo y espía en ese campus. Eso es todo lo que necesitas hacer. Y si te importa una mierda ese hermano tuyo

que no vale nada, puedo contar contigo para que cumplas con tu deber.

Lo miré fijamente, maldiciéndolo por aprovecharse alguna vez de mi amor por Maxim.

—¿Hay más drogas circulando? —preguntó—. ¿Hay nuevos traficantes después del último envío de los Ilyin a la zona?

No respondí.

Golpeó la mesa con el puño, pero no salté, acostumbrada a sus dramatismos. —¡Contéstame!

—No.

Se puso de pie. —¿No, no vas a contestarme?

—No, hasta donde yo sé, no hay nuevas drogas siendo intercambiadas o vendidas.

—¿Qué hay de Marcus James y Eric Benson? ¿Alguien está tratando de obtener favores con la oficina del decano?

Ni siquiera había intentado fisgonear allí. Y no quería hacerlo. Con él presionándome por respuestas, todo lo que quería hacer era correr. Correr lejos y rápido y nunca parar. Esta no era la vida que yo quería.

Sin otra palabra, me di la vuelta y salí furiosa. Envuelta en ira, caminé de regreso al frente donde el conductor todavía estaba parado fuera del auto, fumando un cigarrillo.

—¿Ya? —preguntó.

Como si alguna vez quisiera que una visita aquí fuera larga. —Sí. ¿Podemos irnos?

Se encogió de hombros, tirando su cigarrillo y luego aplastándolo con su zapato en el pavimento helado.

Entré en el asiento trasero y pregunté: —¿Puedo ir a visitar a Maxim?

—Dijo que no. Hasta nuevo aviso.

Apreté los puños de nuevo, sin importarme cómo mis brazos vibraban y temblaban con la fuerza de mis músculos siendo usados. Estaba tan desesperada por sentir alguna esperanza. Algo de amor o mínima preocupación. Más que nada, anhelaba la seguridad y consideración que sentí cuando Viktor me ayudó en la fiesta. El placer profundo y el alivio impactante cuando me hizo llegar al orgasmo en su oficina.

No estaba en busca de travesuras con él. Solo estaba tan harta de sentir este odio, este rencor y rabia. Me estaba consumiendo, de adentro hacia afuera.

Nunca había estado tan enojada con Igor, atónita de que jugara un juego como este para engañar a los Ilyin. Les había dejado pensar que me casaría con su familia cuando no tenía ninguna intención de permitir que eso sucediera.

Miré por la ventana, furiosa, pero no podía estar demasiado molesta por no ver a Maxim a esta hora. Era tarde para él. Pero no podía simplemente hervir y enfurruñarme en mi apartamento, abandonada a nada más que una mente ociosa y demasiada ira.

Después de que me dejaron, agarré mi bolso y caminé a la biblioteca. Leer y estudiar probablemente no resolvería nada, pero estaba tan ansiosa por salir y hacer algo antes de volverme loca.

17

VIKTOR

No vi a Irina durante dos días. No se presentó a su clase de poesía. No había señales de ella en sus lugares habituales: la cafetería, el comedor, las cafeterías, la biblioteca y el gimnasio. No la vi ni una sola vez.

Irritado por estar tan obsesionado con ella, intenté convencerme de que no debía echarla de menos. Ella no podía importarme tanto. Claro, tenía el coño más dulce que jamás había probado, pero seguía siendo un objetivo a vigilar. Una fuente de la que obtener información. Una princesa de la mafia de una familia rival.

También hice todo lo posible por no preocuparme. La había llevado de vuelta a su apartamento sana y salva, y sabía que debía tener guardias allí. Volver a su casa y comprobar cómo estaba era lo siguiente en mi lista, pero quería ser paciente. Ya debía sospechar de mi interés y no quería arriesgarme a que se volviera más suspicaz o curiosa.

Al final del segundo día, sentía que me volvería loco si seguía embotellando toda esta preocupación y confusión. Así que me dirigí a la mansión Baranov, aceptando una invitación para cenar con el Jefe, Lev y Eva. Boris también estaba allí, pero como siempre, el

hermano menor de Oleg no hablaba mucho, solo bebía hasta perder el conocimiento.

Me detuve en el burdel principal de camino, comprobando cómo iban las cosas con el hombre que había puesto a trabajar en mi lugar. Estaba seguro de que eventualmente me vería obligado a volver allí, así que probablemente valdría la pena mantenerme al tanto de cómo iban las cosas.

Después de la cena, Eva se compadeció con mi informe.

—No me sorprende que te esté costando acercarte a ella.

—No he dicho que me esté costando, exactamente...

Sonrió mientras ponía los ojos en blanco.

—Dilo como quieras. Irina nunca pareció tener muchos amigos. No verdaderos. Siempre ha parecido alguien que evita dejar entrar a nadie.

¿Pero por qué? Eva era algo parecida, sometida a un estándar más alto en la sociedad de las organizaciones mafiosas porque era una princesa de la mafia. Sin embargo, ella había demostrado que podía hacer amigos, como lo había hecho con esa mujer llamada Kelly durante un tiempo.

—Es curioso que los Ilyin intentaran capturarla —dijo Oleg, dando una calada a su puro después de la cena.

Lev asintió.

—No puedo imaginar que Igor estaría muy contento con los Ilyin si lo hubieran logrado.

Yo tampoco, pero había sido testigo de cómo intentaban capturarla. Había sucedido, por la razón que fuera.

Disfruté de mi tiempo con ellos, pero demasiado pronto, fue hora de irme. Si no veía a Irina mañana, la buscaría en su casa.

Durante el trayecto de vuelta a mi apartamento, todavía con traje y corbata ya que no me había cambiado después de trabajar con papeles y tonterías para la próxima clase, además de espiar a algunos soldados de Petrov que merodeaban cerca del gimnasio, mi teléfono vibró con un mensaje de Rurik. Revisé la pantalla en un semáforo.

Rurik: *He oído que estabas buscando a tu chica.*

Resoplé.

—¿Mi chica? —Difícilmente podía afirmar que Irina era mía. Aunque echaba de menos el placer en su rostro cuando la llamaba *cariño*.

Rurik: *Acabo de verla dirigiéndose a la biblioteca. Estaba allí vigilando a Kelly un rato.*

—Vaya. —Me resultó curioso que Oleg y Lev todavía tuvieran a Rurik haciendo controles sobre la amiga rubia que Eva había hecho. Kelly no se había puesto en contacto con Eva en absoluto, pero Oleg y Lev parecían querer ofrecer una ligera protección y comprobaciones por cortesía a la mujer, razón por la cual Rurik estaba en el campus.

Viktor: *Gracias.*

Me sorprendió ligeramente que fuera a la biblioteca tan tarde, pero como había aprendido en mis anteriores visitas, el antiguo edificio de libros parecía más concurrido después de que el sol se pusiera.

Aparqué y me dirigí allí, metiendo las manos tan profundo como pude en mis bolsillos. Estaba harto de este clima. La primavera podía llegar y descongelarnos en cualquier momento.

Después de entrar en la biblioteca de cuatro pisos, me propuse encontrarla. No estaba en ninguna de las áreas de estudio donde a veces la veía, pero di en el blanco en el piso superior. Grandes ventanales mostraban la nieve cayendo afuera en la plaza. Mientras que la vista podría haber sido pintoresca, Irina estaba sentada lejos de las ventanas.

Mientras caminaba hacia ella, suspiró y sacudió la cabeza. Luego se levantó, estirándose un poco antes de llevar un libro de vuelta a un estante.

Siguiéndola, hice una pausa en su mesa y coloqué mi abrigo sobre el suyo. Estaría bien allí mientras la acechaba por los largos pasillos de libros. Mientras que los niveles inferiores tenían más estudiantes —algunos estudiando y otros pareciendo disfrutar de música y simplemente hablar— ella debía haber elegido este piso superior por la tranquilidad. Casi no había nadie aquí arriba, y saboreé la ilusión de privacidad que podría tener con ella.

No se giró ni me reconoció mientras la seguía, y me pregunté qué podría estar pesando tanto en su mente como para que no prestara atención a su entorno. Habiendo crecido en una familia de la mafia, tendría mejor instinto callejero que la mayoría de las mujeres.

Sobresaltándose un poco al verme acercándome a ella por un largo pasillo entre altos estantes cargados de libros, levantó las cejas sorprendida.

—Viktor —me saludó.

Dios, extrañaba su voz. Disminuí el paso, acercándome a ella y tomando el libro de su mano. Era un texto sobre formaciones rocosas.

—¿Estás quemando el aceite de medianoche estudiando para un examen de geología? —aventuré.

Se encogió de hombros, bajando la mirada mientras observaba el libro en mi mano.

—¿Es por eso que no te he visto en ninguna parte del campus estos últimos días? ¿Has estado demasiado ocupada estudiando?

Levantando su rostro hacia mí, sonrió astutamente, como si la idea de que la estuviera buscando le agradara. Le emocionara.

—¿Has notado mi ausencia?

¿Cómo no podría hacerlo?

—Oh, déjame adivinar. Estás enfadado porque me perdí la clase de poesía hoy.

—No estoy enfadado...

—Me dijiste que no desperdiciara tu tiempo ni faltara al respeto a las reglas y expectativas de la clase —bromeó ligeramente.

—Lo hice. Pero a cada estudiante se le permiten dos días de ausencia antes de que afecte a su calificación. —*Pero no te importa tu calificación, ¿verdad?*

—¿Qué haces aquí, entonces? —pregunté.

—Solo quería venir a algún lugar... seguro.

Las alarmas sonaron en mi mente. Estaba instantáneamente alerta con su comentario. Odiaba que alguna vez se sintiera en peligro, y en cuanto reconocí eso, quise gemir.

Se supone que es un objetivo. La enemiga.

—Y estar rodeada de todos estos libros viejos me hace sentir segura. —Se abrazó a sí misma mientras miraba alrededor a las filas y pilas de libros que nos rodeaban. Antes de que pudiera elaborar, continuó caminando más lejos por el pasillo, y obligado a necesitar y desear su compañía, la seguí.

—Gracias, por cierto, por ayudarme con esos tipos en la fiesta.

No había contado con un agradecimiento sincero, días después.

—Solo estaban bromeando.

Fruncí el ceño.

—No mientas —advertí—. Estaban tratando de secuestrarte. Capturarte.

Miró hacia un lado, sin comentar.

—¿*Querías* que te capturaran? —*¿Se suponía que era algún tipo de estratagema que interrumpí?* Sentía que estaba en la oscuridad respecto a lo que Igor había planeado.

—No —murmuró, frunciéndome el ceño, como si fuera un idiota por sugerir eso—. Además, ¿qué importaría lo que *yo* quiera?

Sonreí con suficiencia. Era una princesa de la mafia. No debía carecer de nada.

—Dímelo.

Se detuvo, enfrentándome completamente.

—¿Qué?

—Dime lo que quieres. —Esperé, tranquilo y paciente aunque mi sangre hervía por escuchar sus fantasías o deseos.

Atrapado bajo su mirada, sentí que era el hombre más afortunado del mundo. Ser el objeto de su atención. Ver sus ojos azules brillando con picardía.

Sin perder el contacto visual conmigo, sonrió ligeramente, retrocediendo un paso. Luego dos. Avancé tras ella, curioso de si literalmente estaba tratando de jugar al gato y al ratón. La idea de que disfrutara de la emoción de una persecución comenzó a excitarme.

—Quiero... —Pasó la punta de su lengua por su labio inferior. No podía tener suficiente de este lado atrevido de ella.

Desabroché mis puños y enrollé las mangas lentamente, forzándome a ser paciente antes de que me lo dijera.

—Desearía que me besaras otra vez.

Joder, sí. Asentí, dejándole ver cuánto la deseaba mientras seguía caminando tras ella. Nos condujo más profundamente en el laberinto de estanterías, asegurando nuestra privacidad de la parte central del espacio de la biblioteca.

—Que continuaras justo donde lo dejaste en tu oficina —añadió, su voz suave y baja, como si no pudiera creer que estaba expresando su mente.

—Eso es lo que quiero.

Incliné la cabeza, prolongando esta espera y dejando que la tensión y el suspenso se acumularan entre nosotros. Porque en el momento en que la tuviera en mis brazos, estaría haciendo todo lo posible por no apresurarme.

—Debería castigarte por tener pensamientos tan traviesos sobre mí, cariño. ¿Desear a tu profesor? —Negué lentamente con la cabeza, provocándola.

Tomó una respiración rápida mientras sus ojos se oscurecían. Bajo las sombras tan adentro en la biblioteca, parecía más exótica, más como un sueño inalcanzable.

—Hazlo —desafió—. Castígame. Hazme *sentir* algo que no sea... — Frunció el ceño, enfocándose en mí de nuevo. Extendiendo la mano para agarrar mi corbata roja, me miró con una expresión tan suplicante que nunca podría decirle que no. No tenía intención de hacerlo.

—Te deseo, Viktor —susurró mientras tiraba de mi corbata, acercándome más.

18

IRINA

Algo se había apoderado de mí, haciéndome actuar de forma tan atrevida y desenfrenada. Nadie me había preguntado nunca qué quería, así que solo eso ya era lo más excitante. Ver cómo el rostro de Viktor cambiaba de esa sonrisa de chico malo a la sonrisa perversa de un amante era más que suficiente para aumentar mi excitación.

—Te quiero... a ti —repetí, sintiéndome más fuerte cada vez que dejaba que esa declaración tabú saliera de mi boca.

—¿Quieres que te castigue por tener pensamientos tan sucios sobre mí? —preguntó, bajando las manos para colocarlas en mi cintura. El peso de su cálido contacto me centró. Me atraía hacia él.

Asentí, incapaz de hablar con mi corazón acelerado y mis pulmones sin llenarse lo suficientemente rápido. Su mirada ardiente me provocaba. Su voz baja y áspera era como otra caricia en mi piel. Y sus dedos se flexionaban en mi cintura, probando su agarre hasta el punto que quería que me sujetara y nunca me soltara. —Sí, eso es lo que quiero.

Negó con la cabeza. —No. —Avanzando un paso más, me atrapó contra la pared de estanterías detrás de mí—. No voy a castigarte. No esta noche. —Un paso más me inmovilizó. Grueso y duro, su

muslo se colocó entre los míos, frotándose donde yo lo deseaba—. Pero podría follarte.

Jadeé cuando me besó, fuerte, rápido y brutal. No había perdón en esta presión áspera de sus labios contra los míos. No era un momento delicado en el que él me cortejaba. Estaba tomando. Exigiendo. Pidiendo sin misericordia.

Separando mis labios, le dejé entrar e intenté seguir el ritmo de sus labios y lengua. Me dominaba, ordenándome que me abriera y correspondiera a esta urgencia salvaje que me mostraba.

Sus palabras eran una marca viva de deseo en mi alma, y me aferré a él antes de que pudiera consumirme en llamas. Agarrándome a su corbata, me pegué a él. Bajó su gran mano hasta agarrar mi trasero y, con un apretón rápido y fuerte, me animó a levantar la pierna y envolverlo para que pudiera frotar contra mí de manera más efectiva.

—Podría follarte, cariño. Aquí mismo. Ahora mismo.

Sí. Por favor, sí. Gemí, necesitada y codiciosa, aferrándome a él y devolviéndole el beso con todas mis fuerzas.

Podía confiar en que mi padre no quería casarme con nadie de la familia Ilyin, pero esta reciente conversación sobre mi virginidad me hizo desear poder tomar el control de esa única cosa. Que *yo* pudiera decidir a quién se la entregaba.

Y quería que fuera Viktor.

Incluso si eso significaba que tendríamos sexo aquí y ahora, en la biblioteca.

—¿Puedes estar callada? —me provocó, dejando una línea de besos húmedos y succionadores a lo largo de mi cuello.

Dejé caer mi cabeza hacia atrás, dándole acceso mientras emitía un *sí* entrecortado. Pero entonces tiró de mi blusa y las copas de mi sujetador hacia abajo, haciendo saltar los botones de la fina camisa.

Cerró su boca sobre mi pecho y succionó con fuerza, haciéndome gritar por una doble sensación de shock y placer. —¡Dios mío! —Puse mi mano en la parte posterior de su cabeza para mantenerlo allí, pero él se apartó.

—No —observó—. No, no puedes estar callada. —Besándome de nuevo, bajó su mano hasta mi falda, subiéndola hasta que pudo retorcer sus dedos en mis bragas húmedas empapadas con mis jugos. Al igual que antes, quitó mi ropa interior con un tirón rápido. Y sin demora, frotó mi entrada antes de meter su dedo dentro de mí.

Con su boca sobre la mía, mis gemidos de placer quedaron amortiguados. Demasiado pronto, se apartó, respirando con dificultad. —Quítame la corbata —ordenó, besándome de nuevo y confiando en que haría lo que decía. Lo hice, torpemente más de lo que hubiera querido. Estaba ansiosa y excitada. Estaba nerviosa pero confiada. Lo deseaba. Quería entregarle mi virginidad, a nadie más. Pero esta era mi primera vez, y mi torpeza y falta de experiencia se notaban.

Tan pronto como le quité su corbata rojo oscuro, rompió el beso. Levantó sus manos para envolver la corbata alrededor de mi cabeza. Amordazándome. Silenciándome. Se sentía arriesgado confiar en él así, pero estaba tan excitada y ansiosa por darle mi virginidad que no podía pensar en protestar. Lo miré fijamente, hipnotizada por la lujuria que brillaba en sus ojos, hasta que me dio la vuelta.

—Puedo follarme este coñito tan apretado, cariño —susurró en mi oído. Empujándome contra la estantería, me forzó hacia adelante. Mis pechos se frotaban contra los lomos de los libros, y el cuero rozaba mis pezones, expuestos después de que bajara tanto mi camisa y sujetador. Sin embargo, tiró de mis caderas hacia atrás, asegurándose de que sintiera el duro contorno de su erección que aún tenía que sacar. El leve roce de él cerca de mi sexo me hizo gemir, pero con su corbata alrededor de mi boca, el ruido era mínimo.

No podía hacer ruido. Cualquiera podría oírme si estuviera en este piso. Y si alguien pasara, me verían, verían tanto de mí.

—¿Quieres que meta mi verga aquí? —Bombeó sus dedos dentro de mi cuerpo, esparciendo la crema que brotaba.

Asentí, dejando caer mi cabeza mientras me sostenía del borde de un estante. Empujar hacia atrás ayudaba a aliviar la necesidad. Cabalgué su mano mientras él se movía para desabrochar sus pantalones. El sonido de su cremallera parecía demasiado fuerte en este edificio silencioso, pero él no parecía preocupado. Antes de que pudiera acercarme demasiado al clímax, retiró sus dedos y alineó su polla conmigo.

El glande bulboso me estiró en la entrada, pero esperó a que yo lo succionara dentro. Manteniéndome quieta, acarició mis tetas y besó mi cuello.

Cuando no pude soportar más la espera, arqueé mi espalda y deseé que entrara en mí. Que me follara, como había insinuado que haría. Que me llenara para no sentirme tan vacía y girando en la desesperanza y el odio hacia Igor Petrov, mi padre a quien mataría.

—Tan traviesa —gruñó entre besos. Sus dedos nunca se detuvieron, pellizcando mis pezones y jugando con mis pechos. Pero abajo, clavó su gran y larga verga dentro de mí, haciéndome estremecer por el shock de la tensión.

Estaba completamente dentro, hasta la empuñadura. En un rápido empujón, me había llenado, metiendo su polla dentro de mí. Ningún otro hombre me había tocado allí. Ningún otro tipo tendría el privilegio de ser el primero.

Viktor lo era. Y mientras lentamente salía para volver a entrar, demostró que me follaría tan bien que no podría soportar pensar en tener a otro hombre dentro de mí así.

Una y otra vez, arremetió contra mí. Sosteniendo mi cintura pero alternando moviendo sus manos hacia arriba para jugar con mis

pechos que se sentían tan pesados y sensibles mientras rebotaban y se balanceaban con sus embestidas, controlaba todos los puntos de placer en los que podía confiar para sentirme tan bien.

Entre sus besos en mi cuello y el eventual deslizamiento de su dedo hacia mi clítoris, que golpeaba y frotaba al ritmo de sus profundas embestidas, estaba perdida.

Me sostuve del borde del estante, sin molestarme en preocuparme por cómo la estructura metálica chirriaba y gemía bajo el movimiento de Viktor follándome tan duro y rápido.

Ese ligero pellizco de dolor que vino cuando me penetró por primera vez hacía mucho que había desaparecido. Ahora, en su lugar, un placer creciente me electrificaba.

Hasta que me corrí, hasta que sentí que explotaba y me hacía añicos, dejando que la dicha y el absoluto alivio me reclamaran. Él ya me había dado un orgasmo intenso en su oficina, con sus manos y boca, pero eso no era nada comparado con esto. Me sentía frita y quemada viva, tan abrumada por el placer que no podía soportarlo.

Detrás de la corbata que amordazaba mi boca, grité y sollocé ante la poderosa liberación. Las lágrimas corrían por mi rostro, humedeciendo la tela de la suave corbata. Eran evidencia de lo fuertemente que sentía esta ocasión única en la vida, perdiendo mi virginidad con el profesor que no debería desear.

Antes de que pudiera empezar a bajar completamente de las primeras olas de mi clímax, me penetró aún más profundo. Muy dentro de mí, se sacudió y tembló. Su verga pulsaba, y gemí de nuevo ante la idea de su semen caliente inundando mi vientre.

No debería haberse corrido dentro de mí. No debería haberle pedido que me follara.

No deberíamos haber cedido.

Pero ahora que lo habíamos hecho, me dejé caer floja en su abrazo, recuperando el aliento a través de mi nariz lo mejor que podía. Temblores recorrían mi cuerpo, tan sensible después de tener sexo por primera vez. Él lo notó, siempre tan rápido para observarme y esperar mis señales. Colocando tiernos besos a lo largo de mi cuello, suspiró y aceptó esta caída desde la intensidad del sexo.

Si me soltara ahora, caería al suelo.

No lo hizo. Abrazándome, manteniendo su largo miembro dentro de mí, esperó hasta que ambos pudimos mantenernos firmes.

No estaba segura de *cuándo* la realidad se sentiría estable o consistente después de que me hubiera follado tan completamente, pero guardaría esta noche como algo precioso en mis recuerdos. Habría un Antes de Viktor y un Después de Viktor, y esas generalizaciones del tiempo no serían las mismas.

Yo nunca sería la misma.

Esta noche, había actuado según lo que quería.

La noche que decidí a quién quería entregar mi virginidad.

Viktor, el profesor del que nunca debería haberme enamorado.

19

VIKTOR

Mantuve a Irina cerca de mí, deseando poder sentir toda su exuberante y suave piel. Hasta que pudiera mantenerse más firme, la sostendría erguida. Mientras recuperaba el aliento, acaricié su cuello con mi nariz y subí las copas de su sujetador para contener sus enormes pechos. Ella tembló bajo mi tacto, todavía aturdida por haber llegado al clímax conmigo. Se sentía como un crimen cubrirla, pero si alguien pasaba y la veía amordazada con la camisa completamente abierta, querría asesinarlos.

Irina era mía.

Había querido entregarme su virginidad a mí, a nadie más. Me sentía como un maldito cavernícola, un dios, un amante enloquecido que podría poseerla una y otra vez. Me eligió a mí, no a nadie más. A mí.

Mi miembro seguía dentro de ella, donde estábamos unidos por nuestra combinación de fluidos. Y no hice ningún movimiento para salir de ella mientras le abrochaba la camisa, asegurando los pocos botones que quedaban. Apenas estaba decente, pero nada quedaba a la vista.

Lentamente, odiando tener que terminar esto, me deslicé fuera de ella y guardé mi húmedo miembro en mis pantalones. Luego, al

darle la vuelta, me aseguré de que su falda cayera y permaneciera en su lugar.

La observé mientras aflojaba el nudo de la corbata que había usado como mordaza. Usar trajes y corbatas no era algo que hiciera a menudo. Después de que este trabajo terminara, cuando ya no necesitara mi tapadera, no volvería a pensar en corbatas.

Esta corbata, sin embargo, ahora era mi favorita. La quité completamente de su rostro y la guardé en mi bolsillo para saborearla más tarde. El ardiente recuerdo de lo que hicimos tardaría mucho en desvanecerse. Y esta corbata era mi trofeo, mi coleccionable para conmemorarlo.

Ella exhaló un profundo suspiro, mirándome. Antes de que pudiera hablar, escuché sonidos de personas caminando cerca.

Mierda.

La besé para mantenerla callada. Pero nadie pasó por nuestro lado. Nadie entró en este pasillo.

—Salgamos de aquí antes de que nos interrumpan de nuevo —dije, sin bromear realmente sobre cómo Jessica había aparecido aquel día.

Hablé demasiado pronto, porque a continuación se oyeron pasos de gente caminando por un pasillo más cercano.

Irina abrió los ojos con pánico y luego se alejó de mí.

—Voy a ir al baño de mujeres —clavó los dientes en su labio inferior —. Solo para limpiarme lo mejor que pueda.

Contuve un gruñido al pensar en mi semen goteando fuera de ella. Si estuviéramos en un lugar más privado, lo habría empujado de vuelta dentro de su pequeño y apretado agujero.

Después de darle un beso más en la frente, la vi alejarse para limpiarse en el baño.

Y esa fue la última vez que la vi.

No debería haberme llevado tanto tiempo darme cuenta. Se había escapado después de que Jessica nos sorprendiera con las manos en la masa en una posición comprometedora, con Irina sobre mi escritorio y las piernas abiertas. Y parecía que se había escapado de nuevo.

Quería estar enfadado, pero en el fondo, no podía estarlo. No se estaba escapando porque quisiera poner distancia entre nosotros. No creía que fuera eso. Sospechaba que era un alto riesgo de fuga porque no sabía cómo actuar después.

No debería haberla dejado ir.

Debería haberla acompañado. Demonios, debería haberla ayudado a limpiarse aunque fuera en el baño de mujeres de la biblioteca.

Cuando se trataba de Irina, constantemente me debatía entre lo que debía y no debía hacer. Ahora que había cruzado una gran línea de deber y no deber con ella, no podía preocuparme tanto por ser cuidadoso o caminar delicadamente a su alrededor, como si estuviera prohibida.

Durante la mitad de la semana siguiente, sin embargo, eso no fue un problema. Se escondió de nuevo, o eso parecía. Su ausencia se notó en mi clase de Historia Inglesa, y sin ella allí, simplemente no era lo mismo. No tenía ninguna razón para estar allí, fingiendo que daba una conferencia sin que ella estuviera para escuchar. Sin que ella estuviera allí para que yo observara sus expresiones y me preguntara qué estaba pensando.

—Tampoco vino a la clase de poesía —le dije a Rurik cerca del final de la semana cuando sentía curiosidad por saber si él la había visto.

—¿Quizás está pasando algo con Igor?

Su suposición no me llenó de ninguna esperanza reconfortante. Estaba preocupado por ella, pero no podía distinguir si me sentía así

porque la deseaba de nuevo o si anticipaba que algo ocurriera, como un ataque de los Petrov. Mi mente corría a mil por hora cuando pensaba en ella. Así era como se había metido más bajo mi piel después de esa única vez que nos acostamos en la biblioteca.

Tomé la iniciativa de intentar seguirla un poco más, revisando los lugares públicos del campus donde la había visto antes. Ir a su apartamento parecía ser el siguiente mejor paso, pero lo dejaría como último recurso. Las cámaras marcarían mi presencia allí. Mientras Irina ignoraba quién era yo, alguien que vigilara las grabaciones de los Petrov podría compararme con cualquier imagen reciente que pudieran tener de mí en algún archivo. Al igual que la organización Baranov, los Petrov tenían acceso a hackers y expertos en servicios informáticos.

Después de entrenar una noche —otro intento de encontrarla, por si estaba allí con esa ropa ajustada mientras hacía ejercicio cardiovascular— recibí una llamada de uno de los contactos con los que había hablado en Moscú.

—¿Qué demonios? —susurré para mí mismo mientras miraba el número, recuperando el aliento después de correr en la cinta.

De todas las personas que podrían llamarme, más de un mes después de haberme ido...

—¿Hola?

—Hola, Vik —respondió Timber. Nunca obtuve una explicación sólida de lo que parecía un apodo cursi y ridículo. Tal vez era una broma interna. Era irrelevante, pero lo que me estaba llamando para decirme no lo era—. Puede que tenga una actualización para ti.

—¿Oh? —Había estado tan concentrado en Irina y en esta misión actual, que era un descanso muy necesario de los burdeles, que había descartado por completo ese caso sin resolver sobre Sonya. Yo, como muchos otros, había supuesto que se había ido hacía mucho tiempo. Muerta.

—Parece que ha habido actividad en esa cuenta por la que preguntabas.

Me sequé la frente, bajando de la máquina y saliendo para tener esta llamada en privado.

—¿En serio? —Tenía que preguntarme si el hecho de que recientemente estuviera en Moscú haciendo preguntas había provocado que algo apareciera o se revelara.

—Sí. Un retiro que no se pudo rastrear, pero luego casi la misma cantidad volvió a depositarse.

—Hmm.

—Tengo un par de tipos investigándolo, pero como te dije antes, si alguien está detrás de esto y no son solo coincidencias, no es obra de un aficionado.

—Estoy de acuerdo, Timber. —Las únicas pistas que Oleg había recibido sobre la desaparición de Sonya y la madre de Boris eran rastros de dinero escondidos bajo capas de identidades. Las empresas fantasma lo habían tenido adivinando durante años quién podría estar detrás de la desaparición de las dos mujeres, si es que había alguien. Algunos, como Eva, creían que simplemente habían huido y se habían escondido de la familia Baranov, queriendo salir de la vida de la mafia y ser libres como ciudadanos normales.

Renunciando a terminar este entrenamiento, me fui y escuché los escasos detalles que Timber tenía para ofrecerme. Después de ducharme, llamé a Oleg para ver si quería reunirse. Le daría estas actualizaciones a medida que llegaran. Era lo correcto.

Aceptó verme en la parte alta de la ciudad, así que conduje hasta allí. Cuanto más me alejaba del campus, más lejos de Irina, más se asentaba y echaba raíces este anhelo y ansiedad. No podía estar *tan* enamorado de ella ya. No podía estar tan desesperado por la joven virgen que me había follado en la biblioteca. No era un amante

novato, un idiota que se enamoraría del primer coño, de la primera mujer que le prestara atención...

Espera un segundo. ¿Enamorarme?

—Olvídalo —murmuré mientras conducía. Sacudí la cabeza, divertido por el rumbo que estaban tomando mis pensamientos. *No* me estaba enamorando de mi objetivo. Me negaba a admitir que mis sentimientos se estaban volviendo demasiado profundos con respecto a la enemiga.

—Es solo sexo. —Y yo, más que muchos otros, debería ser capaz de respetar la diferencia entre algo como la verdadera intimidad y el sexo físico. Me había sumergido en el mundo del sexo, gestionando burdeles. Mi visión del sexo se había embotado. Sin embargo, mis opiniones y pensamientos persistentes sobre Irina me desafiaban a preguntarme si había tropezado con algo diferente y algo tan real con ella.

Es solo por el peligro y el misterio vinculados a todo esto. Si fuera solo una veinteañera cualquiera que entrara en el burdel, no le habría prestado ninguna atención extra.

Hice una mueca mientras aparcaba, odiando la sensación de que me estaba mintiendo a mí mismo.

¿Verdad?

Archivando mis pensamientos sobre Irina, entré en el almacén donde Oleg supervisaba a un par de hombres torturando a un miembro del Cartel que había sido sorprendido husmeando alrededor de nuestro almacén, colocando dispositivos de escucha. En una oficina en un nivel superior, con ventanas de espejo unidireccional para que pudiéramos ver lo que sucedía abajo, me enfrenté al Jefe.

Escuchó, siempre atento y agudo, mientras le actualizaba sobre esta reciente llamada de Timber.

—En otras palabras —resumió sin ninguna emoción fuerte, sugiriendo que estaba cansado de la falta de respuestas—, nada nuevo.

—Eso parece. —Me encogí de hombros y metí las manos en los bolsillos.

—Gracias por la actualización.

—No hay problema. —Aunque habría tenido más sentido que Timber contactara directamente con Oleg, mantuvimos mi papel de intermediario para aislar a ambas partes. No cualquiera podía llamar o hablar con Oleg Baranov. Era demasiado poderoso para ser tan accesible.

—Me alegra que hayas tenido la oportunidad de venir y hablar conmigo —añadió, lanzándome una mirada curiosa—. ¿No estás demasiado ocupado siguiendo a la chica Petrov hoy?

Negué con la cabeza. No había manera en el infierno de que le dijera que *la había* seguido recientemente, como en la biblioteca antes de amordazarla y follarla.

—Ha estado manteniéndose discreta últimamente.

—No me sorprende.

Fruncí el ceño, inmediatamente alerta por lo que *él* podría saber.

—Sentí curiosidad por lo que dijiste sobre aquella noche cuando los hombres de Ilyin intentaban capturarla en esa reunión. —Me miró fijamente, serio y pensativo—. Tanta curiosidad que pregunté si existía alguna posibilidad de que los Ilyin quisieran causar una distracción para Igor Petrov.

Asentí.

—Yo también lo consideré.

—O si querían provocarlo secuestrando a su única hija.

De nuevo, asentí en señal de acuerdo. Esos pensamientos también me habían asaltado.

—Sin embargo, lo que escuché es más sorprendente. —Aclaró su garganta y continuó con su ronca voz de fumador, que no mejoraba por su amor a los puros—. Parece que Igor Petrov está prometiendo a Irina en matrimonio a uno de los Ilyin. Andre Ilyin, quizás.

También había visto a ese cabrón en el campus. Tenía que estar vigilándola, tal vez motivado a hacerlo porque pensaba que se casaría con ella.

Me tensé, aborreciendo de inmediato la posibilidad de que Irina se casara con... bueno, con cualquiera. Yo había reclamado su virginidad. Ella había mostrado interés en mí. La idea de que estuviera con cualquier otro hombre me llenaba de rabia.

—¿Algún pensamiento sobre eso? —preguntó Oleg, sin juzgar, sin buscar nada.

Debí haber permanecido en silencio más tiempo del que me había dado cuenta. Furioso e intentando aceptar la gravedad de esta noticia, parpadeé y busqué una respuesta.

Tenía demasiados pensamientos sobre Irina siendo prometida en matrimonio a cualquiera. No podía soportar la imagen de otro hombre tocándola siquiera. Ser tan posesivo con ella era otro *no debería* en cuanto a mis derechos con ella, pero no podía evitarlo.

Es mía.

Mi objetivo. Mi enemiga. Mi obsesión. Irina Petrov era demasiado perfecta para que yo la imaginara perteneciendo a alguien más.

Fruncí el ceño, sabiendo que tenía que darle una respuesta, una que no disminuyera su fe o respeto por mí después de admitir que me había acostado con la enemiga. No le molestaría si me hubiera acostado con ella por seducirla y manipularla para obtener

información, pero no estaría de acuerdo con que yo quisiera más intimidad con ella por el simple hecho de sentirme completo.

—¿Confías en esa información? —Odiaba lo defensivo y combativo que sonaba—. ¿Crees que él organizaría su matrimonio con uno de ellos?

Él frunció los labios.

—¿Casar a su hija con la familia de su enemigo? —Se encogió de hombros—. Sucede. Ha sucedido, pero generalmente en caso de rendición. O una estratagema para obtener algo más en la transacción.

Sus palabras permanecieron en mi mente mucho después de que me fuera. Durante el viaje de regreso a mi apartamento, actué con esta nueva urgencia para asegurarme de que eso no pudiera suceder.

Irina no se casaría con un maldito Ilyin. No podía ser alejada de *mí*.

Llamar a Rurik fue mi primer paso. Pero él no estaba convencido de que mi plan fuera sensato.

—¿Quieres que distraiga a los guardias de Petrov para que tú puedas hacer *qué*? —preguntó.

—Alejar a sus guardias para que pueda llevármela. —No había tartamudeado.

—Llevártela... ¿para interrogarla?

—No. Solo para tenerla. Yo... —Aunque sabía que era mejor no abrir la boca con Oleg y decir que la deseaba, no era tan reservado con Rurik, con un hermano—. La quiero segura, lejos de la influencia de los hombres de su padre.

—De acuerdo... —Todavía no sonaba convencido.

Ya era hora de preguntarle qué tramaba Igor Petrov. Tenía que ser más directo. No más profesor Remi seduciendo a su traviesa estudiante. Era hora de que fuera Vik, el amante que no quería que

la entregaran a otro, el hombre que se atrevía a esperar que no pudiera quedarse para siempre del lado del enemigo.

No podía descartarla como *solo* la enemiga. No cuando ayudó a Eva a escapar. No cuando todavía no había actuado como si estuviera comprometida con su padre o familia.

Como no podía soportar la idea de que estuviera con otra persona, tenía que llevarla a algún lugar donde pudiera hacerle las preguntas difíciles y llegar al fondo de lo que su padre estaba planeando, con o sin su ayuda.

Tan pronto como Rurik alejara a sus guardias, la localizaría y llegaría al fondo de todas estas preguntas que ella me debía responder.

20

IRINA

En la mañana temprano del día siguiente, me dispuse a trabajar para mi padre. Los últimos días, había caído en un agujero de conejo tras otro. Cuando no estaba investigando cómo empezar de nuevo con una identidad nueva para Maxim y para mí, me esforzaba en indagar sobre Marcus James y Eric Benson. Ambos políticos prometedores eran atractivos y fotogénicos, lo que probablemente les había ayudado a llegar tan lejos, al menos en las redes sociales. A nadie le gusta un político feo, después de todo.

Faltar a clases, quedarme en casa y sumergirme en lo que encontraba en mi portátil me mantenía a salvo. A salvo de quedar expuesta y vulnerable ante un Ilyin juguetón que intentara capturarme de nuevo porque mi padre quería jugar con ellos.

También necesitaba retirarme y mantenerme a salvo de Viktor. Después de que me tomara tan dura y rápidamente en la biblioteca, lo quería otra vez. Lo quería a *él* otra vez, no solo por lo bien que me había follado, tan sucio y prohibido, sino porque se había preocupado y me había preguntado qué quería yo. Nadie lo había hecho nunca, y eso era algo peligroso a lo que acostumbrarse.

No podía acostumbrarme a él. Eso estaba claro. Él pertenecía a la universidad, enseñando y seduciendo a jóvenes como yo. Mientras

que yo pertenecía... trabajando para mi padre solo para que no hiciera sufrir a Maxim. Ayer, me había enviado una foto cancelando las entregas de comida para Maxim. El guardia sería alimentado, pero mi hermano no. A menos que tuviera algo que decirle antes de esta noche, cancelaría el pedido entrante.

Así que, haría lo que me ordenaba. A partir de mis investigaciones en línea, encontré algunas conexiones que podría comenzar a examinar. Comprobando quién daba "me gusta" a qué y quién había agregado como amigo a quién, una red de conocidos se veía más clara para seguir.

Antes de tener que ir a la clase de Viktor, salí de mi apartamento para seguir a un estudiante que era un conocido traficante en el campus. Lo había visto hablar con hombres de Ilyin que venían aquí de vez en cuando, pero esa afiliación no era nada nuevo. Ya lo había identificado e informado a mi padre como una conexión de algún tipo.

Lo que quería investigar ahora era por qué estaba comentando sobre hablar con un estudiante que trabajaba en la oficina del decano. Marcus James también había hecho un comentario en otro lugar, y deduje que los tres podrían estar planeando una reunión o punto de encuentro.

De cualquier manera, era una conexión que tenía que seguir, aunque solo fuera para demostrarle a Igor que estaba cumpliendo con mi deber aquí. No permitiría que Maxim pasara hambre por lo que nuestro padre consideraba mi holgazanería.

Entré en el edificio donde estaba la oficina del decano. Múltiples oficinas estaban alojadas aquí, una agrupación colectiva de funcionarios del decano que llevaban a cabo muchas tareas administrativas. Fingiendo desplazarme por mi teléfono, deambulé por los pasillos hasta que pude localizar a ese estudiante trabajador. Dondequiera que estuviera, seguro que había elegido un buen escondite para hablar con un traficante y Marcus. No podía

encontrarlos en ninguna parte, y eso era decir algo ya que no muchos trabajadores de oficina estaban tan temprano.

Encontré a una persona, sin embargo, y no era alguien a quien quisiera ver pronto. Dos veces, había visto a Jessica Nolan cerca de Viktor. Estaba obviamente interesada en él, y eso era todo lo que sabía de ella. Mientras se acercaba a mí por el pasillo, pausando mi plan de espiar y encontrar una reunión para escuchar, tuve la sensación de que estaba a punto de mostrarme cuán vengativa y mezquina podía ser.

—¿Qué estás haciendo aquí? —entrecerró los ojos hacia mí.

Me encogí de hombros—. Buscando a alguien.

—Las oficinas aún no están abiertas.

Asentí—. Vale. Lo siento.

Antes de que me dejara alejarme, tuvo que meter la última palabra. En este caso, una amenaza.

—Sé lo que estás haciendo.

Oh, mierda. Debía haber estado observándome husmear más tiempo del que me di cuenta.

—Eres solo otra zorra ansiosa por una buena nota. Follándote a tu profesor... —su labio se curvó con desdén.

¡Oh! ¿Era solo eso? Era una mala perdedora por cómo había conseguido a Viktor. No me estaba poniendo en evidencia por husmear. *Uf.*

—No es así —argumenté.

Dio un paso hacia mí, y reaccioné poniéndome en posición defensiva, por si decidía volverlo físico.

—Sé lo que vi.

En su oficina, lo había visto. O podía adivinarlo. Habíamos estado mayormente cubiertos, separándonos de un salto cuando ella abrió la puerta. Viktor y yo no habíamos tenido sexo allí. Lo habíamos hecho en la biblioteca, pero nadie nos vio.

Eso creo.

—Te arruinaré, zorra —me señaló, acercándose a mi cara—. Te arruinaré por llevarte a un hombre que tenía en la mira.

Negué con la cabeza, furiosa porque alguien más aparte de mi padre estuviera tratando de hacer mi vida aún más difícil. Ignorándola, me di la vuelta y le di la espalda. Participar en esa conversación no ayudaría en nada. Ella no me escucharía. Y yo me negaba a escucharla.

No me persiguió mientras me alejaba, pero sentí la quemadura de su mirada en mi espalda.

—Que te jodan —murmuré mientras me dirigía a la conferencia de Viktor—. Puedes irte a la mierda y dejarme en paz.

Jessica Nolan tendría que tomar un número y hacer fila si quería unirse a las fuerzas contra mí.

Tomé asiento hacia el frente de la clase de Viktor, dejando que todas mis otras preocupaciones cayeran al fondo de mi mente mientras lo veía entrar. Como en cada conferencia que daba, habló con sequedad, casi como si *él* también estuviera aburrido del material.

Con un traje elegante, su característica corbata rojo intenso y una expresión seria de querer terminar con este asunto, continuó su monólogo. Apenas escuché, demasiado hipnotizada por la visión de él. Con asombro y admiración llenando mi cabeza, traté de creer que este hombre sexy realmente me había follado como yo quería. Que había usado una corbata igual a la que llevaba puesta para amordazarme y mantenerme callada mientras embestía su gran verga en mi cuerpo virgen.

Solo pensar en esa noche me excitaba de nuevo. Parecía que evitarlo durante dos días no había hecho nada para reducir el impacto que tenía en mí.

Pero no solo lo estaba mirando con el sexo en mente. Con su voz gruñona y ceño fruncido, parecía enfadado. O molesto.

¿Está irritado al verme después de que lo evité?

¿Se arrepiente de haber tenido sexo conmigo?

Después de clase, parecía que iba a tener una respuesta. Se acercó a mí, dirigiéndose directamente hacia mí mientras los estudiantes salían.

—Ven a mi oficina y háblame sobre tu calificación —no fue una invitación. Fue una orden.

Me lamí el labio inferior y asentí—. Claro.

Supongo que eso significa que aún no quiere terminar conmigo...

Recogí mis cosas y fui a su oficina. Él aún no estaba allí, recogiendo sus cosas de la conferencia. Cuando apareció, caminando con confianza por el pasillo, tuve que contener la respiración y no dejar escapar un ruido de necesidad. No podía saber lo malditamente bien que se veía, lo sexy que era, alto, fuerte y tan seguro de sí mismo.

Mirándome directamente a los ojos pero sin decir una palabra, desbloqueó su puerta y me hizo un gesto para que entrara.

Tan pronto como entré y él se unió a mí, cerró la puerta detrás de mí y me empujó contra ella.

Su boca dura se inclinó sobre la mía, y no necesité pequeños pasos para entrar en este beso. Me apreté contra él mientras envolvía mis brazos alrededor de su cuello, jadeé e intenté mantener el ritmo con el deseo que ardía entre nosotros, ambos siempre tan en sintonía con la necesidad del otro con una feroz impaciencia.

Gemí en su boca, girando mi lengua alrededor de la suya y luego chupándola. Un gruñido profundo retumbó desde su pecho mientras deslizaba sus brazos a mi alrededor, todavía forzándome contra la puerta.

Besarlo me emocionaba. Ya me estaba humedeciendo para él, ansiosa por sentir su verga profundamente dentro de mí otra vez, sus dedos en mis pechos. Todo él. Quería arrancarme la ropa y suplicarle que se mostrara a sí mismo, también.

Pero él no estaba en la misma página. Retrocediendo sin soltarme realmente, jadeó y negó con la cabeza.

Bajé mi mano para tocar el bulto de su erección en sus pantalones.

—No —dijo con voz ronca—. Aquí no. Ahora no.

—Pero...

Me besó duramente, brutal y exigente en ese toque ardiente—. No. Así no —retrocediendo por completo, pasó la mano por su cabello rubio y me dio un repaso tan ardiente que me pregunté cómo mi ropa no se había caído todavía—. No puedo confiar en que Jessica no irrumpa aquí de nuevo.

Puse los ojos en blanco, no lista para recibir un no—. Puedes cerrar la puerta con llave.

—Y ella podría desbloquearla. La pillé husmeando aquí ayer. Y siempre mantengo esa puerta cerrada cuando no estoy aquí.

Hice un puchero, desplomándome contra la puerta. Había estado interesada en hablar con él, sin embargo, para averiguar por qué parecía tan enfadado durante la conferencia, así que supuse que podría ignorar esta furiosa necesidad por él durante un poco más.

—Te recogeré a las ocho —dijo como si fuera un hecho mientras ajustaba su erección bajo sus pantalones—. Joder, me matará esperar tanto.

Me reí ligeramente, casi con incredulidad. Era casi surrealista pensar que él y yo estábamos haciendo esto, como sea que pudiera llamar técnicamente a esto de acostarme con mi profesor sexy.

—¿Lo harás, eh?

Sonrió, mirándome como si quisiera follarme ahora—. Sí. Estate lista para mí a las ocho.

Si seguía mirándome como si quisiera arruinarme para cualquier otro hombre en este planeta, no estaba segura de si alguna vez estaría lista para él.

Pero no había ninguna posibilidad en el infierno de que me echara atrás y perdiera esta oportunidad de estar con él, sin importar a dónde me llevara—. A las ocho —confirmé, ya emocionada.

21

VIKTOR

Esta noche sería la noche. La alejaría del campus. La sacaría del alcance de sus guardias. Y le preguntaría qué estaba tramando Igor Petrov.

También sería la noche en que podría hacer lo que quisiera con ella. Tomar su virginidad en la biblioteca fue excitante. Fue rápido y sucio, pero estaba lejos de lo que yo quería. Necesitaba verla, sentir cada centímetro suave de su piel. Quería mostrarle todo de mí y verla succionarme. Esta vez, podría saborear cada minuto con ella sin distracciones ni interrupciones.

Llegué a su edificio cinco minutos antes de las ocho, complacido de que ella saliera directamente hacia mi coche. Estaba lista, puntual y quizás emocionada por pasar tiempo conmigo a juzgar por lo ansiosa que parecía por mi llegada.

Admirando su paso decidido mientras caminaba por la nieve hacia mi coche, gemí y me pregunté cómo podría contenerme esta noche. Tendría que esperar hasta obtener mis respuestas. Pero no sería fácil torturarme a mí mismo teniéndola tan cerca.

Después de que entró al coche, me miró y casi sonrió.

—Hola.

—Hola —como los cristales estaban tintados, me incliné hacia ella, tomé su barbilla y la atraje sobre la consola central para besarla. Suspiró, sin abrir los ojos después, como si quisiera atesorar el beso.

—¿Dónde están tus... amigos? —pregunté.

—¿Hmm? —Se abrochó el cinturón mientras ponía el coche en marcha.

—Tus guardias.

Hizo una pausa antes de hablar de nuevo.

—¿Guardias?

Asentí. No podía revelar que reconocía a los dos hombres cerca de ella como soldados de Petrov. Tenía que mantenerla en la oscuridad sobre quién era yo realmente por un tiempo más. Pero podía preguntar como lo haría cualquier otra persona.

—¿Tus guardaespaldas?

Exhaló largamente.

—Sí, mis guardias. Ellos, um, fueron enviados a ocuparse de otra cosa.

—¿Por qué los tienes? —pregunté, manteniendo un tono ligero y casual, no profesional o exigente.

—Vengo de una familia muy influyente. El trabajo de mi padre requiere que tenga un equipo de seguridad.

Asentí, fingiendo asimilar esta noticia.

—Entonces, ¿cómo es que no estaban en esa fiesta cuando te protegí de esos hombres que intentaron secuestrarte?

—No pensaron que sería un evento peligroso para mí —se encogió de hombros, mirando por la ventana lateral.

Sí, no estoy seguro de creerme eso. Si Igor quería guardias para su hija cuando estaba en el campus comportándose como una estudiante universitaria, ¿por qué no la seguirían a una fiesta en una parte de la ciudad peligrosa y de mala muerte? Algo no cuadraba.

Me contuve de hacer más preguntas por ahora. Antes de poder llevarla a mi lugar—el ático que llamaba hogar, no el apartamento que estaba usando cerca del campus—tenía que parar en uno de los burdeles y recoger un paquete. No era algo con lo que quisiera lidiar, pero a veces se esperaban este tipo de favores. Entregaría el paquete de dinero a otro jefe de Baranov mañana, pero sería mejor si este paquete de divisas no estuviera en el burdel toda la noche, vulnerable a ser robado.

—Solo necesito hacer una parada primero.

Ella se rio suavemente.

—Ni siquiera me has dicho adónde me llevas.

—Y aún así aceptaste venir.

La mirada que me dio fue dulce.

—Confío en ti, Viktor.

Joder. Me estaba matando con esta sumisión tan fácil. No podía ser más perfecta.

—¿Debería confiar *yo* en *ti*? —pregunté mientras aparcaba fuera.

Ella miró alrededor del edificio, frunciendo el ceño y pareciendo confundida.

—Creo que puedes.

Respuesta interesante, mi enemiga.

—Depende —añadió.

Ajá.

—¿Puedo confiar en que entrarás conmigo un momento y aceptarás no contarle a nadie lo que vas a ver?

Asintió, ya sea acostumbrada a que se espere de ella que guarde secretos o atemorizada de decirme que no.

La ayudé a salir del coche y la conduje adentro. La música, los sonidos de sexo, el *olor* a sexo. Tenía que estar abrumada por todo ello. Sin embargo, sus dedos no temblaban dentro de mi agarre. No se quedó boquiabierta ni se estremeció mientras la llevaba más adentro del burdel.

La Familia Baranov tenía tantos clubes de sexo como burdeles, pero una cosa permanecía igual entre ellos: la vigilancia y la seguridad. Cada habitación en este prostíbulo tenía una cámara para que pudiéramos recopilar evidencia, reunir material de chantaje y, en general, cubrirnos las espaldas.

En lo que llamaban el centro de control, agarré el paquete que se suponía debía entregar mañana. En tres paredes de la habitación, monitores mostraban los diversos estados de actividades que ocurrían en todas las habitaciones. Dejando que Irina se quedara en el medio, mirando con los ojos muy abiertos todas las pantallas, me aparté para verificar con el hombre de turno.

Luego volví a ella, abrazándola por detrás.

—¿Ves algo que te guste? —susurré mientras la besaba debajo del cuello.

—¿Qué...? —Tragó saliva con dificultad—. ¿Qué es esto?

—¿Qué parece?

No podía apartar la mirada de la pantalla con el hombre azotando a una mujer mientras la penetraba por detrás.

—Parece... nada que esperaría jamás de un profesor de inglés.

Me reí oscuramente, acariciando con la nariz su cuello y besando su dulce piel.

—Nunca dije que ese fuera el *único* trabajo que he tenido —pasando mi mano por su estómago, la abracé más cerca y la empujé hacia mí.

—Tengo tantas preguntas —murmuró, mirando las escenas en los monitores.

Yo también.

—Entonces salgamos de aquí y podrás hacerlas.

Ella giró la cabeza para mirarme.

—¿Las responderías?

Asentí.

—¿Qué quieres saber primero?

—Si me harías eso —miró de nuevo a la pantalla que había captado más su atención.

Sonreí, tomando su mano y llevándola fuera de la habitación. No solté su mano durante todo el recorrido por el vestíbulo, pasando junto a la clientela y las prostitutas que esperaban una habitación. Recuperé su mano en el coche mientras la llevaba a mi lugar. En el ascensor, mantuve mi agarre en sus dedos como si temiera que soltarla me hiciera perderla para siempre. Era un maldito sueño, uno que no me había dado cuenta de que había estado esperando.

Pero en cuanto estuvimos en mi ático, usé mi agarre en su mano para girarla y llevarla al sofá más cercano. Aterrizó sobre mi regazo, chillando sorprendida. Antes de que pudiera terminar esa reacción de sobresalto, le levanté la falda y le di una palmada en su dulce mejilla, enrojeciéndole el trasero.

—¡Ah! —gritó ante el golpe, retorciéndose.

Gruñí, hipnotizado por la vista de su mejilla desnuda, rosa por la huella de mi mano.

—Eres una chica traviesa, *muy traviesa*...

No llevaba nada puesto. Ni un tanga. Sin bragas.

—¿Olvidaste ponerte algo? —pregunté mientras deslizaba mi dedo por su hendidura hasta encontrar su sexo.

Ella gimió, bajando la cabeza hasta apoyar la mejilla en mi muslo. Sus piernas se separaron, dándome acceso para acariciarla con los dedos. Ya estaba tan resbaladiza y húmeda.

—No lo olvidé —respondió con descaro.

Le di otra palmada, recompensado con más de sus jugos cubriendo mis dedos.

—¿Deliberadamente viniste a verme sin nada debajo de tu falda?

Asintió.

—¿Para qué molestarse? De todos modos, rompes mis bragas.

—Pequeña traviesa —dejé caer mi mano dos veces más, frotando sus perfectos y redondos glóbulos mientras ella gemía y se retorcía.

Se suponía que debía interrogarla. Ella hacía que sonara como si también esperara una conversación conmigo. Pero ahora que habíamos comenzado por este camino...

No puedo esperar.

Moviéndola un poco más lejos de mi regazo pero al alcance para poder seguir acariciándola, la animé a ponerse a cuatro patas.

—Bájame la cremallera —ordené mientras separaba un poco las piernas.

Con ella a mi derecha, a cuatro patas mientras se apresuraba a desabrochar mis pantalones, deslicé dos dedos dentro y fuera de su

jugoso sexo. Cuando metió la mano para sacar mi miembro ya duro, le di una palmada.

—¿Te dije que hicieras eso?

Ella bajó, gimiendo ante la nalgada.

—Usa tu boca —instruí.

Mientras bajaba la cabeza para poner sus labios alrededor de mi miembro, gruñí y añadí otro dedo, estirándola. Con su sexy boca, me succionó y maniobró para que mi erección estuviera levantada para que jugara con ella. No necesitaba más orientación de mi parte sobre cómo complacerme. Aunque podía notar que era una amateur, probablemente nunca antes había hecho esto basado en sus movimientos entrecortados e inexpertos, estaba ansiosa por complacerme.

La dejé aprender, encontrar lo que le gustaba, y en minutos, dudaba que pudiera aguantar.

—Para —ordené con otra palmada. Ella gimió, zumbando alrededor de mi miembro metido en su boca.

Se incorporó y me miró, suplicante.

—No quiero.

Gruñí, forzando su cabeza de vuelta sobre mi miembro mientras empujaba mis caderas hacia arriba para follar su boca.

—¿No, no quieres hacer lo que te dicen? —saqué mis dedos de su sexo para darle una nalgada más fuerte.

Ella succionó con más fuerza.

—Joder, cariño —no pude evitar bombear mis caderas, metiendo mi miembro en su cálida boca. Acariciándola de nuevo, estirándola, luché por no derramarme en su garganta—. ¿Quieres que me corra en tu boca? ¿O en este apretado coñito?

Ella gimió de nuevo, todavía lamiendo y chupándome.

—¡Respóndeme! —le di otra nalgada.

Esta vez, al incorporarse, jadeó y dejó escapar un grito de alivio.

Sin querer perderme su orgasmo, deslicé mis dedos de vuelta dentro de ella y los moví como pistones, prolongando su orgasmo mientras la tumbaba en el sofá. Todavía vestido, me subí sobre ella y reemplacé mis dedos con mi miembro. Ella tembló, arqueando la espalda mientras la embestía rápido.

—¡Vik! —No pudo encontrar la fuerza para terminar mi nombre, tan perdida en su intenso clímax.

Decidido a asegurarme de darle lo que quería, de hacerla vivir lo que vio en el burdel, salí, me tambaleé para ponerme de pie, luego la giré para que se inclinara sobre el sofá. Penetrándola de nuevo, le di nalgadas hasta que volvió a tener un orgasmo. Apretándome tan fuerte, me provocó seguirla. Dejé caer la palma de mi mano sobre su mejilla enrojecida una vez más mientras usaba la otra mano para tirar de su cintura hacia mí.

—Justo así, cariño. Joder. Justo así —gemí.

Inundando su vientre con mi semen, me di cuenta de que ya no era una cuestión de querer darle lo que ella quería. Era un maratón para probarme a mí mismo que ella sería todo lo que yo querría. Ahora y para siempre.

22

IRINA

No sabía a qué estaba accediendo cuando Viktor me dijo que pasaría a recogerme a las ocho. No había ninguna posibilidad de que le hubiera dicho que no.

Ahora que despertaba junto a él en la cama la mañana después de que me recogiera de mi apartamento, nunca quería irme.

Me folló con tanta fuerza y rudeza en el sofá, azotando mi trasero hasta que me ardía. Era tan malo, incorrecto desearle en absoluto, incorrecto por mi parte estar tan emocionada de que mi profesor estuviera azotando mi trasero. Saber lo inapropiado que era lo hacía aún más excitante.

Apenas había bajado de la euforia del orgasmo en el sofá cuando nos movimos. Mareada y perdida en un orgasmo tan poderoso, estaba desorientada y flotando en éxtasis cuando me llevó a una ducha enorme, una cabina gigantesca que rivalizaba con el tamaño de las que podían encontrarse en la casa de mi padre. Mientras nos lavaba, teniendo cuidado de acariciar mi trasero enrojecido y brindándome tanto una ducha como un masaje, perdí la noción de observar todos los detalles de su baño.

Luego, cuando la ducha se convirtió en más juegos preliminares, me llevó a su cama king-size e hizo el amor conmigo allí. Me parecía

presuntuoso pensar eso: hacer el amor. Pero así fue. No tan duro y brusco, lo cual me gustaba, sino lento, suave y tierno. Si no estaba en una misión para mostrarme cuán variado podía ser como amante, lo estaba demostrando de todos modos. Rápido o lento. Duro o suave. No importaba cómo fuera cuando ponía sus manos y boca sobre mí, su polla dentro de mí, me mostraba cuán valorada podía sentirse una mujer.

Se despertó a mi lado, gimiendo de una manera sexy y somnolienta que me hizo sonreír. Estirándose mientras seguía pegado a mí, frotó su cuerpo duro, musculoso y caliente contra el mío.

—Hola —dije, odiando lo tonta que sonaba.

Él se divirtió, sonriendo lentamente y atrayéndome para un beso profundo. —Hola —susurró en respuesta—. No me digas que tienes una clase a la que necesitas asistir.

Me reí. —Es sábado —le recordé.

—Oh. Bien.

—¿Estoy interfiriendo con tus planes de fin de semana? —pregunté. No había contado con pasar la noche. Peter y el otro guardia estaban ocupados haciendo algo más para mi padre. Dudaba que alguien notara que salía de mi apartamento anoche a través de las cámaras. Porque no les importaba. Solo era una carga.

—No. Pero me estás ayudando a hacer algunos. —Con eso, me acercó más a él. Mientras me abrazaba por detrás, tomó mi muslo y lo echó hacia atrás sobre el suyo para poder acariciar con sus dedos mi hendidura.

—Eres insaciable —bromeé.

—Por ti, cariño. Las cosas que me haces querer hacer... —gruñó, besando el costado de mi cuello mientras jugaba conmigo.

—Dímelo. —Empujé mi trasero hacia él—. ¿Por favor?

—Me haces querer follarte hasta que no puedas mantenerte en pie. —Empujó sus dedos un poco más, penetrando ligeramente pero manteniendo su toque tan suave que era una provocación.

—Diría que vas por la mitad del camino. —Hablar de sexo me hizo preguntarme sobre dónde me había llevado anoche. Y ahora que estaba despierta, noté lo bien amueblado que estaba su dormitorio. Viktor había comentado que ser profesor no era su único trabajo. Pero en el momento en que lo dijo, no pude distinguir si se refería a su único trabajo actualmente o alguna vez. Claramente tenía dinero.

Mientras yacíamos allí, su dedo acariciando y sus labios presionando debajo de mi oreja, pensé en todas las cosas que no tenían mucho sentido.

—Estás pensando demasiado —dijo, hundiendo su dedo más profundamente en mí.

—Si continúas así, no lo haré.

Se quedó quieto, y gemí. —No, por favor. No pares.

Reanudó su toque, pero demasiado ligero y lento para hacerme acabar. —Quiero saber. ¿Qué tienes en mente?

Me reí suavemente. —¿Estás fingiendo que no soy solo un cuerpo para ti?

—No lo eres. —Me giró ligeramente hasta que lo enfrenté, con su dedo aún enganchado dentro de mí—. Quiero conocerte. Por dentro y por fuera. Eres más que solo un polvo fácil, cariño. —Después de colocar un tierno beso en mi frente mientras movía su dedo nuevamente, se acostó de nuevo y me abrazó otra vez por detrás—. Quiero saber lo que estás pensando.

—Estaba pensando que no todo encaja sobre ti.

—¿Como qué? —Siguió su pregunta besándome.

—Como llevarme a ese... —Fruncí el ceño, impaciente cuando no continuó con sus dedos deslizándose dentro y fuera—. ¿Dónde fue ese lugar?

—Un burdel —respondió simplemente.

Esa era mi mejor suposición. Había estado tan impactada por todo que no había preguntado.

—Entonces, ¿eres solo un profesor universitario promedio que frecuenta burdeles?

—Nunca los he visitado como cliente.

Eso tiene menos sentido.

—¿Y un profesor que tiene dinero? —Gemí mientras se inclinaba más para chupar mi pezón—. Este lugar es... elegante.

—Tengo dinero —confirmó.

—¿Pero no de ser profesor?

Negó con la cabeza. —Otras cosas.

No pude evitar sentir que había dos lados en este pedazo de hombre que podía hacerme sentir tan bien. Sin embargo, solo estaba conociendo una mitad. —¿Vik?

—¿Mmm? —Movió su pulgar a mi clítoris, y me arqueé hacia su toque.

—Una gran parte de por qué te deseo es porque eres tan diferente de los hombres que he conocido hasta ahora. Los hombres que he conocido a través del negocio de mi padre. Me gusta que seas un tipo tan "normal", un extraño que puede conocerme y formar opiniones independientes sobre mí. Y me deseas.

—Por supuesto que lo hago.

Aun así, no comentaba sobre lo que dije. No estaba completando los vacíos.

—No puedo imaginar por qué. Qué podría esperar hacer un profesor con una de sus estudiantes. Qué tipo de futuro estás buscando.

Todavía me provocaba, acariciándome, metiéndome los dedos y jugando sucio al aumentar su atención en mi clítoris. —Puedo ver un futuro contigo. En mi cama. Haciéndome ponerme duro. —Moviéndome lejos, se movió para poder sentarse. Sostuvo su larga y gruesa verga, acariciándose mientras me miraba—. Diciéndote cuánto me encanta cuando me la chupas.

Sonreí, ligeramente molesta porque me estaba distrayendo con sexo. Era demasiado tentador para resistir, sin embargo. No estaba segura de poder demostrar que sabía lo que estaba haciendo, pero esperaba compensar mi inexperiencia con entusiasmo.

Gateando, bajé mi boca a su polla. Primero lamí la punta, luego rodeé con mi lengua la ancha cabeza.

Mientras exploraba y lo chupaba, me animó a subir por la cama mientras él se reclinaba. Una vez que me empujó sobre él, para poder alinear su cara con mi coño, decidió hablar de nuevo.

—Nunca he considerado realmente mi futuro demasiado —admitió entre besos que colocaba por el interior de mis muslos mientras acariciaba con su dedo dentro de mí.

Nunca había hecho algo así, y lo travieso de la situación era embriagador.

—Pero siempre me he preguntado si y cuándo encontraría a una mujer que tendría sentido en mi vida.

Sonreí, ralentizando mis succiones en su gran polla. —¿Yo? —me aventuré a adivinar, besando a lo largo de su mojado miembro.

Tiró de mis caderas más bajo para poder acariciar mi entrada, besando y chupando fuerte. Mientras me empujaba hacia arriba de

nuevo y empujaba su polla hacia mi boca, respondió: —No.

Hice un puchero mientras lo chupaba de nuevo, molesta por su respuesta y el hecho de que había disminuido el ritmo conmigo.

—Nada sobre ti tiene sentido, Irina. No deberíamos estar juntos por muchas razones.

Me separé de él. —¿Por qué?

—Mantén esa boca ocupada —ordenó. Tan pronto como cumplí con su autoritarismo, me acercó más para poder lamer toda mi crema. Después de reemplazar su boca con su dedo, continuó—: Porque se supone que debes ser mi alumna mientras yo soy tu profesor.

¿Se supone? ¿Cómo no lo soy?

—Porque eres dieciséis años más joven que yo.

¿Cómo sabe mi edad?

—Y porque nuestros orígenes son... diferentes.

Podría decirlo otra vez. Nunca me relacionaría con él, atrapada como una princesa de la Mafia y esperando hacer lo que mi padre decidiera.

—A pesar de todo eso —dijo—, estoy empezando a convencerme de que puedo luchar para mantenerte.

Chupé más fuerte, de alguna manera excitándome mucho más con sus devotas palabras.

—Que tú y yo podríamos descubrir cómo estar juntos.

Murmuré mi aprobación.

—Ese es el futuro que quiero hacer mi realidad, cariño. Quiero tenerte. Solo para mí.

Conmovida por sus palabras y deseando que pudieran hacerse realidad, redoblé mis esfuerzos para complacerlo, como si pudiera

ser una muestra de gratitud por quererme tan intensamente después de conocerme durante tan poco tiempo, conociendo la versión de mí misma que le dejé conocer.

Dejó de hablar, ajustándome para que me montara sobre su cara. Lo chupé mientras él me comía. Poco después, bajo su estímulo, me froté contra su cara. Enlazó sus brazos para agarrar mi trasero y asegurarme sobre él. Cuanto más me acercaba a mi orgasmo que permanecía justo fuera de mi alcance, me preocupaba cómo respiraría alrededor de él. Sacar mi boca de él no iba a suceder. Estaba decidida a complacerlo, a mostrarle cuánto lo deseaba también. No era una experta, no como cualquiera de esas putas de aquel burdel. Era ingenua pero ansiosa por demostrar mi valía.

Luchando contra el placer de su boca debajo de mí, respiré por la nariz y murmuré con la satisfacción de que finalmente se corriera. Sacudiéndose hacia mí, se vació en mi boca. Chorro tras chorro de semen caliente y salado disparado en mi garganta.

Gruñó, clavando sus dedos en mi trasero mientras mordisqueaba y me chupaba, empujándome a correrme con él.

Apenas terminando de tragar hasta la última gota, me retorcí cuando mi liberación me golpeó. Me froté contra su cara mientras me apoyaba en mis brazos, bloqueando mis codos. Mientras las olas de placer me atravesaban, mareándome, me restregué contra él y busqué hasta el último trozo de fricción que pudiera darme.

No era fácil creerle cuando decía que esto no era solo sexo entre nosotros. Se sentía como si lo fuera. Sin embargo, mientras me llevaba a la ducha para limpiarnos de nuevo momentos después, me acurruqué en su abrazo y me di cuenta de lo dulce que sería confiar en su visión de un futuro juntos. En la cama y fuera de ella.

No era el futuro que sabía que podía tener. Un día pronto, algún día pronto, mataría a mi padre y tendría que huir con Maxim. Ese había sido el objetivo final durante tanto tiempo.

No había contado con conocer a un hombre que pudiera tentarme a querer algo más, algo diferente.

En la ducha de nuevo, sostenida dentro de su fuerte abrazo, luché contra la angustia de seguir sin poder tener lo que quería.

Lo quería a él.

Y quería libertad de mi padre.

Esos finales podrían ocurrir al mismo tiempo y superponerse, así que con el corazón pesado, juré disfrutar cada segundo con Viktor mientras pudiera.

23

VIKTOR

Quizás me la follé demasiado fuerte.

Irina se quedó callada después de introducirla al arte del sesenta y nueve.

Fue una agradable sorpresa cuando desperté y la encontré todavía allí. Con su historial, no habría estado equivocado al suponer que habría huido de nuevo. Sin embargo, se quedó toda la noche y la mañana siguiente. Y verla en mi espacio hizo que fuera tan fácil imaginarla seriamente quedándose en mi vida. Para siempre.

Estuve cerca de contarle la verdad. Sabía que sospechaba de mí y de lo que no sabía sobre mí. Era astuta, dándose cuenta de que yo no representaba el estilo de vida de un profesor común.

Pero no pude atreverme a decirle la verdad. No cuando estaba seguro de que iba en camino de enamorarme de ella.

Cuando describí lo diferentes que éramos, evitando cualquier detalle que pudiera captar y que le diera pistas de que yo sabía todo sobre quién era ella, escuché el deje de tristeza en su voz cuando me respondió.

Que se sentía tan atraída hacia mí porque me percibía como alguien fuera de su mundo. Me veía como el profesor Viktor Remi, un hombre "normal". Y el marcado contraste con los hombres de la Mafia a los que estaba acostumbrada era una ventaja, no un inconveniente.

Sin embargo, yo era tan mafioso como se podía ser. Era Vik Baranov, soldado y líder entre bastidores que supervisaba burdeles.

Si supiera que yo no era quien ella pensaba, si descubriera cuán similar—pero a la vez distinto—era a la vida que conocía, un hombre de la Mafia de una Familia rival, la perdería. Rompería esa conexión que a ella le gustaba, esa idea de que un supuesto hombre normal podría querer a alguien como ella. Era un complejo de identidades ocultas y alteradas, y me preocupaba que arruinara lo que estábamos construyendo.

Porque después de dejarla, supe que lucharía por nosotros. Debía haber una manera de traerla a mi lado. Tenía que averiguar cómo arrancarla de la influencia de Igor Petrov y convertirla firmemente en una Baranov. Conmigo.

La había distraído con sexo toda la noche y la mañana. Eso me impidió preguntarle qué tramaba su padre. Si quería prolongar el secreto de quién era yo un poco más, no podía preguntarle sobre Igor.

Podría parecer que estaba siendo estúpido, un tonto por una mujer, pero tenía suficiente sentido para detectar indicios de que ella podría no ser leal a Igor. La forma en que había ayudado secretamente a Eva y Lev a escapar significaba algo. Significaba mucho. Esa acción fue peligrosa y altruista, poniéndose en riesgo de provocar la ira de su familia solo para ayudar a un rival.

No puede ser leal a él.

Sin embargo, me negaba a creerlo completamente porque temía que ya estaba demasiado prejuiciado queriendo que ella fuera leal solo a

mí.

Hablar con Eva y Lev ayudaría. Incluso con Rurik. Podrían ayudar a esclarecer lo que podría estar sucediendo. Solo podía esperar que no tomara demasiado tiempo. Si los Ilyin pensaban que Irina les sería prometida, una bomba de tiempo trabajaba ahora en mi contra.

El domingo, concentré todos mis esfuerzos en buscar respuestas sobre los planes de Igor sin involucrar a Irina. Ella no podía ser la única fuente de información.

Seguí a uno de los fornidos guardias, Peter. Me quedé cerca de algunos Ilyin en un bar fuera del campus. Escuché a un par de soldados Petrov que parecían estar esperando a un hombre de traje para reunirse con ellos cerca de la oficina del decano.

Cuando cayó la noche, no había aprendido absolutamente nada. Frustrado y preocupado de estar enfrentándome a un desafío imposible, dormí inquieto y desperté molesto con el mundo. Después de empezar mi mañana con Irina a mi lado, desnuda y cálida e invitante, no quería comenzar mis días de ninguna otra manera.

Tomé café y caminé a través del clima sin nieve pero gélido hacia el auditorio. Al menos podría verla allí y no tener que conformarme con mensajes sexuales como había hecho ayer.

Llegué a las puertas dobles del edificio, frunciendo el ceño cuando Rurik se apartó de la pared donde había estado esperando. Se acercó a mí rápidamente, con el ceño fruncido y los ojos serios.

—¿Qué pasa? —pregunté. No tenía sentido preguntar *si* algo iba mal.

—Todo el mundo lo sabe —se puso a caminar conmigo, entrando al edificio.

El calor me golpeó la cara desde la calefacción del techo, casi quemándome los ojos—. ¿Todo el mundo sabe qué?

—Lo tuyo con Irina —miró a su alrededor, siempre cauteloso de que alguien pudiera estar escuchando. Después de quitarse el gorro, se echó el pelo hacia atrás para mirarme—. Que la has reclamado.

—¿Todo el mundo, como la gente aquí en la universidad? ¿O...?

—Todo el mundo en *nuestro* mundo, Vik. ¿En qué coño estabas pensando?

Me detuve, mirándolo fijamente—. No finjas que no sabías que iba a seducirla para conseguir que se abriera conmigo y hablara.

Lo que... en realidad todavía no he hecho.

—Sí. Seducirla. Como provocarla y quizás hacerla llegar al orgasmo. Una noche o algo así. No llevarla a tu casa. A tu *verdadera* casa.

Fruncí el ceño, perdiéndome demasiados puntos para conectar. Había estado contemplando hablar con él sobre cómo estaba desarrollando sentimientos serios por ella, pero no había dicho ni una palabra. ¿Cómo podía saber que no la había seducido sino que me había enamorado de ella?

—¿Cómo sabes...? —sacudí la cabeza, necesitando retroceder—. ¿*Qué* es lo que sabes?

—Todos están hablando de cómo reclamaste a la única hija de Igor. Todos en todas las Familias de por aquí saben que robaste a la novia que Petrov les dijo a los Ilyin que podrían tener.

—No sabemos que Igor la haya prometido a nadie. Oleg me dijo que pensaba que era una broma o solo un rumor.

Se encogió de hombros—. Los Ilyin parecen pensar que era un acuerdo legítimo. Están furiosos. Me acabo de enterar esta mañana, escuchando algunas líneas que intervine, y quería informarte lo antes posible.

Resoplé con desdén—. ¿Qué? ¿Crees que los Ilyin van a venir por mí ahora?

—No veo por qué no lo harían.

Entrecerré los ojos, escrutando el pasillo. Las puertas del auditorio estaban justo ahí. Debía comenzar la clase en un minuto. Vería a Irina allí. Pero Rurik parecía pensar que tenía que preocuparme por mi vida, no por que mi tapadera pudiera ser descubierta.

Me sentía fatal. Si lo que Rurik decía era cierto, la noticia podría llegar a Irina. Y acababa de tener este fin de semana para ser sincero y realmente hablar con ella, para exponerme con el fin de preguntarle qué tramaba Igor. Pero no lo había hecho. Me sentí culpable por no haber sido franco y arriesgarme con lo que ella sentía por mí, que pudiera sentir genuinamente por mí con la misma profundidad que yo por ella.

Confundido, traté de entender cómo había llegado a este punto—. ¿Cómo se supo que estaba con ella? —No habíamos hecho nada en público. Jessica nos había interrumpido en mi oficina, pero ella no estaba afiliada con nadie de la Mafia para difundir la noticia.

—Alguien te vio en el burdel. Con ella.

—Mierda —pasé mi mano por mi cara, más enfadado conmigo mismo que con cualquier otra cosa. La había llevado por la puerta trasera para recoger ese paquete que tenía que entregar, lo que hice. Pero cuando vi lo excitada que se veía al observar los monitores, no presté atención a salir por donde habíamos entrado. La había llevado de la mano mientras caminábamos por el vestíbulo del burdel. Y cualquiera en la ciudad podría haber estado allí esperando para entrar en una habitación. Incluso un soldado de una familia rival.

—¡Mierda! —repetí antes de apretar los dientes con fuerza.

—Sí, mierda es la palabra correcta —estuvo de acuerdo, muy preocupado mientras me veía casi explotar de rabia—. El único lado positivo es que nadie parece saber que tú eres, bueno, tú.

Lo miré expectante, esperando que elaborara.

—Nadie parece darse cuenta de que eres un Baranov. Solo un hombre de aquí.

Asintiendo, traté de calmarme con esa noticia. Eso era bueno. Eso ayudaba. Porque si Igor o los Ilyin supieran que un miembro de una familia rival había interferido con un posible compromiso arreglado, estaría bien y verdaderamente jodido. Oleg se enteraría. Y definitivamente tendría un blanco en mi espalda.

—¿Crees que...? —hice una mueca, incapaz de terminar mi pregunta.

—¿Qué? —preguntó Rurik mientras los últimos estudiantes en el pasillo se metían en el aula para la clase que se suponía que yo debía comenzar en segundos.

—¿Igor lo sabe?

Asintió—. Supongo. Los chismes se propagan así de rápido, tío.

El cabrón podría lastimarla por esto. Podría tomar represalias contra *ella*.

—Me encargaré de esto.

El único plan que se formó en mi mente fue llegar a ella y protegerla de cualquier repercusión por habernos juntado como lo hicimos.

—Déjame ayudar —insistió—. Estoy aquí para ayudar.

Asentí, moviéndome a un lado para apresurarme a entrar en la gran sala donde ella debería estar esperando a que comenzara la clase—. Me pondré en contacto contigo. Tengo que llegar a ella primero.

Dejando a Rurik en el pasillo, entré a grandes zancadas en el cavernoso auditorio. Mis zapatos de vestir resonaron en el suelo con mi paso rápido, y el sonido hizo eco. Nadie hablaba. Los había entrenado tan bien para que se callaran la puta boca para poder hacer lo mío.

En cuanto llegué al podio, escaneé el mar de caras que me miraban. Recorriendo metódicamente con la mirada fila tras fila de estudiantes que esperaban a que comenzara esta conferencia, luché contra el pánico que crecía dentro de mí.

No está aquí.

La cara de Irina no estaba entre la multitud.

No había venido a clase.

Cuando faltó antes o llegó tarde, sentí curiosidad y preocupación. Hoy, después de lo que dijo Rurik, estaba verdaderamente alarmado.

Incluso asustado.

Sin ningún preámbulo, aclaré mi garganta y anuncié—: La clase se cancela —No esperé una reacción. No me quedé para ofrecer una explicación o razón. Antes de que la multitud de estudiantes pudiera retrasarme en salir de aquí, giré sobre mis talones y me fui.

Tengo que encontrarla. Ahora.

Solo podía esperar no haber llegado demasiado tarde.

24

IRINA

La última vez que dormí más de seis horas fue cuando tuve gripe hace un par de años.

Mi cuerpo había estado tan agotado que no me levanté de la cama durante tres días.

El domingo después de pasar la noche en el ático de Viktor, dormí. Y dormí. Y dormí aún más. No estaba enferma. Pero había estado exhausta después de cómo me mantuvo despierta y se aseguró de que no pasara mucho tiempo sin llenarme y llevarme al clímax. Una y otra vez. Era una gloriosa razón para necesitar recuperar el sueño, y deseaba con todas mis fuerzas que su idea de un futuro perfecto pudiera hacerse realidad.

Una vida con Viktor sería el paraíso, pero no estaba destinado a ser.

Él no podría enfrentarse a mi padre. Un sexy profesor no sería rival para un jefe criminal empeñado en ser el líder principal de la zona.

Además, si quisiera ser egoísta y comenzar una vida con Viktor, tendría que renunciar a Maxim. No podría protegerlo si ya no servía a Igor.

Me desperté temprano el lunes, preguntándome cómo actuaría Viktor conmigo en su clase después de haberme tenido en su cama. La razón por la que me levanté más temprano de lo habitual no fue porque sonaran mis alarmas, sino porque Peter y otro guardia llamaron y entraron a mi apartamento.

Nunca entraban así. Mi curiosidad estaba, por decir lo menos, completamente despierta. Me vestí rápidamente y salí de mi habitación.

—¿Qué está pasando?

Ambos me miraron como si yo fuera la peor excusa de trabajo en el universo.

—El Jefe quiere verte.

Jefe. Nunca Padre. Puse los ojos en blanco.

—¿Y ahora qué?

—Pierde esa actitud —gruñó Peter.

El brillo con el que me desperté se desvaneció. Me pregunté de qué estaría enfadado Su Majestad ahora, pero no intenté entablar conversación durante el trayecto.

Llegamos, y salí rápidamente del asiento trasero, preguntándome si esto llevaría mucho tiempo o si llegaría a tiempo a la clase de Viktor.

Mi padre caminaba de un lado a otro en el estudio, furioso e impaciente. Las venas sobresalían cerca de su sien, y con un destello de oscuridad, me pregunté con alegría si tendría un derrame ahora mismo. No podía tener muy buena presión arterial con su dieta y falta de ejercicio.

—¿Qué ocurre? —pregunté, cuidando de no poner ningún tono descarado o actitud en mi "saludo". Aunque sería agradable ir al grano.

—No me hables así, joder —rugió—. ¿Toda la mierda que hago por ti, y así es como me lo pagas? —Levantó el brazo para darme una bofetada, pero levanté mis brazos para esquivarlo. Puede que él sea gordo, viejo y más alto, pero yo era mucho más atlética y rápida.

—¿Cuál es tu problema? —pregunté, ya harta de él después de estar en su presencia durante diez segundos.

—Mi problema es que crees que ir a la universidad significa que puedes andar por ahí siendo una maldita zorra —Se alejó caminando y luego volvió, más furioso—. Mi problema es que crees que estar fuera de esta casa durante dos minutos te da derecho a actuar como una puta de mierda.

Me tensé, preparándome para un golpe. Sus palabras fueron un ataque directo. No sabía cómo podía siquiera pensar que yo estaba actuando como una zorra o una puta. No era así. Pero dado que recientemente había perdido mi virginidad con Viktor y pasado la noche en su casa, no era descabellado suponer que él lo sabía de alguna manera. Estaba al tanto de lo que había estado haciendo. Hasta cierto punto. De alguna forma, alguien debía haber hablado.

¿Alguien nos vio en la biblioteca?

¿Había alguien de la familia espiándome en el campus?

¿Podría alguien haberme visto entrando al ático de Vik?

Las preguntas corrían en una avalancha por mi mente, abrumándome hasta el punto de sentirme repentinamente mareada.

No podía entender cómo mi padre podía saber algo sobre lo que había estado haciendo. Mis guardias nunca estaban cerca. Y conociendo dónde estaban ubicadas las cámaras en mi edificio de apartamentos, me aseguré de salir y entrar sin que él estuviera en el rango de la lente de la cámara.

—No lo soy —dije por fin, negando con la cabeza.

—Maldita mentirosa de mierda —apretó la mandíbula, rechinando los dientes mientras se alejaba de nuevo, como si la visión de mí fuera demasiado terrible para soportar—. ¿Crees que puedes simplemente pasearte por ahí y follarte a todo el campus?

Negué con la cabeza. Dios mío, eso estaba tan lejos de la verdad que daba risa. Tenía que obligarme a socializar. Mis chicos me molestaban y tenía que practicar para no mostrar siempre mi cara de pocos amigos.

—Tenías que acostarte con cualquiera.

—No. No lo hice.

—¡Sé que lo hiciste! Sé que te has estado follando a algún imbécil que conociste allí.

Estuve tentada de contraatacar, de ponerlo en apuros y preguntarle cómo lo sabía o cómo creía saber algo sobre lo que había estado haciendo. Sin embargo, pedirle que aclarara lo que sabía o había oído solo se interpretaría como una confirmación de que tenía razón.

—No podía creerlo cuando me enteré. Seguía pensando, no, eso no puede ser verdad. No crié a una idiota. Pensé, no, no puedes ser tan jodidamente estúpida.

No lo sabe. Tensa y esperando a que mencionara a Viktor, o que me había acostado con uno de mis profesores, intenté aceptar que no lo sabía. Estaba enfadado, pero no parecía importarle con quién, precisamente, me había acostado. Solo que lo había hecho.

—No sé de qué estás hablando —dije con toda la calma pero firmeza que pude. Fingir inocencia e ignorancia se sentía como un intento arriesgado de escapar de su ira. Estaba claro que tenía que bajar la intensidad de este momento. Tenía que desescalar esta situación. Si él simplemente pensaba que estaba arruinándolo todo o haciendo algo mal, podría descargar su ira en Maxim.

—No lo sabes —gruñó, riendo como un maníaco como si hubiera dicho un completo disparate—. ¿Escuchan eso? —Agitó su mano hacia Peter y el otro guardia que habían entrado en la habitación—. Ella afirma que no sabe de qué estoy hablando. Qué maldita broma.

—No lo sé —insistí—. Has oído mal. —Eso era una mentira. Me había acostado con alguien, solo uno, y me sentía tan estúpida por querer que fuera el único hombre que tendría en mi vida. Pero me llevaría ese secreto a la tumba.

—Te pido que hagas una cosa. Esperaba que estuvieras allí, no para ir de fiesta y acostarte con cualquiera, sino para averiguar quién está tratando de apoderarse de esa zona y reclamarla —continuó despotricando, repitiendo lo mismo, demasiado atascado en su cabeza y ni siquiera abierto a escuchar algo más que el sonido de su propia voz—. Pensé que tenía un hijo con quien contar. Un maldito hijo en quien confiar. ¿Es tan difícil esperar tener un descendiente que valga la pena? ¿Eh? —Extendió los brazos—. ¡Ahora no me sirves para nada! ¿Te das cuenta? Eres mercancía dañada.

Crucé los brazos, negándome a dejar que me viera acobardada por miedo o vergüenza. Acostarme con Viktor no me hacía inútil.

—¡Se supone que debes seguir siendo virgen, estúpida zorra!

Entrecerré los ojos.

—¿Y a ti qué te importa? —Se estaba obsesionando con un asunto irrelevante. *Yo* sabía que no me casarían. Porque lo mataría antes de que eso sucediera—. De todas formas, nunca tuviste la intención de casarme con la familia Ilyin. Solo los estabas complaciendo y dejando que pensaran que lo haría. ¿Así que qué importa ahora?

Hervía de rabia, mirándome con desprecio.

—La opción de esa ilusión se ha esfumado ahora —gruñó—. Nadie más estaría interesado en ti como novia porque ahora estás dañada. Tiraste tu virginidad por algún imbécil de la universidad.

Negué con la cabeza, debatiendo cuán rápido un guardia me dispararía si lo atacaba ahora. Dejando que mi rabia me alimentara, imaginé envolviendo mis manos alrededor de su cuello por pensar que yo no era un ser humano o una persona o una hija, sino una *cosa* para usar como ficha de negocios. Podía sentir el apretón imaginario de mis dedos hundiéndose en su cuello regordete, ahogándolo hasta quitarle la vida. Ver el pánico llenar sus ojos sería una victoria que atesoraría para siempre.

Podría hacerlo.

Lo haría. Lo mataría algún día pronto. Tan pronto como pudiera asegurar algo de dinero para escapar y planificar la cronología de huir tan lejos como pudiera con Maxim, lo haría realidad.

Pero tenía tan poco dinero guardado, con él siempre vigilando y controlando cada centavo que gastaba. No tenía una ruta de escape aún, ningún medio para alejarme físicamente y no por mucho tiempo. Tenía que revisar constantemente mi apartamento en busca de micrófonos y rastreadores que los guardias colocaban, desactivándolos cada vez que los encontraba.

Hoy no sería el día. Hoy no podía ser el día. No estaba preparada todavía, y me maldije por dedicar tanto tiempo y atención a Viktor y a los grandiosos sentimientos de seguridad y afecto que no me salvarían a largo plazo. Debía centrarme en salir de aquí, en asegurarme de que Maxim pudiera escapar conmigo y no sufrir.

Salí furiosa de allí, dándole la espalda y sin aminorar el paso hasta llegar al coche. El conductor estaba fuera, pero mis guardias no.

—Quiero irme —solté. Esa era la pura verdad, toda la verdad. Quería salir de aquí para siempre. El ritmo acelerado de mi corazón no se calmaba, y traté de ignorar la sensación de hormigueo de estar tan ansiosa. Tan atrapada.

No era nada como cuando Viktor me acechaba en la biblioteca. O en su dormitorio. Y yo quería eso. Lo necesitaba, por ninguna otra

razón que para detener esta sensación de pánico de estar sin tierra firme y perdida.

Peter y el otro guardia salieron corriendo, mirándome con furia por no esperar hasta que me despidieran.

El conductor les echó un vistazo, luego suspiró y arrojó su cigarrillo al suelo. Parecía que esperarme para un viaje era cuando siempre tomaba sus descansos para fumar. Últimamente, mi paciencia y disposición para estar cerca de mi padre se acortaban cada vez más.

—Sí. Vámonos —Peter me lanzó una mirada sucia mientras subía al asiento trasero.

Con mis guardias malhumorados y corpulentos en el frente y a mi lado, me llevaron de vuelta a la escuela. Pero eso no era suficiente. La distancia de mi padre ayudaba. Él podía estar enojado, despotricar y caminar de un lado a otro todo lo que quisiera. No tenía que quedarme allí y soportar su abuso verbal. Sin embargo, la vista de mi edificio de apartamentos no me reconfortaba. Se sentía como otra trampa, otra jaula.

—Voy a la biblioteca —dije, sin importarme lo que pensaran los guardias sobre eso. No me siguieron, dejándome a mi aire.

En el camino, furiosa y un poco asustada por lo que me pasaría ahora, traté de entender cómo alguien podría haberle dicho a mi padre que me había acostado con alguien.

La única persona que me vino a la mente fue esa pelirroja celosa de la oficina administrativa. La sobrina del decano, Jessica Nolan.

¿Pero cómo podría ella hacer llegar la palabra a mi padre?

De todos modos, poco importaba ya. El daño estaba hecho. Alguien había hablado en alguna parte, y la palabra se había difundido.

Mis fugaces esperanzas de un futuro con Viktor ahora se sentían más lejos de la realidad. Mientras tomaba asiento en el piso superior,

donde él y yo lo habíamos hecho, luché contra las lágrimas de rabia e intenté idear una nueva forma de salir de este dilema.

25

VIKTOR

Me dije a mí mismo que debía mantenerme alejado del edificio de apartamentos de Irina porque sería la manera más fácil de que alguien me notara allí. Ella estaría bajo algún tipo de vigilancia, y yo no necesitaba que mi cara apareciera en ninguna grabación de los Petrov.

Ahora, eso tenía que cambiar.

Ahora, debía tomar todas las medidas posibles para asegurarme de que ella estuviera bien.

Estacioné en su edificio, preocupado de que Igor Petrov pudiera castigarla por perder su virginidad. No sabía nada sobre el hombre, solo lo que cualquier otro hermano de la Mafia sabría. De lo que estaba completamente consciente era del hecho de que ella nunca lo mencionaba. Nunca hablaba de un padre o familia en absoluto, solo que eran "influyentes".

Si ella le tuviera afecto, aunque fuera solo un poco, ¿no se notaría en su actitud y personalidad?

Consciente del hielo en la acera, troté hacia la entrada de su edificio. Sin embargo, antes de llegar a esas puertas, escuché el crujido de la nieve a un lado. Disminuí la velocidad, listo para atacar o

esconderme dependiendo de quién se acercara. Así de tenso estaba. Así de completamente mi mente se había bloqueado para prepararse para confrontaciones desagradables.

Le dije a Irina que quería luchar para que lo nuestro funcionara, y este bien podría ser el momento en que lo demostraría.

Pegado a la pared de la esquina, me mantuve fuera de vista mientras dos guardias de Petrov pasaban. —Es una pesadilla —se quejó el hombre más bajo.

—Eh, pronto, no será *nuestra* pesadilla —dijo el otro.

Entrecerré los ojos, furioso de que hablaran de ella de esa manera.

—¿Cómo es eso? —preguntó el primero.

—El Jefe va a hacer de ella un ejemplo —respondió el segundo, riéndose.

No. No, no lo hará. Me negaba a aceptarlo.

Como se alejaban del edificio, sin prisa y solo caminando, dudaba que hubieran dejado a Irina en el apartamento arriba.

¿Pero dónde más podría estar?

Si esos guardias parecían molestos por ella, tenía que estar sintiendo la presión. Rurik dijo que "todos" sabían que yo había reclamado a Irina, que me habían visto con ella. Eso significaba que sus guardias también lo sabrían. Con personas acosándola o dificultándole las cosas, ella se sentiría amenazada y alterada.

Querría sentirse segura.

Retrocedí y entonces corrí hacia mi coche. Sabía exactamente dónde estaría.

La biblioteca.

Ella dijo que había ido allí tarde aquella noche porque quería sentirse segura. Tenía que esperar que eso siguiera siendo cierto hoy.

Después de conducir hasta el estacionamiento más cercano a la enorme biblioteca, salí y me apresuré a entrar. Al igual que la última vez que la busqué aquí, revisé cada piso. No debería haberme sorprendido encontrarla en ese piso superior de nuevo. Era un oasis silencioso de paredes de cristal y miles de libros en estanterías dispuestas como una especie de laberinto.

A diferencia de la última vez que la busqué aquí, no disminuí la velocidad ni aprecié la lenta acumulación de tensión al acecharla por el pasillo. Casi corrí, apuntando directamente hacia ella sentada en una silla cerca de las ventanas.

Nubes grises colgaban gordas y bajas afuera, casi como si el cielo estuviera presionando sobre el techo y las paredes, listo para romperlo todo bajo la presión.

Con los pies debajo de ella, se inclinaba sobre el reposabrazos y abrazaba sus rodillas, mirando a la desolada nada a través de la ventana.

—Irina.

Ella saltó un poco, girando la cabeza al oír mi voz. Su expresión estaba tensa, con el ceño fruncido, pero tan pronto como se dio cuenta de que estaba allí, se desmoronó. Casi pareciendo cerca de las lágrimas, se levantó y corrió hacia mí.

La atrapé fácilmente, envolviendo mis brazos a su alrededor.

Ella lo sabe. Si estaba actuando así, definitivamente sabía que nuestro secreto ya no era tan secreto.

—La gente está chismeando que nosotros... —Enterró su rostro contra mi pecho mientras la abrazaba.

—Sí —confirmé con un largo y áspero suspiro—. La gente ha estado hablando de nosotros.

Ella sorbió por la nariz, aferrándose a mí con más fuerza. —Yo... Esto no es...

—Shhh. —Le acaricié el cabello y dejé que se aferrara a mí, deseando poder llevarla conmigo y envolverla en mi seguridad. Podía mantenerla a salvo. La mantendría a salvo. Pero no podía empezar a hacer eso aquí.

—Vamos. —Levanté su barbilla para que me mirara—. Déjame sacarte de aquí. Hablaremos.

Asintiendo nerviosamente como un muñeco de cabeza oscilante, caminó conmigo. Coloqué mi brazo alrededor de sus hombros, atrayéndola contra mi costado. Con una postura protectora como esta, quería estar listo para alejar a cualquiera que intentara molestarnos. Salir hacia mi coche con ella era una clara señal de que estaba con ella, pero no tenía sentido tratar de ocultar nuestra relación más. El gato estaba fuera de la bolsa. Había llegado el momento de hablar realmente con ella y dejar que compartiera algunas respuestas conmigo. Habíamos creado un lío al enamorarnos, pero ya estaba hecho.

No podemos estar terminados. No permitiría que ese pensamiento permaneciera en mi cabeza. Su fácil aceptación de mi guía hacia mi coche me daba esperanza. No estaba desahogándose conmigo furiosa, ni agachaba la cabeza llorando mientras huía como una cobarde derrotada.

No, estaba aquí conmigo. Se sentó en el asiento del pasajero, silenciosa y seria. Sostuve su mano mientras conducía. Aunque parecía demasiado alterada para hablar ahora, eso cambiaría tan pronto como llegáramos a mi casa.

Ensayar cómo comenzaría esta conversación llenó el viaje para mí. Sabía que necesitaría estar a cargo de esta discusión, así que fue con un giro de gratitud que no hablamos en el camino a casa.

Una vez que la tuve dentro, sin embargo, la llevé a sentarse en el sofá donde le había dado nalgadas a su sexy trasero y había llenado su coño con mi semen. Parecía como si eso hubiera sucedido hace tanto tiempo, demasiado tiempo, pero en realidad era muy reciente.

—¿Irina? —Me senté en el borde de la mesa de café, frente a ella. Apoyando los codos en mis rodillas e inclinándome hacia adelante para juntar mis manos, miré su hermoso rostro. Si tan solo pudiera borrar la ansiedad evidente allí. En cambio, estaba aquí para dejarle caer una bomba enorme, una que nunca podría haber esperado.

—Yo...

Ella negó con la cabeza y levantó el brazo. Presionando las yemas de sus dedos contra mi boca, me dio la señal para callarme y dejarla hablar primero. Eso no era ideal. No era como imaginaba que iría esto, pero podía ser paciente. Ella se veía demasiado alterada para intentar discutir con ella. Así de profundamente me preocupaba por ella y quería mantenerla tan segura y feliz como fuera posible.

—Alguien... —Se detuvo, negando con la cabeza—. No, no alguien. La única persona a la que puedo culpar es a Jessica. Es la única persona que podría habernos visto juntos.

No, no es cierto. Mucha gente nos vio caminando juntos por ese burdel. Ese fue el punto cero desde donde se esparció la noticia.

—Si Jessica no fue quien habló y chismorreó sobre nosotros, entonces fue alguien más. —Levantó los hombros y los dejó caer de nuevo, sin energía incluso en ese movimiento—. Lo único que importa es que personas en mi círculo estaban hablando, y la noticia llegó a mi padre. —No parpadeó ni trató de esconderse mientras me miraba—. Mi padre está molesto por la noticia de que me enrollé contigo, y esa es... una situación muy delicada para sobrevivir.

Asentí, queriendo hacerle saber que no necesitaba que me lo explicara todo. Pero ella estaba en racha, sin detenerse mientras hablaba atropelladamente sin hacer pausa para respirar.

—Esto no es un típico choque entre padre e hija. No es que simplemente lo haya decepcionado. Lo he enfurecido, Vik. Está lívido por la noticia que se está difundiendo sobre mí. La noticia de que ya no soy una novia virgen comercializable o deseable que cualquier hombre querría.

Me incliné hacia adelante para poner mis manos en sus muslos. —Lo eres. *Yo* te quiero. —*Más de lo que debería.*

Ella puso sus manos sobre las mías y bajó la mirada. —Cuando digo que mi padre está enojado conmigo, no es un simple rencor. Te dije que es influyente, pero no expliqué más. Mi padre es el jefe de una familia de la Mafia, Vik. Así que cuando está molesto, puede y castigará con castigos rápidos y seguros.

—Respira profundo, cariño —le insté mientras la veía respirar demasiado rápido, como si estuviera al borde de un ataque de pánico.

Ella gruñó ligeramente. —Respirar profundo no cambiará que esté tan enfadado, Vik. Nada puede evitar que esté furioso de que me haya enrollado con un civil, un hombre normal como tú, cuando él estaba tan seguro de que yo seguiría siendo virgen. Toda mi vida, me criaron con la expectativa de que no tendría sexo hasta que mi padre escogiera un marido para mí. Para permanecer pura y deseada, no usada como mercancía dañada.

Rechinando los dientes, traté de disipar ese pensamiento. —*No eres* mercancía dañada.

—Según él, lo soy. Ya no soy valiosa desde que te di *a ti* mi virginidad. Desde que te elegí a ti, un hombre que él nunca conocería o podría juzgar.

La observé, reflexionando sobre lo que acababa de revelar.

Él no lo sabe.

—¿Tu padre sabe que te acostaste conmigo? ¿Específicamente?

Ella inclinó ligeramente la cabeza mientras la sacudía. —No. No creo. Creo que solo está enojado porque quise hacer algo por mí misma, por mi propia elección, por una vez. Que ya no soy una virgen que puede casar con un hombre que no sea de mi elección.

Igor no sabe quién soy. Solté un profundo suspiro de alivio de que *este* secreto estuviera intacto.

—Él es...

Agarré sus manos, sosteniéndolas con seguridad mientras frotaba mis pulgares sobre sus nudillos. —Shhh. Déjame explicar, por favor.

Ella frunció el ceño. —No tienes nada que explicar o aclarar para mí.

—Sí lo tengo.

Allá vamos.

—Mi nombre no es Viktor Remi. Solo estoy fingiendo ser profesor en esa universidad. Es una tapadera que mi jefe me pidió que tomara para poder acercarme a ti, Irina. Para poder hacerme tu amigo y ganarme tu confianza, asumiendo que podrías abrirte conmigo y compartir secretos sobre lo que Igor Petrov está tramando.

Una comprensión cautelosa se mostró en su rostro. —Entonces quién...?

No solté sus manos mientras tomaba aire y decía: —Soy Viktor Baranov, Irina.

Ella se puso de pie de un salto, moviéndose como si necesitara responder con mentalidad de superviviente. —¿*Baranov*? —exclamó.

Asentí, poniéndome de pie también, preparado para dirigir cómo debería ir esta discusión.

La conmoción combatía con la ira en su expresivo rostro. Esa sonrisa arrogante, distante y estirada había desaparecido. Ahora, con sus labios apretados en una línea firme y sus manos hechas puños a sus

costados, estaba completamente dispuesta a desatar su ira cruda sobre mí.

Levanté mis manos, para atraparla en caso de que tropezara con algo y cayera al suelo. Retrocediendo lentamente, como si yo fuera un animal salvaje con espuma en la boca, ella negó con la cabeza y tanteó los muebles para hacer una rápida retirada. —¡Un Baranov! —me acusó, dándome una mirada adicional llena de desprecio.

Chocando contra el extremo del sofá, usó esa acción sacudida para dar un paso hacia un lado. Luego más hacia el lado.

Hasta que corrió hacia la puerta principal. Furiosa y atónita, Irina huyó.

No esperaba que esto saliera bien, pero no había imaginado que quisiera huir de mí.

—¡Espera! —grité mientras me lanzaba tras ella.

No podía irse. No la dejaría escapar, no con el conocimiento de que yo era su enemigo. Y no con mi corazón partiéndose en dos al tener que aceptar que podría odiarme por lo profundamente que la había engañado.

26

IRINA

Un Baranov! Viktor era miembro de la familia que mi padre consideraba su mayor rival.

Viktor *Baranov*. No Remi.

El hombre con quien desesperadamente deseaba un futuro no era un hombre normal. No era un profesor sexy que me azotaba y me hacía sentir tan vista y valiosa.

Era un mafioso, alguien adoctrinado en una organización criminal, igual que yo. Todo este tiempo, había estado maravillándome de lo diferente y bueno que era tener la atención de alguien fuera de mi esfera de drama y peligro.

Viktor debía representar el otro lado del mundo, el lado ordinario donde los hombres simplemente deseaban a las mujeres y las apreciaban. No mi lado, donde imbéciles como mi padre intercambiaban a sus hijas por el precio o recompensa más alta y jugaban una guerra mental sobre el estado de su virginidad.

Gruñí, corriendo tan fuerte como pude mientras la bestia viva de la furia trepaba por mi interior. No podía recordar otro momento en mi vida en que hubiera estado tan enfurecida, tan furiosa y enojada. Parecía que cada célula de mi cuerpo estaba temblando y

sacudiéndose, vibrando con una campaña para que explotara. Para gritar.

¡Viktor era un Baranov!

Acelerando alrededor de las esquinas de los pasillos, luché por comprender cómo pude haber sido tan estúpida. Había estado tan ciega y tonta, enamorándome de él y rindiéndome a este deseo salvaje por él que no podía negar.

Era el enemigo, y ni siquiera lo sabía. No esperaba esto en absoluto, y mientras huía de él, huía de la verdad que me había revelado, odiaba lo duro que me golpeaba esta conmoción. Me había tomado por sorpresa con su confesión, atacándome cuando había estado tan abierta y vulnerable con él. Quería seguridad y confort de él, pero había arruinado esa imagen al decirme que era mi maldito enemigo.

—¡Irina! —Me perseguía, corriendo sin pausa. Persiguiéndome locamente, él esprintó para alcanzarme y evitar que escapara.

Por supuesto que lo haría.

Me había estado cazando todo el tiempo.

Esta vez, no me capturaría para hacerme sentir bien.

Después de revelar quién era, ahora me agarraría para que no pudiera contarle a nadie más su secreto.

—¡Irina, espera!

Sus pasos sonaban tan fuerte detrás de mí, pero me esforcé y corrí tan rápido como pude. La necesidad de sobrevivir, la necesidad de huir, me empujó a pisar más fuerte y bombear mis brazos para fortalecer mi zancada.

Piso tras piso, bajé por la escalera. Los golpes de nuestras botas y zapatos en el pavimento resonaban en la cámara de concreto. Pero en mi cabeza, mi pulso rugía ensordecedoramente más alto, ahogando el sonido de él gritándome.

Antes de que pudiera pensar en empujar otra puerta para salir de la escalera y correr por otro piso, me atrapó. Gruñendo con fuerza, saltó y despejó varios escalones para capturarme.

Sus brazos me sujetaron tan fuertemente que no había posibilidad de liberarme. Pataleando y agitándome, traté de zafarme de su agarre, pero mis esfuerzos no funcionaron. No esta vez. Los duros bultos de sus bíceps empujaban contra mis brazos. Esa fuerza delgada en sus antebrazos se flexionó mientras me abrazaba más fuerte.

Me había entrenado en defensa personal. No estaba completamente indefensa. Sin embargo, en su fuerte abrazo, no tenía esperanza de liberarme.

Respirando agitadamente, gruñó y luchó por mantenerme cerca. Aun así, me resistí. Retorciéndome y sacudiéndome, di todo de mí. Cada última reserva de energía que tenía se gastó en una cuestión de supervivencia.

—¡Suéltame! —grité.

No había nadie más aquí. No tenía a nadie en quien confiar más que en mí misma, y estaba cansada de ello. No hace mucho, anhelaba ser sostenida por este hombre. Ansiaba sus brazos a mi alrededor y que me diera esa sensación de seguridad que nunca antes había sentido.

Con el conocimiento de que era mi enemigo, un Baranov enviado para engañarme, tenía que acabar con esas estúpidas falacias de que alguna vez podría haber estado segura con él.

—¡Suéltame! —repetí, mi voz más baja y ronca por gritar.

No lo hizo. Por supuesto que no. Viktor era un hombre en una misión, listo para llevarme.

Durante varios minutos, un tiempo tortuoso que se sintió como una larga mancha borrosa, me sostuvo con fuerza y no se relajó ni un

segundo. Todo ese tiempo, continué luchando para liberarme. Eventualmente, me cansé, tanto por tener que luchar contra él como por la tensión de forcejear en vano. Me derrumbé contra él, rindiéndome. No podía escapar esta vez, y el pensamiento desalentador partió mi alma en dos.

Sin escape. Era todo lo que había soñado hacer durante tanto tiempo, huir de mis problemas, de la prisión de mi vida y encontrar un futuro seguro.

Solo rendición. Era todo lo que había hecho desde que nací, ceder a lo que los hombres de mi vida me dictaban.

Recuperé el aliento, concentrándome solo en respirar mientras él mantenía el agarre de torno de sus brazos de acero a mi alrededor. Cuanto más me rendía, más profundamente sucumbía a la derrota, él descendía conmigo. En cuclillas, me giró en sus brazos hasta que me acunó contra él.

Mi cuerpo dolía por la fatiga. El estrés me derribó. Sabiendo que no podía escapar, apreté su camisa con el puño y cerré los ojos, sin querer enfrentarlo. No podía mirar a sus ojos y sentir la irónica decepción de que me había engañado. El único hombre al que había elegido dejar entrar, el único tipo al que había querido darle mi virginidad.

—Todo estará bien —dijo.

Estaba tan agotada que no tenía la energía para reírme, para burlarme de su estúpida afirmación. Pero sí tuve un segundo aire para arremeter contra él, desahogando cada gota de ira que corría por mis venas.

—¡Nada está bien! Me mentiste. Me engañaste. Seduciéndome e intentando que bajara la guardia así... Me *engañaste*.

—Tenía una cobertura, Irina, y eso...

—Me *mentiste*. Acabas de admitirlo. Fingiste ser alguien que no eres solo para capturar al enemigo.

—Irina, es...

Me eché hacia atrás para enfrentarlo, fulminándolo con la mirada y maldiciéndolo por parecer tan sincero. —No me digas cómo es. No soy estúpida. No. *Soy* estúpida. Tan jodidamente estúpida sin pista para haberme creído cualquiera de tus tonterías. ¿Estás feliz ahora? ¿Estás feliz de que me engañaste y me sedujiste, solo por el bien de llegar a tu enemigo?

—Yo...

—¡Me mentiste, maldita sea! ¿Y para qué? ¡¿Para qué?! —Si me hubiera dado permiso, habría golpeado con mis puños su pecho y desahogado mi frustración en él.

—Por respuestas, Irina, porque eres tan mentirosa como yo.

Me quedé quieta, mirándolo con furia. —Nunca te he dicho nada que pudiera ser una mentira.

—Exactamente. No te abres.

Resoplé. —¡No cuentes con que lo haga ahora! ¡No después de que me hayas engañado para que te desee! —Dios mío, debe haber estado partiéndose de risa en su cabeza cada vez que dije que él era solo un hombre "normal"—. Adelante —lo provoqué—. Me tienes ahora. Te follaste a la hija del enemigo como si fuera solo otro trabajo. ¿Qué esperas? Entrégame como la puta inútil que soy para que tu jefe esté contento.

Se levantó, sujetándome y empujándome hasta que mi espalda golpeó contra la pared. —No eres una puta inútil.

Puse los ojos en blanco, maldiciendo las lágrimas que ardían detrás de mis párpados.

—Y no eres la hija del enemigo. —Se inclinó más cerca de mí, entornando los ojos.

—No me *conoces*, Vik.

Sacudió la cabeza, de alguna manera tranquilamente en control. —Sí te conozco. Sé más de lo que crees.

Podía pensar eso. Estaba segura de que había obtenido un archivo sobre mí para trabajar encubierto y perseguirme. Eso dolía más, que no hubiera venido por mí porque me quería, sino porque era un trabajo.

—Entonces sabes que *no* seré una traidora y no te diré ni una maldita cosa. Oleg Baranov puede pudrirse en el infierno antes de que le permita usarme en esta maldita guerra entre nuestras familias.

—Ya eres una traidora —espetó—. No eres leal a Igor. No puedes serlo si ayudaste a Eva a escapar. Te convertiste en una traidora en el segundo en que quisiste que Eva y Lev se fueran el año pasado.

Tragué fuerte. Mi garganta se sentía tan áspera y seca. Eso no fue lo que me impidió hablar, sin embargo. Me había paralizado con ese recordatorio. *Había* hecho algo traicionero al ayudarlos.

—Tus acciones definen quién eres, Irina. No el hecho de que hayas nacido en la familia Petrov —insistió con firmeza, escrutando mi rostro—. Elegiste hacer algo desinteresado por tu enemigo. Eso es lo que eres. Elegiste confiar en mí. Eso es lo que eres.

Negué con la cabeza. No me quebraría. Estaba demasiado familiarizada con tener que cuidar de mí misma, de Maxim, como para seguir ciegamente lo que otros decidían. Me había puesto en una posición terrible, atrapada entre ser capturada y que se esperara que lo contara todo versus aplacar a mi padre para que perdonara a mi hermano.

—Eres una mujer generosa e inteligente, Irina, no una mensajera sin cerebro. No importa que hayas nacido como la hija de Igor, que lleves su nombre. Eso no te hace quien realmente eres.

—Siempre seré una Petrov —argumenté—. *Siempre seré el peón de mi padre.* Nada más.

—Ya no. —Bajó la mirada—. Podrías ser la madre de un Baranov.

Oh, mierda. Con todo lo demás sucediendo, no me había detenido a considerar que habíamos tenido sexo sin protección. —¿Por eso te acostaste conmigo? ¿Por eso me sedujiste? ¿Para debilitarme y llevarme a Oleg para obtener información? ¿Y para dejarme embarazada y tener esta ventaja sobre mí?

Me sacudió ligeramente, sus manos apretadas sobre mis brazos. —¡No!

—Me llevaste a la cama y me mentiste solo para poder usarme.

—No. Me acosté contigo porque te a... —Se detuvo. Tomando un respiro profundo, pareció buscar una pausa para tener claridad antes de hablar de nuevo—. Me importas, Irina. Sé que esas palabras no pueden significar mucho frente a mi identidad. Sé que te resistirás a escuchar lo que estoy tratando de explicar ahora, pero me importas. Cuando te dije que lucharía por nosotros, por ese futuro contigo que parece tan fuera de alcance e imposible, lo dije en serio. Lo digo en serio. *Lucharé* por ti.

Pero no será suficiente. Nunca lo será.

—Lucharé por *nosotros*.

Negué con la cabeza. —No hay *nosotros*.

—Puede haberlo.

Me había vuelto fantasiosa deseando que él pudiera eliminar la influencia de mi padre y que pudiera quedarme con él para siempre. En ese momento, lo veía como un hombre promedio. Un profesor

que era ilegalmente sexy como profesional académico. Solo una persona que no podía manejar el calor de la organización Petrov buscando vengarse de él.

Ahora, sin embargo...

Es un Baranov. Es el enemigo de mi padre.

Como miembro de una familia mafiosa rival, Viktor estaba asociado con una fuerza que podría acabar con mi padre. Si quería demostrar que le importaba, si quería mantener esta afirmación de que lucharía por mí, por nosotros, entonces tendría que mostrarme cómo.

—Solo dame una oportunidad. Ven conmigo, y te mostraré que todo puede estar bien. Que todo estará bien.

Lo miré fijamente, deseando que pudiera ser tan simple. Pero no lo era. —Esperas que sea una traidora para mi padre, para mi familia.

Se lamió los labios y miró hacia un lado. —Espero que seas fiel a ti misma. Y sé que en el fondo, te importa. Tienes un buen corazón, Irina. Lo probaste cuando ayudaste a Eva y Lev.

—No. Eso solo fue...

—¿Eso fue qué? —preguntó—. ¿Cómo puedes llamarte leal a Igor Petrov y a tu familia si los dejaste escapar? ¿Cómo puedes afirmar firmemente que eres una princesa de la mafia y nada más si me dejas entrar en tu vida?

—Solo los ayudé porque vi lo enamorados que estaban. Quería que el amor tuviera una oportunidad.

Se acercó más, pegado a mí. —¿Qué hay de otros enamorados?

No. No hagas esto. No podría soportarlo si trataba de profundizar su engaño y decirme que me amaba. Ya estaba luchando con la realización de que me importaba tanto.

—Me mentiste. Me engañaste. Ningún amor puede fundarse en eso.

Me observó de cerca, luego sonrió. ¡Sonrió! —Ahora eres tú quien me miente. No puedes ocultar que me deseas. Que te importo...

—¿Y qué si lo hiciera? No borrará el hecho de que soy la hija de mi padre y... —Tomé un respiro profundo, sintiéndome desgarrada en dos.

—¿Y qué, Irina? —Acunó mi rostro, implorándome con su mirada firme que le dijera—. ¿Qué? ¿Qué es lo que te mantiene leal a él esta vez cuando no le fuiste leal antes?

Sorbí, temerosa de revelar la única razón por la que siempre traté de complacer a mi padre.

—¿Por qué no puedes creer en mi amor por ti y saber que triunfará sobre todo lo demás?

Resoplé. Lo había dicho. Amor. Un Baranov amando a una Petrov. Enemigos uniéndose en asuntos del corazón. Era ridículo.

—¿Crees que Oleg simplemente abrirá sus brazos y me dejará entrar así, eh? ¿Que me convierta en traidora a mi padre y revele todos sus secretos, y esa es la clave para un felices para siempre contigo?

Asintió. —Puede suceder.

—No sucederá —afirmé.

—¿Porque no quieres que suceda? ¿Quieres mentirme a la cara y decirme que no hay nada entre nosotros por lo que valga la pena luchar?

Fruncí el ceño. —Sí hay. Pero mi amor por ti no será suficiente para anular mi amor por él.

Se quedó quieto. Rígido y duro, me estudió. —¿Él?

No pude hablar, demasiado asustada para decirle qué me impulsaba a tolerar esta vida.

—¿Tu padre?

Contuve un sollozo. —Mi hermano.

Frunció el ceño, observándome mientras bajaba la cabeza. —Si no hago lo que mi padre pide, él... le hará daño. Descargará su ira y castigará a mi hermano. —Levantando mi mirada hacia la suya, solté un suspiro profundo y me arriesgué a explicarlo claramente—. Si se entera de que lo he traicionado con su enemigo, si le digo a Oleg Baranov una sola cosa, matará a Maxim.

27

VIKTOR

Maxim?

Observé a Irina contener las lágrimas. Su labio inferior tembló mientras me miraba, valiente hasta la médula para enfrentarme con esto.

—¿Quién demonios es Maxim?

Por un momento desgarrador, pensé que iba a decirme que me estaba engañando, que tenía a otro hombre en su vida. Tan pronto como esa preocupación me golpeó, la descarté. No estaba fanfarroneando cuando afirmé que ella me deseaba. Sentía su afecto. Veía la verdad de lo que su corazón anhelaba cuando me miraba. Esos ojos azules no podían ocultar todo. Era condenadamente buena mostrándose distante y fría para todos los demás, pero yo había visto a la verdadera Irina. La auténtica mujer con coraje y miedo. Se rendía y se sometía a mí cuando la llenaba, y no lo olvidaría.

—Mi hermano menor.

Nadie había mencionado nunca a un hermano.

—Maxim. Tiene catorce años.

—¿Por qué es la primera vez que escucho sobre esto? —Negué con la cabeza, ignorando la estúpida idea de que pudiera estar mintiendo e intentando engañarme. La angustia en su voz cuando lo mencionó no podía ser fingida.

—Porque nadie sabe de él. Mi padre se avergüenza y lo mantiene oculto. Nunca lo ha aceptado y lo considera un desperdicio de espacio. Max es sordo, y debido a las complicaciones durante su nacimiento, siempre ha sido débil. Está inmunodeprimido y sordo, y por eso, mi padre siempre lo ha odiado. Siempre lo ha visto como menos que nada.

—Mierda. —Mi corazón se rompió por ella. Si ayudar a Eva y Lev a escapar no era suficiente para demostrarme que era una persona compasiva, esto lo hacía.

La atraje hacia mis brazos, abrazándola y sosteniéndola cerca. A diferencia de cuando la capturé en esta oscura escalera, la abracé con mis brazos apoyando su esbelto cuerpo, mis manos frotando caricias reconfortantes arriba y abajo por su espalda.

—Irina...

Ella sorbió por la nariz. —Lo ha mantenido oculto toda su vida. Nunca lo ha aceptado como su hijo. Tengo que trabajar para conseguir derechos de visita. Tengo que hacer lo que mi padre dice y complacerlo solo para asegurarme de que no lo mate o abuse de él.

—*Mierda*.

—Mi amor por mi hermano es lo único que tiene para usar como palanca contra mí. Tengo que reportarme con él, tengo que actuar como espía y soldado para él, todo para mantener a Maxim lo más seguro posible y con vida.

—Pero te arriesgaste a ayudar a Eva y Lev.

Ella levantó la cabeza para mirarme. —Porque sabía que podía distorsionar la verdad sobre cómo sucedió. Los soldados de Ilyin fueron descuidados, y sabía que podía salirme con la mía. Pero si esperas que vaya contigo y le diga a Oleg Baranov todo lo que sé, *no hay* forma de que pueda mentir para salir de esa situación.

Asentí, entendiendo mucho más ahora. Por qué era tan reservada, por qué siempre estaba calculando su próximo mejor movimiento.

—He estado contando los días hasta poder matar a mi padre, Vik. No puedo confiar en que no se cansará de Maxim y lo matará primero. O a mí. No puedo confiar en nadie, y tan pronto como pueda, mataré a Igor y huiré con Maxim.

—No. —Negué con la cabeza y tomé su mano, instándola a venir conmigo. Esta escalera no era un lugar ideal para decir tales cosas —. Puedes huir conmigo, Irina. Puedes confiar en *mí*.

—Pensé que estaba confiando en el profesor Viktor Remi todo este tiempo.

—Era una cobertura. *Yo* soy Viktor. Nada ha cambiado.

Ella caminó lentamente conmigo hacia el ascensor. —Exactamente. Nada ha cambiado. Sigo siendo la hija de Igor Petrov. Él seguirá esperando mi lealtad hacia él solo para que pueda asegurarme de que Maxim viva.

—No. Puedes apoyarte en mí para que te ayude. Lucharé por nosotros, Irina. —Se lo recordaría cada minuto si fuera necesario. Me había contenido de decirle que la amaba en el calor del momento. Lo hacía. Pero quería confesarlo más tarde, cuando no estuviéramos envueltos en este peligro y engaño. Ahora mismo, tenía que conseguir que ella confiara en mí.

—¿Pero no por Maxim? —me desafió.

—Lo haré —prometí mientras subíamos a mi piso.

—Lo creeré cuando lo vea. —Cruzó los brazos.

Incliné la cabeza hacia un lado, observando su mirada confiada. —¿Qué significa eso?

—Me convertiré en traidora. Traicionaré a mi padre y le diré a Oleg Baranov cualquier cosa y todo lo que quiera saber, *después* de que vea a Maxim traído a mí, sano y salvo.

—Obviamente —respondí mientras las puertas se abrían—. Si el control de Igor sobre ti está vinculado a la seguridad de Maxim, eso no cambiará ahora.

—¿Te ocuparás de la seguridad de mi hermano? —Me siguió hacia mi puerta.

—Sí.

Ella resopló. —¿Cómo? ¿Tú, solo, te asegurarás de que Maxim no sea asesinado y esté a salvo?

—Nunca estoy solo —le dije después de dejarla entrar. Solo porque estábamos aquí y progresando, la besé con fuerza—. Lucharé para tenerte siempre *a ti*.

Ella parpadeó mirándome, con tanto miedo de tener esperanza. Odiaba que la hubieran usado y tratado como un peón durante tanto tiempo así, y por algo tan dulce como ser una hermana protectora con su hermano.

No me equivocaba sobre ella. No era una mocosa helada o una perra. Por supuesto, tendría que ser algo enorme para motivarla. Algo inherentemente bueno.

—¿Y puedes estar seguro de que Oleg Baranov te dará los recursos para recuperar a Maxim y sacarlo del alcance de Igor? —preguntó, esa mirada soñadora y aturdida después del beso desvaneciéndose.

Chasqueó los dedos. —¿Así sin más? ¿La familia Baranov arriesgará una guerra con los Petrov solo por mi hermano? ¿Tú pides y recibes?

La llevé hacia el sofá, sentándome con ella por un momento antes de planear llamar al Jefe, a Lev y a muchos más. Era astuta, bien consciente de cómo nuestras familias se oponían entre sí. —Oleg no quiere guerra —dije, cediendo a su verdad—, pero quiere ventaja sobre lo que sea que Igor esté tratando de hacer.

—No le diré nada hasta que vea que Maxim está a salvo.

Estaba negociando conmigo, poniéndome a *mí* a prueba para defender sus deseos. Si bien habría sido instintivo enojarme porque pudiera ser tan testaruda como para no querer ceder ante mí por amor, era fácil entender su perspectiva. Era una luchadora, una superviviente. En lugar de ver esto como un punto muerto y que ella no cooperaba, vi esto como una oportunidad para demostrar que no tenía que luchar sola. Que podía confiar en mí, en nosotros. Ya no éramos enemigos, sino que estábamos juntos.

—Lo sé. —Me incliné para besar su frente, luego suspiré—. Lo sé. No vas a entregar nada hasta que se cumplan tus condiciones. —Y tenía que admirarla por ser así de dura. Por la razón correcta, estaba actuando admirablemente. Esto no era una demostración de ser descarada o rebelde. No era un último intento desesperado de luchar por Igor. Estaba protegiendo a su hermano, y tenía que respetar eso.

—Así que, déjame hacer una llamada, y comenzaré a demostrarte que todo *estará* bien.

Sentí la quemadura de su mirada mientras me observaba. Nerviosa, esperanzada, asustada y maravillada. Tantas cosas no dichas pasaron entre nosotros mientras me levantaba, llevando mi teléfono conmigo para llamar a mis hermanos.

Lev fue el primero. Le di justo lo suficiente para trabajar: que tenía a Irina conmigo y que no revelaría nada hasta que pudiéramos prometer que Maxim estaría a salvo. Él contactó a varios otros, soldados que podrían rescatar a Maxim con mayor habilidad.

Como necesitaba más información de Irina, regresé para encontrarla abrazando una almohada en mi sofá. Con el teléfono en altavoz, hicimos que proporcionara todos los detalles que tenía sobre el paradero de Maxim y cómo se veía. Ella nos contó todo libremente. Dónde solía vivir. La zona desagradable a la que lo habían reubicado. Cómo se veía y sonaba. Los detalles sobre el guardia que estaba con él. Todo.

Odiaba lo ansiosa que estaba, pero parecía ligeramente más optimista cuando los soldados de Baranov la entrevistaron para obtener todo lo que pudieran usar para recuperar a Maxim.

De vuelta en mi habitación, sin embargo, terminé la llamada con Lev.

—Tienes que decírselo al Jefe —dijo.

—Lo llamaré a continuación.

—Date prisa —respondió—, porque esta operación de rescate solo ocurrirá con su aprobación, Vik. Es un gran riesgo.

Asentí, frotándome la nuca. —Lo sé.

—Pedirle a la organización Baranov que esencialmente secuestre al único hijo y heredero de la Familia Petrov, un hijo que Igor ha escondido bien, no será bien recibido.

—Estamos arriesgando una guerra —estuve de acuerdo, repitiendo lo que Irina dijo antes.

—Y ni siquiera la haces hablar primero. Oleg esperará que ella hable primero. *Entonces* la ayudará a conseguir a su hermano.

Me estremecí. —Tal vez no.

—¿Estás delirando? —ladró.

—Tal vez no —repetí.

—Vik. ¿*Tú* estás dispuesto a arriesgar una guerra por ella?

—Absolutamente.

—¿Te importa tanto tu objetivo? ¿Hablas en serio sobre ella?

—Sí.

—Mierda. Pondré las cosas en marcha y buscaré a este chico.

—Bien. El tiempo se acaba. Igor ya está furioso, por lo que parece, de que Irina estuviera conmigo.

—¿Pero no crees que sepa que eres un Baranov?

Negué con la cabeza aunque no pudiera verlo. —No. No creo que lo sepa. Si lo supiera, lo sabríamos.

—Cierto. —Exhaló profundamente—. Haré que los hombres lo busquen mientras hablas con el Jefe. No lo arruines, Vik. Convence a Oleg de que esto es lo mejor para nuestros intereses mientras pongo esto en marcha.

—Gracias. —Siempre podía contar con Lev.

Terminé la llamada con él y marqué el número del Jefe, rezando para que respondiera por mí, para mostrarle a Irina que podía luchar por ella y hacer realidad nuestro futuro.

28

IRINA

Incredulidad.

Eso fue lo principal que me acompañó durante todo el día. Desde la mañana, cuando descubrí que Igor sabía que ya no era virgen, pasando por la tarde, cuando Viktor me dijo que era un espía encubierto de los Baranov, y luego durante la noche, cuando intenté aceptar que Maxim podría estar libre.

Libre.

Sonaba como un sueño imposible, y debido a todos los largos años que había visto sufrir a mi hermano y todos esos años en que Igor me manipuló en su contra, necesitaba más pruebas para creer que podría suceder.

Tantas cosas habían cambiado tan rápido. Pero cuando me detuve a reflexionar sobre todo y analizarlo, no pude evitar sentir rabia al pensar en cómo Viktor me había engañado todo este tiempo.

Me quedé dormida, derrumbándome después de la descarga de adrenalina de todos los altibajos desde que desperté. Al ver que Viktor seguía al teléfono, caminando de un lado a otro en otra habitación, me mantuve al margen y no me interpuse en su camino. A pesar de mi enojo por haber sido manipulada, le agradecía que

intentara intervenir y ser mi héroe. Verlo correr por mi seguridad y querer ser el héroe de Maxim, reafirmaba que era un buen hombre. Que aunque debería verlo solo a través del filtro del conocimiento de que tenía que ser el malo como rival, en el fondo era un buen hombre.

Quería creer sinceramente que era *mi* hombre. Mi héroe. Que me amaba tanto que podía contar con él para salvar a Maxim.

Pero no lo dijo.

Esa palabra de cuatro letras parecía tan insignificante ahora. ¿Qué importaba si lo decía en voz alta cuando estaba demostrando la profundidad de sus sentimientos, arriesgándose a una guerra para salvar a mi hermano y alejarme de mi padre?

Era porque se había contenido de decirlo, se había frenado de pronunciar un te-amo, que tenía tanto significado. Como si no quisiera exponerse.

Ya me estaba mostrando mucho más amor del que mi padre jamás me había mostrado. Sus hermanos Baranov habían escuchado todo lo que pude compartir sobre cómo encontrar a Maxim. Me permitía quedarme aquí en lugar de regresar a mi apartamento.

Tenía que mirar el lado positivo y tener esperanza.

Después de una larga siesta, me duché. Él seguía al teléfono, pero eso no me alarmó. Estas cosas llevaban tiempo. Mi padre tenía mucha práctica ocultando a Maxim. Sin embargo, puse mi fe y esperanza en mis rivales.

Mientras echaba un vistazo a la cocina buscando algo para comer, alguien llamó a la puerta.

Viktor cubrió su teléfono mientras se acercaba a mí desde el dormitorio y preguntó:

—¿Puedes abrir?

Levanté las cejas ante su confianza. Regresó directamente al dormitorio y cerró la puerta.

Abrí la puerta principal para encontrarme con una de las últimas personas que esperaba ver de nuevo. Suponía que habría un soldado Baranov, pero era Eva.

—Oh —parpadeé sorprendida—. No... no esperaba verte aquí.

Ella se rio ligeramente.

—No esperaba ver nunca a ninguna mujer aquí, y menos a ti.

Entrecerré los ojos.

—¿Gracias?

Sonrió con suficiencia, pasando junto a mí para entrar.

—Vik pidió que trajeran comida, y pensé en encargarme yo misma.

—Gracias —cerré y aseguré la puerta tras ella, desconcertada por su aparición. Eva y yo hablamos durante una práctica de laboratorio cuando ambas estábamos en la universidad, pero eso fue el alcance de nuestra limitada relación. Como princesas de la Mafia en el mismo nivel, siempre habíamos sabido la una de la otra, pero estábamos lejos de ser cercanas.

—Esa es mi frase para ti —replicó, sacando recipientes de sopas y ensaladas de la bolsa que había traído. La ayudé, alineando las cosas y preguntándome qué querría comer Vik primero—. Gracias, Irina —Eva me miró sinceramente—. Por ayudarme a escapar aquel día.

Asentí.

—Se necesitó mucho valor. Solo una mujer valiente e inteligente desafiaría las órdenes de su padre de esa manera.

—Gracias.

Me lanzó una mirada seca.

—Bien. Ya van tres veces. No puedes ser tan tonta si Viktor te quiere.

Fruncí el ceño, sentándome ya que ella lo hizo. Seguir el ejemplo de otros no era mi preferencia, pero esto era tan extraño que lo estaba tomando como venía.

—¿Así que su tipo son las mujeres tontas?

Resopló una risa.

—No. Vik nunca ha tenido un tipo, pero no soporta a los idiotas en general —señaló un palito de zanahoria hacia mí—. Así que si está tan enamorado de ti que ha puesto a Lev a iniciar una misión para recuperar al hijo de Igor Petrov, no puedes ser una idiota.

—Me siento como una idiota respecto a él —admití, sintiéndome libre de tener algo parecido a una charla de chicas con ella.

—¿Por qué, porque estaba encubierto y no fue franco sobre que era un Baranov?

Eso, y lo rápida y completamente que me había enamorado de él. El amor me hacía vulnerable.

—He estado tratando de entender cómo funcionó todo esto, de todos modos —fruncí el ceño mirando mi plato de sopa—. Mis guardias nunca reaccionaron ante el hecho de que fuera mi profesor.

—No lo habrían hecho —Eva se encogió de hombros—. Viktor siempre ha estado entre bastidores, gestionando los burdeles para la familia. Solía ser un soldado más activo cuando era más joven, pero mi tío pensó que tenía buenas habilidades de gestión y lo puso a supervisar un área donde los hombres más débiles a menudo se distraían.

Reflexioné sobre eso por un momento, insegura de cómo aceptarlo.

—¿Y este silencio incómodo que me estás dando ahora significa...?

Busqué las palabras adecuadas.

—Bueno, yo era virgen cuando lo conocí, y puedo imaginar todo lo que ha visto y hecho y...

Ella sonrió.

—Él supervisaba esos lugares, Irina, no los frecuentaba. Dudo que tengas que preocuparte por eso. Si un hombre está dispuesto a arriesgarse a una guerra por una mujer, eso dice mucho —continuó comiendo su almuerzo—. Viktor también estuvo fuera del país por un tiempo, persiguiendo una quimera, así que nadie por aquí lo habría visto por ahí. Viktor simplemente tenía más sentido para trabajar encubierto, y funcionó bien, ya que los guardias de Petrov e Ilyin no reaccionaron ante su presencia en el campus.

—¿Lo extrañas? —le pregunté—. ¿Ir a la universidad?

Se encogió de hombros pero terminó negando con la cabeza.

—No. Lo extrañaba, pero Lev y yo nos casaremos este verano. Y espero que podamos empezar una familia lo antes posible.

—Qué suerte tienes.

Alzó las cejas hacia mí, y lamenté lo sarcástica que había sonado.

—Tal vez nos adelantes.

—Sí, claro.

Dejó su tenedor.

—¿Dudas de lo serio que es Viktor contigo?

—No. Pero dudo que tu tío realmente apruebe que cualquier Baranov le quite a Maxim a mi padre.

Abrió y cerró la boca.

—Mi tío es un hombre sabio, cuidadoso y considerado.

—Para los de su familia —corregí.

—Es cierto. Y eso incluye a Viktor. Si Viktor insiste en tenerte como su mujer, entonces mi tío tendrá que aceptarlo.

—¿Un matrimonio con un enemigo?

Su sonrisa en respuesta fue lenta pero segura.

—Creo que quizás abrió su mente sobre cómo percibirte cuando me ayudaste a escapar. Además, puede suceder. Maria, la esposa de Oleg, era hija de un antiguo rival. Él solo se casó con ella para frustrar una alianza mayor. Y apenas están juntos. Oficialmente ella se mudó con un soldado retirado hace meses —puso los ojos en blanco—. Ella y Oleg están legalmente casados pero no se soportan, así que viven separados.

Sospechaba que estaba siendo conversadora para mantenerme distraída de las cosas más aterradoras en mi mente.

—No voy a permitir que me hagas albergar esperanzas respecto a Max.

—No lo hagas. Nunca es inteligente hacerse demasiadas ilusiones.

Me gustaba su actitud práctica. Pero me mantendría cautelosa hasta que mi hermano estuviera sano y salvo.

—Y si Viktor y yo podemos estar juntos alguna vez, no será como una Petrov casándose con la Familia Baranov. Vengo en un paquete completo con Maxim.

—Cuéntame sobre él. Lev mencionó que es sordo. Una de nuestras criadas tiene una nieta que vive allí. También es sorda.

—Maxim nunca ha conocido a otro niño sordo —se lo dije en lenguaje de señas—. Investigué y me enseñé a mí misma ASL para enseñarle.

—Impresionante —dijo y señaló—. Laura, la niña de la casa, nos está enseñando ASL a varios de nosotros también.

Me hizo sentir más relajada, hablando de Maxim. Compartí más sobre él, detallando nuestro amor por los libros y cómo quería ser artista *e* ingeniero cuando creciera.

Después de contarle más sobre Maxim, me preguntó por Kelly, y odié tener que admitir que no tenía mucho que contarle.

—Intenté entablar una conversación informal con ella, pero era distante.

—Suena como ella. Realmente empezó a alejarse de mí cuando Lev y yo nos volvimos más serios. Rurik todavía la vigila —hizo una pausa—. Sabes de quién estoy hablando, ¿verdad?

Asentí.

—Rurik sigue allí, manteniéndose al tanto de todo.

Arqueó una ceja.

—¿Justo como tú lo hacías?

—Buen intento. No le contaré a nadie sobre lo que se suponía que debía espiar. No hasta que Maxim esté aquí.

Levantó las manos en señal de tregua.

—Es justo.

¿Justo? Me sorprendió que dijera eso. Yo estaba reteniendo información hasta conseguir lo que quería. Esa era la base de las negociaciones. Pero desde su perspectiva, les estaba pidiendo que cedieran antes que yo. Era una táctica salvaje que esperaba no me saliera por la culata.

—Sé que mi tío apreciará cualquier cosa que puedas decirle.

Me desplomé hacia adelante, apoyando la barbilla en mis manos.

—No es exactamente nada enorme. Incluso yo tenía limitado lo que podía saber. Porque soy solo la "hija sin valor".

Puso los ojos en blanco, compadeciéndose.

—Aun así, tienes una visión privilegiada de lo que Igor está tramando. Nos ayudará.

—Estoy segura de que ya pueden suponer mucho.

—Que está tratando de tomar el control. Que no tiene reparos en usar a los Ilyin. O a nosotros. O... —se encogió de hombros.

—Me enorgullecería ayudar a derribarlo. He soñado con liberarme de mi padre desde que era niña. Después de que Maxim nació y mi madre falleció en el parto, él comenzó a utilizarme. Para escuchar conversaciones. Para colocar rastreadores. Para implantar dispositivos de escucha y grabadoras. Todo tipo de espionaje, todo para que cumpliera su promesa de "dejar" vivir a Maxim.

—Qué cabrón —Eva frunció el ceño—. Mi padre solo es un borracho. Un idiota. Oleg es mi tío, pero siempre ha sido más un padre para mí que Boris. Estoy agradecida de haber tenido *un* padre en mi vida.

—Como dije, tienes suerte.

—Quizás *tu* suerte esté cambiando ahora.

Eso esperaba. Realmente esperaba que Viktor pudiera luchar por mí, por nosotros, y que todos pudiéramos tener una vida mejor que antes.

29

VIKTOR

Lev me informó durante toda la noche, pero nada de lo que dijo podía considerarse buenas noticias.

—No está allí.

Me senté en el borde de mi cama y enterré la cara entre mis manos.

—¿No está en el apartamento cerca de los muelles?

—No —respondió Lev en la videollamada, frunciendo el ceño. Edificios altos se perfilaban en su fondo, pero él no estaba participando directamente en esta operación. Debido a su reciente captura y lesiones, y el aumento de su poder ahora que Oleg parecía haberlo nombrado su mano derecha, tenía que ser cauteloso y no exponerse a situaciones vulnerables en el campo en este momento. Estaba cerca del edificio de apartamentos donde, según Irina, habían trasladado a Maxim Petrov.

Otros soldados habían entrado por la fuerza, listos para luchar y recuperar al joven adolescente.

—Pero parece que estuvo allí recientemente. Encontraron ropa, envoltorios de comida, cenizas.

Levanté la cara alarmado.

—¿Cenizas?

—Cigarrillos. Del guardia. Estamos revisando la vigilancia de la zona. No nos rendiremos todavía. —Frunció el ceño—. ¿Hablaste con Oleg?

—Sí. —Hice una mueca—. Se muestra reticente a sacar al chico de donde sea que lo tengan retenido. —Aún no se lo había dicho a Irina. No quería hacerlo. Sonaría como si Oleg no estuviera comprometido a rescatar a Maxim. Parecía abierto a todo, pero había llegado a un compromiso. Su orden era localizar a Maxim, mantenerse en espera e intervenir si hubiera un peligro claro e inmediato para el adolescente. Pero no sacarlo hasta nuevo aviso. Estaba tomando este desarrollo paso a paso, pero eso probablemente no satisfaría a Irina. Si yo estuviera en su lugar, sentiría lo mismo.

Lev asintió.

—Correcto. —Había recibido la misma información.

—Por favor, sigan buscando. —No podría soportarlo si algo le sucediera. Nunca había conocido al chico, pero ya sabía cuánto significaba para la mujer que amaba.

Él accedió a hacerlo.

Tan pronto como bajé el teléfono, Rurik se puso en contacto a través de un mensaje de texto.

Rurik: *¿No presentaste un aviso de renuncia, verdad?*

—¿Qué demonios? —susurré.

Viktor: *¿En la universidad? No. Todavía no.*

Esa era la menor de mis preocupaciones. Me importaba una mierda mi tapadera. Solo había asumido ese papel para acercarme a Irina, y ahora que lo había conseguido, esa fachada podía desintegrarse.

Rurik: *Porque parece que algunas personas se están preparando para revisar todo.*

Viktor: *¿Personas?*

Rurik: *¿Alguien de la oficina del decano? No pude distinguir. Estaba siguiendo a uno de los distribuidores de Ilyin y escuché al personal de oficina hablando sobre tu despacho.*

Golpeé mi rodilla con el puño.

—Maldita sea. —Apuesto a que tenía que ver con Jessica. Esa mujer no sabía cuándo dejar de entrometerse. Si estaba en problemas por cancelar la clase esta mañana, pues qué más da. Pero parecía demasiado rápido.

Quizás sea otra cosa.

Quizás alguien en el campus supo quién era yo desde el principio.

Viktor: *Lo revisaré.*

Salí de mi habitación y encontré a Irina sola de nuevo. Eva había pasado por allí y le había hecho compañía durante un rato, y sentía curiosidad por saber si había conseguido alguna información de ella. Lo dudaba. Irina parecía dispuesta a permanecer callada y guardar sus secretos hasta que pudiéramos traerle a Maxim. Eso era... un trabajo en progreso, pero no veía razón para preocuparla todavía. No quería decirle que Oleg estaba colaborando con nosotros, pero siendo cauteloso. Tan pronto como alguien del equipo de Lev localizara a Maxim, se lo diría. Entonces ella podría intercambiar información con Oleg.

—Necesito revisar algo en el campus, en mi oficina.

Ella sonrió con ironía.

—¿*Tu* oficina? —Se levantó y vino a mi lado—. ¿Siquiera estás calificado para enseñar?

Me encogí de hombros.

—Más o menos.

Soltó una débil risa.

—No quiero perderte de vista —añadí—. Así que vamos a terminar con esto.

—No creo que tengas que estar encima de mí preocupado de que vaya a escapar ahora.

La atraje hacia mí antes de que pudiera pasar para buscar su abrigo. Empujándola contra la pared, presioné mi cuerpo contra el suyo y la besé profundamente.

—La única vez que pienso estar encima de ti es en la cama, cuando esté sobre ti listo para follarte duro.

Su respiración se entrecortó mientras me miraba fijamente. Vi ese destello de excitación en sus ojos de nuevo, y supe que todavía estaba allí, la mujer descarada que había llegado a conocer y amar bajo el estrés y el miedo que la habían estado dominando todo el día.

—No quiero perderte de vista en caso de que algún cabrón de los Ilyin todavía piense que te vas a casar con su familia. —La besé de nuevo, emocionado cuando ella levantó su mano para agarrar la parte posterior de mi cabeza.

—No quiero perderte de vista porque me preocupa que uno de los soldados de tu padre intente alejarte de mí.

Esta vez ella me besó, frunciendo el ceño por lo rápido que me aparté.

—Y no quiero perderte de vista cuando reciba noticias sobre tu hermano, para poder informarte inmediatamente.

Un suave suspiro escapó de sus labios.

—¿Aún no hay noticias?

Me rendí y compartí lo que podía.

—El equipo de Lev encontró evidencia de que estuvo en ese apartamento del muelle que nos dijiste, pero ya no está allí. Tenemos hombres revisando la vigilancia cercana y explorando el área.

Ella suspiró, dejando caer los hombros.

—Tan pronto como reciba noticias, actuaremos.

—¿Pero Oleg lo confirmó? ¿Que velará por la seguridad de Maxim a cambio de todos mis secretos?

Maldita sea. Tenía que preguntar así.

—Lo hará.

Frunció el ceño, pero antes de que pudiera discutir más, la insté a moverse y salir conmigo.

—Cuanto más rápido nos encarguemos de esto, más rápido podremos retomar los otros asuntos.

En el viaje hacia el campus, me preguntó más sobre lo que sabía hasta ahora. Eso no parecía tan arriesgado. La puse al día sobre lo que sabía, que se limitaba a la información de segunda mano que había obtenido de Lev y Eva, y también de Rurik. Añadí más antecedentes, como que no me reconocían debido a mi largo tiempo en los prostíbulos.

—Así es como se corrió la voz —le dije—. Rurik me alertó de que "todos" sabían que tú y yo nos habíamos enrollado.

—¿Eso es todo lo que soy para ti? ¿Solo un rollo? —preguntó.

—Sabes que eso no es cierto. Pero fue mi culpa. Te llevé conmigo para recoger ese paquete en aquel lugar, y luego cuando salimos por el vestíbulo...

—Agarrados de la mano atravesando ese espacio lleno de gente —añadió por mí.

—Sí. Alguien allí tuvo que haberse dado cuenta. Un Baranov, Ilyin o Petrov. Incluso alguien que haya comprado algo de alguno de nosotros.

—¿Drogas? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Han sido un hilo conductor con lo que sea que esté pasando en la escuela.

—Te explicaré todo lo que sé, Vik, pero Igor nunca me ha dejado entrar demasiado. Es solo lo que me ha pedido que vigile.

Asentí.

—Agradeceremos todo lo que puedas compartir. —Y no la presionaría para que lo hiciera hasta que hubiéramos cumplido con nuestra parte del trato. Estaba asumiendo otro enorme riesgo por la familia Baranov. Había ayudado a salvar a Eva y a Lev antes. Y si quería unirse a nosotros oficialmente, a través de una relación conmigo, tenía que poder confiar en que no la usaríamos para conseguir información como había hecho Igor.

Llegamos a la universidad y aparqué cerca del edificio donde había enseñado durante apenas un mes. No había muchos estudiantes o personal alrededor en el edificio. Tampoco había nadie en mi oficina.

—Me pregunto a qué se refería Rurik —murmuré, con las manos en la cintura mientras examinaba la oficina. Nada parecía alterado, y la cerradura estaba intacta.

—Shh. —Irina inclinó la cabeza hacia un lado, observando atentamente la puerta. La puerta principal estaba abierta, y no se oían sonidos desde el pasillo. En cambio, ella estaba prestando atención a lo que sonaba como una conversación en el armario.

La vi presionar su dedo contra sus labios mientras me hacía señas para que me acercara a la puerta.

La abrí, comprobando que solo era un armario.

Pero ella negó con la cabeza, señalando hacia arriba. La luz se filtraba desde la habitación contigua.

—Realmente eres buena en esto de espiar.

Me lanzó una mirada desagradable.

—No, soy muy buena superando mi infancia cuando mi padre me metía en un armario cuando se cansaba de oír mi voz.

Ese cabrón.

Entró, caminando más dentro del armario y moviendo cosas.

—Parece que esto solía ser un pasillo.

Asentí.

—Y lo cerraron en algún momento. —Encontrando un pedazo suelto de aglomerado grapado en la parte posterior, lo arranqué sin hacer ruido.

Nos deslizamos por el pasillo, pegándonos a la pared, y me pregunté quién estaría hablando. En un laberinto retorcido, fuimos atraídos por otro pasillo.

—Probablemente sean solo un par de profesores hablando —susurré.

—No. Deberíamos escuchar.

—¿Alguna vez vas a poder dejar el instinto de ser su espía?

Me lanzó una mirada fulminante.

—Sí. No estoy siendo su espía ahora. Estoy actuando como agente independiente para entender quién es realmente el malo aquí.

—Fácil. Tu padre lo es.

Puso los ojos en blanco.

—Sí, porque cada vez que hay un complicado tráfico de drogas y una guerra territorial, solo una persona está intentando salir adelante.

Eso es cierto. Aunque una leve preocupación entró en mi mente ante la idea de que pudiera ser leal a Igor antes de considerar serlo conmigo, tenía que respetar su tenacidad para encontrar la verdad.

—Casi sonó como si alguien dijera *Ilyin* —susurré.

—Y creo que reconozco esa voz —respondió, casi sin emitir sonido.

Yo no la reconocía, pero ya no había tiempo para preguntarle. Habíamos llegado a la puerta de otra oficina, probablemente tapiada como antigua ruta de pasillo. Esta sala no había formado una pequeña entrada en un armario de oficina sino la parte trasera de una estantería. A través de una rendija, vimos a los ocupantes dentro.

—No me importa cuántas más drogas introduzcas —dijo un hombre joven, sonriendo con encanto a pesar de su tono siniestro—, pero tienes que reducir las violaciones de mujeres.

Irina tomó el bolígrafo de mi bolsillo del pecho —todavía llevaba mi traje con camisa y corbata— luego dio la vuelta a su mano.

Escribiendo en su mano, garabateó *Marcus James*. Señaló, indicando al hombre del interior.

Me encogí de hombros y articulé sin voz *ni idea*.

Escribió de nuevo. *Es un político.*

Asentí mientras discutían sobre drogas y mujeres violadas. Parecía haber diferencia de opiniones sobre qué cantidad era tolerable para salirse con la suya.

—No me importa, tío. O sea, solo hago lo que me dicen —dijo un hombre más joven desde el lado opuesto de la habitación—. Ustedes pueden decidir quién se lleva qué parte y esas mierdas. Yo solo sé qué parte quiero, y hasta que eso suceda, me mantengo fuera de toda esta burocracia administrativa.

—No hay burocracia —argumentó Jessica—. No seas idiota, Jerome.

Irina me miró después de escribir en su mano otra vez. *¿Quién es él?*

Me encogí de hombros, inseguro. Tampoco podíamos verlo bien, solo se le veía del pecho para abajo, no su cara. Parecía joven, tanto por su jerga como por su forma de hablar, pero eso era una suposición en el mejor de los casos.

—Mira, hablaremos de esto más tarde. —Marcus sonrió a Jessica antes de deslizar su mano sobre su trasero y atraerla para un beso —. Tú habla con tu gente, y yo hablaré con la mía.

¿Pero de quién era cada grupo?

Se fueron juntos, e Irina y yo volvimos por donde habíamos venido.

—¿Quién...? —Lo dijimos al unísono, deteniéndonos al mismo tiempo.

—No lo sé —respondí, independientemente de lo que fuera a preguntar. Confundido y sin pistas, intenté entender lo que habíamos escuchado.

—Esto no es solo sobre familias de la Mafia compitiendo por derechos territoriales alrededor del campus —susurró Irina.

Tenía la fuerte corazonada de que no era así. Incluso antes de que Irina nos diera una exposición sobre los planes de Igor, era obvio que la política estaba involucrada.

—Las cosas nunca son tan simples como parecen —murmuró.

Llegamos a mi oficina justo cuando sonó mi teléfono. Lo agarré, emocionado y nervioso al ver el identificador de llamada.

—Es Lev.

Irina tomó mi mano libre y la apretó entre las suyas. Había estado esperando con el aliento contenido, atrapada en el suspenso por una palabra sobre el paradero de su hermano. Le ahorraría la espera para transmitirle lo que mi amigo pudiera decirnos.

—Lev —saludé en altavoz.

—Se lo llevaron. Los Ilyin vinieron y se lo llevaron del último lugar al que le seguimos la pista.

—¡Joder!

Irina apretó mi mano con más fuerza mientras miraba fijamente mi teléfono.

—Se enteraron de que Igor se echó para atrás en este matrimonio arreglado de Irina con uno de los suyos...

—Él nunca lo arregló realmente. Era solo un rumor —se apresuró a decir, frenética—. No había ningún acuerdo. Solo estaba jugando con ellos, engañándoles para que pensaran que podría formarse una alianza cuando nunca tuvo intención de llevarla a cabo.

Lev resopló.

—No es así como ellos lo ven. Están furiosos y se han llevado a tu hermano.

30

IRINA

—No les estaba prometida —les dije. Alternando mi mirada entre el teléfono y Viktor, intenté evitar que el pánico me consumiera. Mi estómago era un nudo absoluto, y volví a sentirme mareada mientras mi pulso latía demasiado rápido.

—Pero ellos creen que sí —dijo Lev nuevamente.

—No importa lo que ellos crean. Importa lo que hicieron —dijo Vik, tomando el control. Me sacó apresuradamente de la oficina, observando a nuestro alrededor mientras salíamos. Manteniendo su brazo alrededor de mis hombros, me guio para que me apresurara a salir de allí.

El lugar donde estaba parecía insignificante. Podía entrar en pánico aquí tan bien como podía hacerlo de nuevo en su apartamento. No me sentiría bien en *ningún* sitio. Mi hermano había sido mi responsabilidad durante tanto tiempo, y mi fracaso en mantenerlo a salvo me seguiría a todas partes. Era una mancha en mi alma, una grieta en mi corazón que no podía repararse.

—Todo esto es mi culpa —intenté encontrar consuelo en la presencia de Vik. Intenté recordarme que ya no era solo yo quien cuidaba de Max. Escuché a todos los hombres Baranov comenzar una operación para sacarlo del alcance de mi padre.

—Si tan solo hubiera hecho lo que él me pidió. Si tan solo hubiera escuchado y...

—No —dijo Vik con firmeza—. No. No vas a estar atrapada ni ser la esclava de Igor nunca más.

—Pero si...

—Lo encontraremos, Irina —añadió Lev—. Oleg conoce la situación y no va a abandonarte a merced de Igor. No después de que ayudaste a salvarme la vida.

Tragué con dificultad, conmovida por que pudiera preocuparse.

—*Yo* tampoco me rendiré con tu hermano, Irina. Te lo debo por ayudar a Eva.

Abrí y cerré la boca, incapaz de responder.

—*Ya no* estás sola, cariño —me dijo Viktor una vez que salimos a otra maldita noche nevada. Estaba tan harta de este clima, pero ni siquiera mi aversión por la nieve podía evitar que me sintiera tan angustiada.

—Ve a la casa —dijo Lev—. Llévala con Eva. Oleg quiere hablar con ella de todos modos —dijo Lev.

La ira se solidificó en mi corazón. Estos hombres podían intentar convencerme para que confiara en ellos, y luego dar media vuelta al instante siguiente y sugerir que me rindiera primero. ¿No habían cumplido con llevar a Max a un lugar seguro todavía, pero esperaban que lo contara todo a su jefe?

—No voy a...

Viktor arrasó con cualquier cosa que yo pudiera haber dicho a través de la ira.

—Vamos para allá ahora.

Colgó y lo miré con el ceño fruncido.

—Vik, no voy a hablar antes de saber que Maxim está bien.

—Te he escuchado. Alto y claro. Pero creo que Oleg quiere información sobre él, si hay otra manera en la que pueda encontrar una solución para sacar a Maxim del control de cualquier otra persona.

Fruncí el ceño, sin que me gustara lo mucho que parecía que me estaba apaciguando. Sin embargo, eso tenía cierto sentido. Nadie sabía sobre Maxim. Ni siquiera el jefe Baranov. No entendía qué otros detalles podrían ayudar, pero no dudaría en proporcionar cualquier cosa que llevara a mi hermano a un lugar seguro.

Cuando llegué al cuartel general de los Baranov, la mansión que la familia criminal llamaba "casa", me sentía nauseabunda y débil por el estrés de las últimas veinticuatro horas. Viktor era perceptivo como siempre, sosteniendo mi mano y ofreciéndome apoyo manteniéndose cerca. Nunca había tenido la oportunidad de apoyarme en alguien. Siempre había sido solo yo. Únicamente yo. Pero la opción de tener a alguien más todavía se sentía tan irreal.

Oleg estaba de pie frente a una gran chimenea en lo que parecía un estudio. El aroma a puros flotaba en el aire, pero no era empalagoso y desagradable como todos los cigarrillos que fumaban los hombres de Petrov. Eva se levantó de una silla cuando llegué, frunciendo el ceño con preocupación.

—Recuperaremos a tu hermano —dijo.

—Haremos todo lo posible para intentar recuperar a su hermano sin iniciar una guerra —corrigió Oleg.

Aparté mi mirada de ella para fruncir el ceño hacia él. Eso no sonaba como una negativa a ayudar, pero tampoco sonaba como un firme voto de confianza en que lograría las cosas, sin importar qué. Mantuve la boca cerrada, mirando fijamente al jefe rival. Aquel al que no tenía que aplacar como había hecho con Igor. Uno al que

aún no había conocido realmente para formar mis propios sentimientos independientes sobre él.

Parecía en forma comparado con los estragos que mi padre había hecho a su cuerpo, pero tenía suficientes similitudes como para que no hubiera forma de confundirme sobre quién era. Era un jefe. Un líder. El severo destello de mando en sus viejos ojos era inconfundible, pero aún no había aceptado completamente si sería *mi* jefe.

—Qué amable por tu parte unirte a nosotros, Irena —su bienvenida probablemente era sincera, pero escuché la prueba en sus palabras.

—Qué amable por su parte negociar conmigo —respondí.

Casi sonrió, pero también podría haber sido una mueca de desprecio.

—¿Cómo es que nunca supe que Igor tenía un hijo?

—¿Se suponía que debía saberlo? —pregunté.

—¿Había alguna razón por la que tuviera que ocultarlo? —me desafió.

Solté un profundo suspiro.

—Nunca lo ha querido. Nunca se ha preocupado por él.

—No parece que se haya preocupado por ti tampoco —dijo Viktor.

—Sin embargo, nunca la ocultó —señaló Oleg—. Quiero saber por qué Igor escondió a su hijo.

—Lo veía como inútil. Sin valor. Una vergüenza porque es sordo y débil.

Otro hombre estaba en el fondo, negando con la cabeza y casi tropezando en sus pasos.

—No —cortó el aire con su brazo, pero no podía decir si lo hizo para mantenerse estable y no caerse en este estupor de borrachera o si estaba diciéndonos categóricamente que pensáramos lo contrario sobre lo que dijimos.

—Boris —advirtió Oleg—. Ahora no.

Eva hizo una mueca, al igual que Lev.

Podía oler el hedor a alcohol mientras Boris Baranov tropezaba a un metro de distancia. Estaba borracho, obviamente, pero decidido a insertarse en esta conversación.

—Siéntate —dijo Eva, casi bloqueándole para que no llegara a Oleg.

—No. ¡No! —Boris agitó su otro brazo, haciendo que el líquido ámbar en su vaso se derramara por el borde—. Murió.

—¿Qué? —Oleg lo miró con enojo.

—El niño murió —negó con la cabeza, haciendo una mueca mientras intentaba alcanzar a su hermano mayor.

—¿Qué niño?

—El niño. Murió con ella.

Me quedé boquiabierta.

—¿El niño? ¿Mi hermano?

Boris entrecerró los ojos, mirándome como si no pudiera soportar la vista de mí.

—Te pareces tanto a ella. Te pareces...

—Oh, Dios —sentí que toda la sangre abandonaba mi rostro. Me quedé entumecida con la realización y temí que este viejo y torpe borracho pudiera estar diciendo lo que sospechaba que estaba tratando de revelar.

Mi padre odiaba lo mucho que me parecía a mi madre, especialmente una vez que perdí mi aspecto de niña y maduré hasta convertirme en mujer.

Oleg agudizó su mirada, observándome a mí y a su hermano.

—¿Qué me estoy perdiendo? —preguntó.

—El niño murió, Oleg —Boris inclinó la cabeza y se frotó la sien, ajeno a que su bebida se había derramado—. El niño murió con su madre.

—¿Qué niño? ¿Maxim? —Oleg me miró.

—Está vivo —negué con la cabeza, incapaz de creer lo que estaba escuchando de este borracho—. Maxim está vivo. Es sordo y quedó con varios problemas de un parto traumático. Un parto que mi madre no sobrevivió.

—Oh, mierda —susurró Viktor, entendiendo.

Eva también había palidecido.

—Me dijeron que había muerto —dijo Boris, más fuerte pero no más claro. Su habla arrastrada era consistente, pero estaba decidido a hablar—. Me dijeron que Anna murió. Se desangró, pero el niño tampoco sobrevivió.

Oleg lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo lo sabrías? —ordenó.

—Porque era mi hijo —Boris miró a su hermano con ojos tristes.

—Oh, Dios —repetí.

—¿Te acostaste con Anna Petrov? —rugió Oleg.

Boris se estremeció, levantando su vaso a sus labios para tomar un trago reconfortante, pero se dio cuenta de que estaba vacío.

—Yo... lo hice. Lo siento. No fue mi intención, pero ella estaba tan miserable y estábamos hablando, y... lo hice. Anna llevaba a mi hijo, pero le dijo a Igor que era suyo.

Me cubrí la boca, aturdida más allá de toda creencia.

—Pero está vivo.

—¿Quién te dijo que el niño murió? —dijo Oleg.

—Igor —dijo Boris—. Me dijo que Anna falleció y que el bebé también.

Negué con la cabeza.

—Maxim está muy vivo.

—Por eso lo ocultó —adivinó Eva—. Lo ocultó porque era bastardo.

—¿Maxim es hijo de sangre Baranov? —preguntó Oleg, frunciendo el ceño a su hermano.

Boris asintió.

—Nunca quise decírtelo. Estarías tan furioso de que hubiera complicado la política familiar.

—¡Por supuesto que lo has jodido todo! —rugió Oleg.

Una vez más, Boris se estremeció.

—Nunca pensé que sería un problema. Nunca pensé que alguien lo sabría. Ella no lo logró y pensé que él tampoco.

—Igor debe haber hecho una prueba de paternidad —dijo Eva.

Oleg asintió.

—Y cuando vio que tenía un hijo de *nuestra* familia, lo mantuvo todo este tiempo.

Viktor entrecerró los ojos.

—Probablemente para usarlo contra ti cuando llegara el momento adecuado.

Oleg gruñó.

—Sí. Lo más probable, ese astuto hijo de puta.

—Pensé... —me tambaleé para sentarme—. Pensé que simplemente lo odiaba porque era sordo y débil, no un soldado fuerte.

—Quizás también eso —dijo Oleg—, pero más que nada, para usarlo como peón. Para mantenerlo sobre el nombre Baranov.

—Anna era tan infeliz con él —dijo Boris—. Con lo mucho que Amelia me regañaba por beber demasiado y no ser un líder en absoluto, quería sentirme como un héroe para alguien. Así que cedí. Tuvimos una aventura y acordamos ocultar al niño como si fuera de Igor.

—¿Es por eso que mi madre se fue? —exigió Eva acaloradamente.

Oleg suspiró.

—Eva, no sabemos si Amelia se fue o si se la llevaron.

—Pero si necesitaba una razón para huir —dijo Eva, con las manos en las caderas—, ¡esa habría sido!

Boris se encogió de hombros, nuevamente levantando su vaso a sus labios, olvidando otra vez que estaba vacío.

—Creo que fue la gota que colmó el vaso. Muy bien podría haber sido una razón para que Amelia quisiera irse. Para dejarme por engañarla, para dejar a esta familia.

—Imbécil de mierda —Oleg se alejó de su hermano hacia Viktor—. Encárgate de esto. Llama a Lev y ponlo al día —el jefe me miró, observándome seriamente—. Igor simplemente tendrá que lidiar con que sus dos hijos ahora sean Baranovs.

Me quedé boquiabierta mientras él se daba la vuelta para irse.

Eso sonó bastante a una dura aceptación, incluso una introducción forzada, a su familia.

Solo sería una Baranov si me casara con alguien de la familia, pero no podía pensar en eso.

Tuve que sonreír ante lo que también había dicho.

Maxim era un Baranov. Por sangre.

—Trae a ese chico aquí —dijo Oleg por encima del hombro, negando con la cabeza mientras salía—. Esta noche. O *yo* declararé la guerra contra él por llevarse a uno de los nuestros.

31

VIKTOR

Tan impactados como estábamos por la confesión de Boris de ser el padre de Maxim, tenía que actuar ahora. Incluso si Oleg no me hubiera ordenado recuperar a Maxim inmediatamente, habría querido hacerlo por Irina. Oleg no habría rechazado al adolescente. Tampoco iba a expulsar a Irina como enemiga nunca más. Vi cómo le asintió con respeto, apreciando su gesto de buena voluntad al ayudar a Eva y Lev como lo había hecho.

—Irina, quédate con Eva mientras los ayudo.

Ella asintió, todavía parecía tan impactada que me pregunté si realmente entendía a qué estaba accediendo. Eva no estaba mejor. Parecía enfadada y también conmocionada.

—Solo vamos a... —Eva no terminó de hablar, haciendo un gesto para que Irina caminara con ella—. Podemos, eh...

—Muéstrale la suite de invitados —sugerí mientras me dirigía hacia la puerta—. Preparen una habitación para nosotros. Y una para Max.

Las mujeres se mantuvieron juntas, alejándose, pero Irina me lanzó una última mirada por encima del hombro.

—Lo encontraré —prometí—. Y lo traeremos a casa.

Corrí hacia mi coche, ya llamando a Lev.

—Oye, tenemos una buena ubicación para él, y...

—NO permitas que le pase nada —ordené.

—Lo sé, pero...

—No lo entiendes. Maxim es el hijo bastardo de Boris y Anna Petrov.

Lo dejé mudo durante un momento completo mientras aceleraba por el camino.

—¿Boris... Baranov? —preguntó, dudoso y muy confundido.

—¡Sí! —Me aferré al volante en un giro brusco pasando las puertas —. Dame la ubicación. Necesitamos llevarlo a casa. A salvo. *Ahora*. Oleg lo ordenó.

—Mierda santa. —Lev no perdió más tiempo con su conmoción. Me envió las coordenadas de donde las fuerzas de Ilyin tenían retenido a Maxim, y no perdí tiempo en llegar allí.

Lev se quedó atrás, pero corrió para encontrarse conmigo en la calle.

—¿Qué coño es esto? —pregunté, señalando un burdel. No era uno de los nuestros, sino de la competencia.

Lev se encogió de hombros.

—Parece que están tratando de esconderlo allí. O retenerlo allí hasta que puedan moverlo de nuevo.

—¿Cómo demonios supieron los Ilyin sobre él?

Rurik se acercó corriendo desde otro coche, uniéndose a nosotros.

—Siguieron a los guardias de Irina. Uno de ellos debe haberse cambiado para cubrir al que estaba apostado con Maxim, y dedujeron que tenía que ser alguien importante.

—¿Así que no saben exactamente quién es Maxim? —pregunté.

Rurik se encogió de hombros.

—¿Qué diferencia hay si lo saben?

Asentí una vez.

—Ninguna. —Porque iba a sacarlo de aquí y ponerlo a salvo ahora.

—¿Quién viene conmigo? —pregunté, revisando mi pistola.

Rurik se ofreció voluntario y, juntos, nos dirigimos a la puerta principal.

—Maldito círculo completo —murmuré por lo bajo, sin gracia por estar en un jodido burdel después de que pensé que esa parte de mi vida había terminado.

En la puerta, una mujer que solía trabajar en uno de los lugares que yo supervisaba sonrió ampliamente.

—¿Vik? ¿Eres tú? —Se rió con alegría y se apresuró a abrazarme—. No tengo permitido dejar entrar a ningún Baranov aquí, pero ¿por ti, señor? —Me pellizcó la mejilla mientras me daba un abrazo lateral—. Adelante. Adelante.

Rurik gruñó una risa mientras entrábamos.

—Y ni siquiera tuvimos que pagar la entrada.

Le sonreí con ironía. Encontrando a otra prostituta que le gustaba moverse de un lugar a otro, incluyendo un par de establecimientos Baranov, pregunté dónde estaban los Ilyin. Rurik deslizó varios billetes en su sujetador para endulzar el trato.

Ella guiñó un ojo, llevándonos a una habitación en la parte trasera.

Abrí la puerta, y antes de que Rurik y yo pudiéramos entrar completamente, dos hombres de Ilyin se pusieron de pie y nos dispararon. Estábamos preparados, disparando más rápido. En

medio de la habitación, acurrucado en el suelo, estaba Maxim. Se parecía a Irina, con los mismos ojos penetrantes, pero también se parecía un poco a Eva. El parecido familiar era asombroso.

—Maxim. —Hablé mirándolo directamente, para que pudiera leer mis labios—. Tu hermana me envió a buscarte.

Asintió, tembloroso, y levantó la mano para mostrar que estaba esposado a la cama.

Una prostituta nos miró con el ceño fruncido desde un lado de la habitación. Llevaba un sujetador pero nada más, mirando de un hombre muerto al otro.

—Pagaréis por esto.

Rurik dio un paso adelante para compensarla mientras yo me dirigía hacia Maxim.

—¿Tienes las llaves? —le pregunté a la prostituta.

Me las lanzó, sin siquiera detenerse para contar los billetes que Rurik le había dado.

—Vámonos —le dije a Maxim mientras lo ayudaba a ponerse de pie.

—¿Está Irina a salvo? —preguntó. No sabía lengua de signos, pero entendí su habla.

Asentí, asegurándome de estar frente a él para que pudiera leer mis labios.

—A salvo y emocionada por verte.

Lentamente, sonrió y exhaló un largo suspiro. Luego se acercó para abrazarme, envolviendo sus delgados brazos alrededor de mí y aferrándose con fuerza.

Rurik se quedó atrás para gestionar la limpieza de los dos hombres muertos. Pero Lev y yo llevamos a Maxim a la casa, respondiendo todas las preguntas que hizo en el camino. Principalmente, quería

saber quiénes éramos y si Irina estaba *realmente* a salvo. Ya le había tomado cariño, claramente preocupado por su hermana y sobreprotector a su manera.

Segundos después de aparcar, las puertas principales se abrieron. Lev les había enviado un mensaje diciendo que teníamos a Maxim y estábamos de camino a casa.

Eva salió, sujetando su abrigo cerca. Luego vino Irina. Bajó corriendo las escaleras, gritando de alegría al ver a Maxim saliendo del coche.

Eva se dirigió a Lev, y él la sostuvo a su lado. Junto a ellos, me apoyé contra el coche y metí las manos en mis bolsillos, sonriendo al ver a los hermanos reunirse.

—Seguro que esta noche vas a tener acción —bromeó Lev.

Me reí. No tenía prisa. Irina sería mía. Luché por mantenerla, y ahora tendríamos el resto de nuestras vidas para compartir el uno con el otro.

—Voy a casarme —corregí.

Tan pronto como pudiera, Irina sería oficialmente una Baranov. Como mi esposa.

—Oh, ¿ahora vas a robarnos el protagonismo? —Eva se burló—. Nosotros nos comprometimos primero.

—Todavía no le he propuesto matrimonio. Y ustedes hacen que parezca que será un compromiso largo entre vosotros dos.

Eva se encogió de hombros, todavía observando a Irina y Maxim haciendo señas y hablando entre ellos emocionadamente.

—Quiero esperar hasta que Kelly me hable. Quiero que sea una dama de honor, y ahora está tan distante.

Estoy seguro de que Rurik puede hacerle llegar un mensaje.

Lev se rió.

—Ya está hecho, ahora. Tú e Irena.

Sí, lo está. Afortunadamente.

—¿Cómo se siente tener un hermano? —le pregunté a ella.

Lev resopló.

—Menudo giro.

—No lo podría haber dicho mejor. No estoy segura de que me haya caído del todo la ficha todavía.

Pero lo haría. Todos tendríamos que adaptarnos a otro Baranov en la casa. Maxim recibiría todos los beneficios y privilegios de nuestra protección, para siempre.

—Igor va a estar furioso cuando se entere —dijo Lev.

—Me pregunto si *dejó* que los Ilyin capturaran a Maxim, sabiendo que es un Baranov —dije.

—¿Para provocar una guerra entre nuestra familia y los Ilyin? —preguntó Eva.

—¿Otra vez? —comentó Lev. Él había instigado bastante drama al matar a uno de los líderes de Ilyin, uno al que Igor había incriminado.

—Ya lo resolveremos todo —dije. Mi corazón no podía sentirse más lleno al ver a Irina tan feliz con Maxim.

Lo haríamos. Irina compartiría todo lo que pudiera con nosotros. Nos diría qué la tenía Igor espiando y por qué. Cualquier problema que Igor estuviera tratando de iniciar en la universidad y sus alrededores, nos mantendríamos un paso por delante.

En el fondo, probablemente no se sentiría feliz y completa hasta que matara a su padre. Pero tal vez podría convencerla de esperar, de

dejarnos derribarlo oficialmente ahora. Ella y Maxim estaban a salvo, y con Igor tratando de llevarse a un hijo de los Baranov y esconderlo, se había ganado la ira de toda la familia ahora.

Abrazando a Maxim de nuevo, Irina sonrió tan brillantemente que me cegó. Se aferró a su hermano, abrazándolo fuertemente mientras hacían una pausa en sus señas y charla, felices de estar juntos de nuevo.

Mientras miraba por encima del hombro de Maxim, captó mi mirada y articuló algo que nunca me cansaría de saber.

Te amo.

Esperaba con ansias decírselo por el resto de nuestras vidas.

—¡Oh, maldita sea! ¡Odio este frío! —Eva tembló, apresurando a todos para entrar—. ¿Por qué estamos parados en esta nieve?

Todos nos apresuramos a entrar, y cuando me acerqué a Irina, ella extendió su mano hacia la mía. Sostenía la de Maxim con la otra mano, y estirándose para besarme, suspiró felizmente y se unió a nosotros en la casa.

Antes de que pudiera ocuparse demasiado poniéndose al día con su hermano, me incliné hacia su oído y susurré:

—Te amo tanto, cariño.

Ella se sonrojó un poco, apretando mi mano.

—Maxim —dijo Eva, haciéndole señas—, ¿te gustaría ver tu habitación?

Maxim la miró boquiabierto y le respondió con señas:

—¿Sabes ASL?

—Todavía estoy aprendiendo —respondió ella.

El adolescente se volvió hacia Irina.

—¿Nos quedamos aquí? —Sus cejas se elevaron en señal de interrogación.

Ella me miró, refiriéndose a mí por un momento.

—Bueno, no estoy segura de dónde acabaremos, pero nosotros... tú... siempre tendrás un hogar con los Baranov.

Su mandíbula volvió a caer.

—¿Y padre?

Negué con la cabeza.

—No tendrás que preocuparte por él nunca más —dijo Irina. Le besó la frente—. Tendré algunas reuniones. Estaré ocupada con esta gente, pero estaremos seguros aquí.

Maxim me miró, y luego el hecho de que todavía sostenía la mano de su hermana.

—¿Por él?

Ella asintió.

—Por Viktor —confirmó.

El adolescente sonrió y se apresuró a abrazarme.

—Gracias, Viktor. Gracias.

32

IRINA

Tres días después de que Viktor trajera a Maxim a la mansión, salía de la ducha justo cuando él entraba a nuestra habitación.

—Oh —arqueé las cejas y sonreí. Luego dejé caer mi toalla—. Ahí estás.

Él se rio, recorriendo mi cuerpo lentamente con la mirada.

—¿Qué quieres decir con ahí estoy? —avanzó hacia mí, llevando su mano a los pantalones mientras se acercaba—. He estado aquí toda la semana.

—Sí. Pero he estado hablando con Lev y Oleg. Todos los días.

Asintió, bajando la cremallera mientras me observaba acariciar mis pechos y rozar mis pezones con los pulgares.

—Sí.

—Y tú has estado en el campus terminando tu trabajo falso y comprobando la actividad con Rurik.

—Ajá —bajó sus pantalones, quitándose los bóxers con ellos.

—Hemos estado aquí juntos pero separados —expliqué, respirando más rápido ante el calor de su mirada.

—Por demasiado tiempo —estuvo de acuerdo, saliendo de sus pantalones mientras empezaba a quitarse la camisa.

Ambos habíamos estado muy ocupados tras el rescate de Maxim. Cumplí con mi parte de contar a los hombres Baranov todo lo que pude. Me llevó días explicarlo todo. También tenía fotos y vídeos, todo en mi teléfono. Les mostré todo el espionaje que había hecho para mi padre.

Debería haberme sentido como una traidora, pero experimenté lo contrario. Me sentí valiente. Como si ya fuera un miembro contribuyente de la familia *adecuada*, una familia encontrada que casualmente falló en ser mi rival.

Oleg me dio la bienvenida, agradeciéndome personalmente por ayudar a Eva y Lev a salir del peligro. Todos los hombres con los que hablé, que grabaron y anotaron todo lo que pude compartir, me mostraron respeto, no miradas de fastidio como si fuera una carga o una molestia con la que lidiar.

También pasé mucho tiempo con Maxim. Eva y yo nos sentamos para explicarle que su padre estaba vivo, pero alteramos un poco esa historia. Boris nos suplicó que no le contáramos a Maxim cómo había sido concebido. No tenía interés en ser padre de un adolescente, y ya se sentía bastante culpable por todo. Así que, en su lugar, Oleg se presentó como el padre de Maxim. Recibiría más protección de esa manera, y Maxim ya respetaba muy bien al Jefe Baranov.

Se llevarían bien, y tenía el presentimiento de que Oleg esperaba con ganas conocer a Maxim.

Todavía era un gran ajuste. Maxim estaba abrumado, y al principio parecía enfermo. El personal médico de los Baranov ayudó a revisarlo, y con los pedidos de ropa y artículos esenciales, invertimos mucho tiempo simplemente en asentarnos.

—Pero eso estaba bien —murmuró Viktor mientras perdía su camisa. Bajó la voz a un ronco y sexy rumor de susurro gutural. Empuñó su miembro y lo bombeó, provocándome con la visión de lo que anhelaba—. Porque sé que nunca volveremos a estar separados.

Sonreí, abriendo mis brazos para recibirlo en un abrazo.

—¿Nunca? —pregunté, necesitando la confirmación de que sería mío.

—Eres mía, cariño —me levantó y me besó—. Y nunca te dejaré ir.

Me acosté en la cama después de que me bajara al colchón, pero él no se alejó. Siguiéndome, presionó un largo y perezoso camino de besos sobre mi piel sensible.

—¿Puedes estar callada? —preguntó con su boca a un suspiro de distancia de mi pezón después de chuparlo, haciendo que un relámpago de placer corriera desde mi pecho hasta mi centro—. No podemos despertar a toda la casa.

Gemí suavemente mientras me acariciaba con los dedos, haciéndome humedecer aún más, mojada y lista para él.

—Pero no viviremos *aquí* para siempre, ¿verdad? —odiaba sonar desagradecida, pero necesitaríamos nuestro propio espacio. Su ático sería suficiente para los tres.

—No —chupó mi otro pezón, añadiendo otro dedo en mi entrada para dilatar y acariciarme profundamente en mi interior—. Nos iremos cuando las cosas estén resueltas.

—¿Resueltas? —reí una vez—. No creo que me esté conformando contigo.

Sonrió, inclinándose para colocarse sobre mí. Después de besarnos, frotándonos uno contra el otro hasta que temí que prolongaría demasiado estos preliminares, casi le supliqué que entrara en mí. Era joven e inexperta en esto, demasiado ansiosa por correr hacia un orgasmo. Debajo de él, con sus años de experiencia, podía

mostrarme cómo ser paciente y esperar. Sentía como un castigo esperar, un retraso disciplinario, pero cada vez, me demostraba cómo la espera podía hacerlo todo más dulce e intenso.

—¿Pero te casarás conmigo? —preguntó, mirándome desde arriba.

Su largo miembro rozó mi entrada. Lo deseaba ahí. Mis pechos se sentían pesados y llenos con la excitación corriendo por mis venas.

Sin embargo, su pregunta fue lo que me robó el aliento.

—¿Casarme contigo? —pregunté, suspendida en asombro y shock de que mis sueños pudieran hacerse realidad.

—Sí. ¿Te —alineó la ancha cabeza de su miembro con mi entrada— casarás conmigo? —embistió dentro de mí en una larga y dura estocada. Gemí mientras él gruñía, ambos fallando en mantenernos callados.

—Sí —mantuve los ojos cerrados, saboreando la quemazón de la penetración.

—¿Cariño? —esperó para moverse, manteniendo su grosor alojado en mí—. Mírame. Abre los ojos.

Lo hice, mirándolo y haciendo una mueca ante la necesidad de que se moviera.

Él bajó su mano para frotar mi clítoris, sonriendo maliciosamente y lentamente.

—¿Te casarás conmigo?

Asentí.

—Sí —repetí. Alzándome hacia él, lo insté a que bajara para poder besarlo.

Se inclinó, posando sus labios ardientes sobre los míos mientras se mecía dentro de mí. Firme, suave y sin ninguna indicación de que alguna vez quisiera parar.

—Te conseguiré un anillo —dijo entre respiraciones jadeantes.

—No me importa. Solo te quiero a ti.

—Te daré un bebé.

Lo besé con más fuerza, excitada por la idea de comenzar mi propia familia con él después de nunca haber tenido una antes.

—Te daré todo lo que quieras, cariño, siempre que entregues tu corazón a mí.

Mi interior se apretó cuando las primeras olas de mi orgasmo me golpearon.

—Ya lo tienes. Ya me tienes a mí.

—Entonces tómame —gruñó, corriéndose conmigo después de un par de embestidas más profundas y rápidas—. Porque nunca dejaré de amarte.

—Sí —más sonidos y palabras incoherentes salieron de mis labios mientras ambos alcanzábamos el pináculo del placer y caíamos. El aroma del sexo flotaba en el aire, y mientras nos calmábamos, respirando con dificultad, nuestros fluidos se mezclaban en las sábanas y nos unían.

Después de bajar de las alturas, acostados juntos y casi adormecidos, miré a sus ojos y sonreí somnolienta.

—Te amo, Viktor Baranov.

—Y yo te amo, Irina —me atrajo para un largo y tierno beso, apretando mi trasero—. No puedo esperar a que también seas una Baranov.

Yo tampoco.

Ya no tenía que preocuparme por matar a mi padre. Ahora que Maxim estaba a salvo con su verdadero padre y asumiendo uno poderoso, nadie podría hacerle daño. No había necesidad de mirar

atrás a todos los malos momentos que había sufrido a manos de mi padre. Todo lo que tenía que hacer ahora era mirar hacia el futuro, que sería tan brillante y pleno.

Por fin había encontrado a mi familia.